NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LETRAS

ARTE · HISTORIA · FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES

FUNDADA EL 1.º DE AGOSTO DE 1907

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI · ROBERTO F. GIUSTI

AÑO VIII · TOMO XIV

BUENOS AIRES

1914

KRAUS REPRINT

Nendeln/Liechtenstein

1968

Reprinted by permission of Roberto F. Giusti
KRAUS REPRINT
a Division of
KRAUS-THOMSON ORGANIZATION LIMITED
Nendeln/Liechtenstein
1968

Printed in Germany
Lessingdruckerei Wiesbaden

AÑO VIII ABRIL DE 1914 NÚM. 60

NOSOTROS

"ROSENDO MONTOYA"

NOCHE DE VIERNES SANTO

(CAPÍTULO DE NOVELA)

Higinio Sotomayor, salteño, oriundo del Valle de Lerma, nacido en la vieja población de Chicoana, vivía en libre consorcio con Saturnina Navarro, comprovinciana suya. De esta unión nacieron tres hijos: el mayor, Higinio, conocido por "Jinito", Tomás, y una mujer, Elena Isaura, por bautismo, pero por trato "l'Isaura".

Sotomayor no era propietario de una tropa de carros; era simplemente capataz de una tropa. Habíase formado, desde la infancia, por sus cabales. A los diez años, era muchacho de los mandados en una estancia de los Saravia en Salta; después fué soldado en el piquete de Jujuy; más tarde, enganchado en las tropas de caballería de guarnición en las fronteras del Chaco, y comenzó su vida de asalariado de la industria como peón en el ingenio de Ovejero y Zerda en Ledesma, para pasar después de ocho años de torturas a Tucumán, donde debía radicarse definitivamente, recorriendo diversas fábricas; peón en Lastenia, peón en Concepción, tropero en San Pablo, nuevamente peón en La Invernada, tropero en Lules y desde hacía diez años, con alternativas breves, peón o tropero en este ingenio de Cruz Alta.

"Jinito", era un mocetón de 24 años, amalevado, pendenciero, jugador y ocioso, destinado en consecuencia al trabajo liviano de arriar mulas y componer aparejos. Sobre él gravitaban los años de vagabundeo del padre. De ingenio en ingenio, un año aquí, otro allá, sufriendo los rigores del trato y participando de las miserias comunes, desde chico tuvo necesidad de mezclarse con la peonada y adquirió de esa manera, sin trabas, las cualidades que le distinguían. Vivía fuera de la casa paterna y a la sazón hacía un año que regresara de los campamentos donde prestó servicio militar y el recargo que le tocó por corrección disciplinaria. Trajo de los cuarteles las mañas para llevar la vida sin grandes molestias, cierto desplante de compadre adquirido con la autoridad del uniforme y ese amor a la patria y a la bandera que desbordaba cuando el muchacho golpeaba con el cuchillo el mostrador del boliche en las tertulias dominicales del ingenio.

Tomás, de veinte años, era leído, trabajador, vivo. Tuvo a su favor cierta época de sosiego del padre. Pudo frecuentar la escuela provincial por estar a pocos trancos de ella y alcanzó en su aprendizaje a sacar cuentas, leer y escribir, enseñanza que él perfeccionó de su motivo, llevando su facilidad hasta el periódico que alguna vez llegaba a la casa en los envoltorios domésticos. Inició su vida de trabajador como auxiliar de última categoría en la herrería de la fábrica: tiraba el fuelle, alcanzaba carbón, sacaba o ponía fierros en la fragua. Contraído como era, aprendió a manejar las herramientas, y después, al lado de unos extranjeros que trajinaban la maquinaria del ingenio, entendió el arte de la llave inglesa, ajustó tuercas, enderezó tornillos, golpeó cobres: llegó a mecánico de segunda o tercera, que no era gran puesto en efectivo porque apenas si ganaba treinta y cinco pesos mensuales, al lado siempre de los franceses que dirigían el trabajo y cuyos sueldos, según se comentaba, eran altos.

Isaura, de diez y siete años, también cursó un poco de escuela, pero las necesidades familiares y las solicitaciones reiteradas de sus patrones actuales la interrumpieron. Estaba ocupada como "sirvienta de adentro" en la casa de familia del propietario del ingenio, pues siendo despierta y bonita, agradó a la señora, servía de compañía a las niñas y era presentable ante extraños como mucama decente. Se conservaba desde hacía tiempo en casa del patrón, mientras la familia ocupaba la mansión en el ingenio, y

ganaba ya ocho pesos y el vestir que se saldaba con las piezas de ropa que las niñas dejaban fuera de uso. Con el roce, adquirió su modal y una ligera coquetería que le sentaba. Muchas veces el señor, la señora o las niñas quisieron llevarla a la ciudad. Pero el padre se oponía: es mujer — decía — y lejos de los padres se ha de echar a perder...

Sotomayor, antiguo y competente empleado, llegó a ganar ochenta pesos como capataz de una tropa de diez carros. Tenía trabajo permanente. En la época de la zafra "tiraba" la caña de las colonias hasta el canchón del ingenio. En tanto que la fábrica se paralizaba, mientras la maquinaria era sometida a la limpieza que la pondría en aptitud para la cosecha venidera, Sotomayor "echaba" leña desde los desvíos del ferrocarril o estaciones cercanas, hasta los hornos mismos.

Higinio no pudo separarse de la órbita común a la gente de sus faenas. La vida que había tenido que soportar le hizo inclinado a las costumbres corrientes: bebía con puntualidad sábados y domingos; jugaba a los naipes; apostaba en carreras; preparaba gallos para riñas y sabía tirar la taba.

Encariñado con "la casa", permanecía aquí porque le trataban bien.

—He recorrido muchos ingenios — solía decir. — Yo sé como se está aquí. Pero en otros lo tratan a uno peor. Soy viejo, tengo familia, me encuentro aquerenciado aquí y aquí me he de quedar.

Así replicaba a su hijo Tomás cuando éste le movía conversación para hacerle ver la posibilidad de tentar suerte por otra parte.

— Yo con mi oficio puedo ganar tres pesos en la ciudad.

— ¡Qué me vas a decir a mí, hijo! ¡No es tan fácil ganarlo como decirlo!

El hijo aspiraba con deseo persistente, a empuje de un secreto impulso, mejorar en algo. Veía la vida, pero siempre se estrellaba contra la inercia paterna, con la rutina ambiente que le hiciera víctima, con la falta de coraje para afrontar los riesgos en la procura de una situación superior.

— Si no hay nada seguro, mejor es no moverse.

Y no se hacía nada para concluir con esta existencia. La familia recibía del ingenio la ración de carne y de maíz que se descontaba de los haberes del padre. Cuando llegaba el arreglo de

fin de mes, los anticipos no dejaban saldo en efectivo y siempre había un déficit que oscilaba pero que no desaparecía, comprometiendo de esta suerte la permanencia de los hombres bajo el mismo patronato.

Los Montoya, instalados en la casa, entraron en simpatía con la familia. Narráronse en rápidos relatos la historia de sus vidas y dejaron para el día siguiente la cuestión del trabajo, quedando de antemano ligeramente convenido que el viejo trabajaría en la tropa de Sotomayor y que Rosendo iría a la fábrica, a cuyo fin hablarían con el capataz Rivero.

— Podrá ser en la herrería, insinuó Tomás, mientras se conversaba del tema, y congraciado ya con Rosendo Montoya por afinidad de miras e igualdad de edades.

— Siendo posible... — se limitó a agregar Sotomayor.

— Ah! claro, siendo posible... — dijo Rosendo.

No había más que pensar. El día para Sotomayor tenía otro objetivo. Era Viernes Santo.

Por tradición, tal como se hacía en los barrios pobres de la ciudad, aquí también la gente daba a su devoción la exterioridad que podía. Esa mañana habían recibido invitación del capataz Rivero para concurrir con la familia al velorio del Señor, organizado por la consorte, con fines solapados. En esa ceremonia debía hacerse acto de religión, y como segunda parte, la concurrencia debía entregarse a la parranda sin continencia. Ya lo sabían, y concurrieron los padres Sotomayor, Tomás, Isaura y Juan y Rosendo Montoya.

El tal capataz Rivero, de nombre Samuel, era un cordobés ladino, falso, mañero, flojo y rufián. Vivía con relativa comodidad por los oficios privados y públicos que desempeñaba. Juntamente con su señora esposa doña Nazaria, alcoholista, fumadora y religiosa, servía de intermediario entre los empleados del ingenio y las mujeres de la peonada. Rivero organizaba bailes; Rivero hacía con toda discreción los más agudos mandados clandestinos; Rivero conducía cartas; Rivero buscaba las prendas mejores para el paladar patronal; Rivero enancaba mozas, las traía y las llevaba; Rivero prestaba su casa — si era preciso — para los coloquios más íntimos. Rivero... Rivero... tuvo dos hijas, que allá fueron las pobres en venta sin tapujos como concubinas de dos empleados para morir una en el hospital de la ciudad consumida por la avariosis y andar la otra abandonada, por las casas públi-

cas, mientras la prole se criaba al lado de los abuelos... Así consiguió tener influencia. Rivero pedía y conseguía. Servicio que se le hiciera, tarde o temprano encontraría retribución.

Chismoso, era temible como enemigo. Bastaba una insinuación de él para que el trabajador más bueno saltara de su empleo, o para que el comisario le tuviera entre ojos, o para que tal padre fuera enviado en comisión distante, o tal hermano destinado a trabajos contínuos, y dejaran en el hogar mujer, hija o hermana a disposición de la garra invencible.

Adulador y zalamero, tenía un elogio para todo el mundo. Siempre encontraba partido. Huroneaba en todas partes; sabía todas las conversaciones; conocía las intenciones más profundas de las gentes y cada día daba su parte al administrador o al patrón en persona, con ese modo canallesco de insinuarse que le era tan peculiar:

— Buenos días, mi señor — se acercaba humildemente, sombrero en mano.

— Qué andás haciendo?

— Nada, mi señor. Me he arrimado no más; como lo he visto aquí, pensé que se le pudiera ofrecer algo...

Así comenzaba. Después de cada entrevista algún cambio se operaba en el personal infaliblemente.

No tenía en la fábrica trabajo determinado. Antes de la zafra era enviado a Santiago del Estero, a Catamarca, a La Rioja, en procura de peones. Buscaba y traía la gente más infeliz y más resignada. Cobraba diez pesos por cada trabajador que vendía al ingenio, y del dinero que recibía para anticiparles a cuenta de los futuros salarios, él se quedaba con todo, porque o les embriagaba y les robaba descaradamente o les sacaba los pesos en el juego, con sus naipes marcados o sus tabas cargadas. Durante la zafra, tan pronto dirigía una cuadrilla de hachadores en los cercos como capitaneaba una tropa de carros o atendía la recoba del ingenio o hacía los mandados del escritorio.

Ladino, mañero, rufián, falso, chismoso, zalamero y adulador, con justicia se le conocía en esas comarcas, por toda la peonada, con el fétido apodo de "El Vinchuca".

Todo lo había preparado en forma para la fiesta. En una habitación de la casa se arrinconaba el velorio levantado entre una fronda de cañas huecas. Un crucifijo lucía sus manchas al fulgor de las velas de sebo y de pocas lámparas enlutadas. En la habi-

tación contigua, una concurrencia abigarrada y humeante se aprestaba a la ceremonia. Estaban las familias de la vecindad y otras venidas de la distancia. Mozas almidonadas y vivarachas; viejas fumadoras; viejos taimados; mocetones robustos. Destacábase en un rincón, conversador, bichoco y lisiado, el viejo Agenor Herrera, santiagueño de setenta años, alcoholista empedernido, temible en toda reunión femenina por la incontenible procacidad de su lenguaje en adivinanzas, coplas y relaciones, y al par que versado en guitarra y canto, era diestro en toda clase de juego de mano, de palabra o de suerte, sin que hubiera perdido en sus años de correrías el hábito de levantar cosas ajenas más por cleptomanía comprovinciana que por urgencias. Le llamaban Agenor porque le gustaba lo ajeno, pero su nombre de pila era Genuario.

Bajo el patrocinio espiritual de doña Nazaria, la concurrencia pasó a cumplir su devoción. Arrodillados respondían todos a una voz las palabras de la rezadora, y la habitación adquirió un aspecto extraño con la conmovedora contrición de los presentes. Las Siete Palabras y las oraciones del día fueron rápidas. La señal de la cruz concluyó en broche de fe la práctica religiosa y la aglomeración se trasladó al patio entre murmullos.

Instalados en círculo, Vinchuca obsequió a sus visitantes con vino y aguardiente. La conversación en voz baja fué a medida subiendo de tono hasta hacerse ruidosa y general. Se bebía y se fumaba. Rivero de un lado para otro se desvivía en atenciones con las jóvenes y las viejas. Copas y botellas circulaban de mano en mano, lerdas al principio, rápidas después en la sucesión de los "obligos" y "pagos". No se hizo esperar mucho rato la protesta lacrimosa de amistad de algún concurrente, el grito, el vocerío entusiasta. Algunos hombres formaron rueda aparte. En una esquina del patio jóvenes y viejas hacían hablar a Agenor, sentado en el suelo, haciéndose el tímido.

A instancias del Vinchuca, el santiagueño bebía sin tregua. Debía ser el alma inicial de la francachela. Cuando el hombre se afincó en su terreno, se le desató la lengua a la primera insinuación maliciosa:

— Diga una adivinanza ño Agenor, — partió de una voz de moza.

— ¿Y para qué? Así que no la has de adivinar...

— ¡Quien sabe!

—¿Y si no?

—¡Na!... si no...

—Pagará un "obligo"—dijo Vinchuca terciando en el diálogo.

—Pero si la adivino, pagará el "obligo" ño Agenor.

La apuesta agradó a la concurrencia y así quedó convenido.

Agenor empezó:

—Bueno, ésta es para la Rosalía. A ver!... Este... ¿Qué será... qué será...

"¿Qué será la quisicosa
De ovalada construcción,
Que hombres y machos la tienen
Pero hembras y mujeres no;
Y hasta la tiene el obispo
Como el toro tiene dos?"

La malicia de los versos levantó protesta y suscitó carcajadas. La aludida intentó la solución, hizo repetir y al fin declaróse vencida.

—Que pague la penitencia—dijo Agenor—y le aviso después.

Vinchuca desbordó el vaso. La moza bebió y Agenor con suficiencia dijo:

—Es la *o* por redonda... "obispo" tiene dos... "toro" también...

—¡Otra—gritó Vinchuca.

—¿Para quién?

—Para la Sotomayor—propuso el dueño de casa, con miras aviesas.

—Yo no sé adivinar—replicó Isaura.

—Aquí no hay "no sé".—Tiene que adivinar no más, y si no acierta ya sabe la penitencia.

—Bueno, pero que sea una fácil.

—Fácil es, niña. Vea... ¿qué será?... ¿qué será?...

"Adivina, adivina, adivineta...
¿Qué tiene el rey en la bragueta?"

—Ay! la que pone!

—No es cosa fea,—se defendió Agenor—Vamos!...

—Repita.

Mientras Agenor repetía, Rosendo, sentado junto a Isaura, le dió la solución en voz baja.

— Y?

— Espérese... yo sé pero no me acuerdo... éste... no son los botones?

— ¡Claro!

— Bueno, pague usted una copa bien llena.

Apenas hubo el viejo bebido, se repitió el grito:

— Otra!

— Para la Tránsito... ¿Qué será, que será?...

"El que lo hace
Lo hace cantando;
El que lo compra
Lo compra llorando"

Perdió Agenor. Apenas concluyó, la Tránsito le dió la clave:

— El cajón de difunto. Y pague no más!

Pagó.

— Otra!

— Para la dueña de casa... A ver, ña Nazaria... Qué será?... Qué será?...

"¿Qué será? La dama
Está en la cama.
Viene el galán,
Le mete su... ¿cómo se llama?
La dama se queja
Del mal que le deja."

— Por nueva! Pague otra vez. Eso es la geringa.

Pagó Agenor nuevamente en medio de la burla general. Su crédito de hombre versado en adivinanzas difíciles rodaba por tierra. En esto pidió la palabra la dueña de casa.

— Yo, ahora. Para usted, ño Agenor. Atienda... qué será?... qué será?...

"Al como y al cuando
Y al con que le dan,
Al de medio las piernas
Por cuanto lo da?"

— Fiera es! — vociferó Agenor entre la risa de los espectadores.

— A ver, po!...

— Bueno... cabra! — gritó, declarándose rendido.

— Pague y explico.

Pagó una vez más.

— "Al como y al cuando", es el trote... el "con qué le dan", es el látigo, y el "de medio las piernas"... el caballo!

Gran algazara. De pronto la concurrencia se arremolina hacia el guardapatio. Llegaban los Gómez, dos hermanos guitarreros y cantores que fueron recibidos con los honores correspondientes a su rango.,

Se hizo un silencio. Los músicos se instalaban. Empezaron a templar. El viejo Agenor se arrastró hasta ellos colocándose en posición de poder golpear con sus dedos la caja de la guitarra, en miras de acompañamiento.

El afine se prolongaba. Los músicos esperaban la invitación de práctica.

— Una piecita de baile — pedían unas.

— Una canción de esas que saben, — insinuaban otras.

Finalmente se uniformaron las opiniones. Sería canción. ¿Cuál?

— "El destino" — dijeron dos hermanas que ya conocían el triste.

Y los músicos entregaron a la noche, con hondo sentimiento, en tonalidad entristecedora, los versos de la canción.

"Ya me voy, ya me lleva el destino
Cual las hojas que el viento arrebata,
Ay de mí! tú no sabes, ingrata,
Lo que sufre este fiel corazón."

"Ya me voy a una tierra lejana,
A un lugar donde nadie me espera,
Donde nadie sabrá que yo muera,
Donde nadie por mí llorará."

"Y mis ojos llorar no sabían,
El llorar parecíales locura,
Mas hoy lloran de triste amargura
Los rigores de ardiente pasión."

"Bajaré silencioso a la tumba,
A llorar mi perdido sosiego,
De rodillas, mi bien, te lo ruego,
Que a lo menos te acuerdes de mí!"

Apenas concluído el canto e iniciado el comentario elogioso que resultaba justamente obligatorio, en trances ya de preparar-

se al baile, un galope estrepitoso llamó la atención de la concurrencia. La cabalgadura lanzada a carrera desenfrenada fué bruscamente detenida en el guardapatio de la casa al tiempo que una voz poderosa y burlesca, llenaba el ámbito:

— Vinchuuuucaaa!!!!

Los presentes se miraron imaginando la ira del aludido tan públicamente. Rivero se acomodó el sombrero y se puso de pie en un salto, con intenciones de avanzar.

— No salga amigo Rivero. Es Andrada el que anda, — le aconsejó Sotomayor deteniéndole.

— Vinchuuucaaa! se oyó de nuevo, acompañado el apodo con una provocación y una carcajada.

Era de dignidad que Rivero se decidiera. Intentó atropellar de nuevo pero los hombres le detuvieron.

— Larguenmé! Larguenmé! — gritaba haciéndose el malo y sabiendo que no lo largarían.

— Larguenló! — gritaba de afuera Andrada. — Salí...! Te voi a arreglar, cordobés... de una tal por cual!

Andrada traía malas intenciones. Ya bajó del caballo y penetró hasta el patio. En cuanto fué apercibido, las mujeres diéronse en armar escándalo de súplicas y gritos. Los hombres se dividieron en dos grupos, uno que contenía a Andrada, otro a Rivero.

— Mejor es que se topen, — aconsejaba desde su retiro seguro el viejo Agenor. — Así se acabarán las cuestiones.

Mientras la provocación iba de un lado a otro y la trifulca amenazaba complicarse, no faltó comedido que fuera en busca de la autoridad. Llegó el subcomisario, un malevito de pañuelo al cuello que entró revólver en mano, acompañado del sargento y dos gendarmes.

— Qué pasa, Rivero?

— Nada, señor. Ese que viene a provocarlo a uno... en su casa... canalla...

— A ver vos, entregate.

— Sí, señor, me entrego.

— Sargento! desarmeló...

— No tengo armas, señor...

— Lleveló a la comisaría. Al cepo, por trompeta.

— Me l'as de pagar, Vinchuca... Te voy a castigar con el látigo... Flojo... para eso tienes policía... ¡alcahuete!...

La reunión se tranquilizó. El reo fué conducido. El represen-

tante de la autoridad fué invitado a participar de la tertulia y se quedó orgulloso de su valentía.

Ramón Andrada había sido peón de este ingenio. Trabajaba ahora en Lastenia. Casado con una muchacha bonita, al poco de entrar en la fábrica fué buscado en amistad por Rivero, en desempeño de una misión diplomática, confiada a su tacto por el propio patrón. Andrada no sospechó. A poco andar, la propia mujer le hizo saber que Rivero no era buen hombre y que la perseguía.

Después de esto, el primer domingo se encontraron Rivero y Andrada en una jugada de taba, en el almacén del ingenio, bajo el patrocinio moral del comisario que coimeaba por intermedio del Vinchuca.

En cuanto las copas hicieron su efecto, el cordobés empezó a vociferar. Para él no había mujer difícil. Ahora tenía una en vista. Y había de caer. ¡Seguro que caería!

—¡Usura al que tira! ¡Pago cinco pesos contra uno a la mano de Andrada!

—¡Dos pesos al que espera!

—¡Usura doy a la mano de Andrada!

Andrada tenía la taba en la mano. Era su primer tiro de la tarde. De buena fama y leal para el juego, los paisanos le tenían fe.

—Pago—gritó el cordobés.—Y doble si quiere.

—¡Doblo!

—¡Pago y doble!

—No es para tanto. Ahí me quedo. Son cinco pesos...

—¡Cabra! Ya verán... la mano cuando se rasque el c...

Andrada no tiraba. Tomaba el peso de la taba. La hacía dar vueltas en el aire, barajándola y mirando con fijeza al cordobés que le escondía los ojos.

Cesaron las apuestas y el jugador se disponía a hacer su tiro, cuando bruscamente se detuvo:

—¿De quién es la taba?

—De ño Rivero.

—Mía es... ¿qué hay?—salió el cordobés con tono provocativo.

—Tramposo... con taba cargada!

—¿Cargada?

—Cargada... canalla de...

Y sin más trámite Andrada le arrojó la taba al Vinchuca, sin tocarlo. El cordobés apeló al cuchillo. Andrada se dispuso a repelerle pero fué abrazado por varios del grupo, circunstancia que aprovechó Rivero para inferirle un tajo en la cabeza. La policía intervino. Andrada fué arrestado, sumariado y remitido a la ciudad, donde sufrió dos meses de detención.

Le despidieron después del ingenio por pendenciero. La mujer no cayó. Pero Andrada prometió vengarla escarmentando al Vinchuca, y esta noche era la primera oportunidad que se le ofrecía. Una vez más se frustraron sus designios.

La presencia de la autoridad en el baile amenguó por un rato los entusiasmos, reanudados luego cuando los Gómez empezaron a puntear los bailes.

La bebida había hecho sus efectos. Se veían las parejas distribuídas en la obscuridad. Sotomayor, Juan Montoya, Agenor, Rivero... En otro la Tránsito con Tomás... en otro Isaura con Rosendo... Con Rosendo, al parecer abierto a una nueva vida, con el coraje de su juventud.

Cuando la madrugada se anunció en el canto de los gallos y el clarear del oriente, la parranda había decaído con evidencia.

En la habitación destinada al culto, las velas florecían sus últimas pavesas y las lámparas enlutadas apenas alumbraban a llamaradas intermitentes en la agonía, la faz dolorosa del crucificado.

En el patio de la casa de Rivero, el vino y el amor hacían el resto.

MARIO BRAVO.

Mario Bravo

SUEÑO

Iba entre sombras, vagarosamente,
como un fantasma, por la noche muda,
y con el paso de un convaleciente.

Era en redor la soledad desnuda,
y en todas partes el silencio informe
como en los panoramas de la duda.

Y yo sentía que una cosa enorme,
vestiglo errante, en mi dolor buscaba
dónde apoyar su peso multiforme.

Y ya mi ser se inmaterializaba...
ya era un dolor sin cuerpo definido
que en la tiniebla se multiplicaba...

Ya era inmaterial como el fluído...
Ya la doliente transfusión me hacía
elástico y veloz como el sonido...

Ya recobraba mi unidad... reunía
la cohesión suprema del diamante
y a mi sustancia individual volvía...

¡Y todo en el espacio de un instante!

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

FEDERICO NIETZSCHE Y RICARDO WAGNER [1]

> Fuimos amigos y nos hemos vuelto extraños el uno para el otro... Somos dos navíos, cada uno de los cuales tiene su ruta trazada y su propio fin...
>
> NIETZSCHE, *La Gaya Ciencia*, 179.

Como no sé que se haya hecho en castellano de una manera completa, voy a contar circunstanciadamente la historia de la amistad de Federico Nietzsche y Ricardo Wagner.

El conocimiento detallado de esta aventura famosa, que provocó tan variados y encontrados comentarios, interesa muy vivamente a la psicología de los dos grandes hombres. Para los estudiantes del arte de Ricardo Wágner tiene también un interés muy particular porque Federico Nietzsche desparramó por sus varias obras, sobre Wágner y su arte, observaciones críticas profundas y definitivas que bien valen la pena de leerse ordenadas y resumidas en un solo escrito.

---

(1) Nuestros lectores recordarán que en el número 48, año VII, de NOSOTROS apareció un artículo del señor Barrenechea con el título *La Amistad de Federico Nietzsche* y *Ricardo Wagner*. Debemos advertir que aunque tratan del mismo asunto los dos trabajos son completamente diferentes. El ya aparecido era como la filosofía del asunto, su explicación moral. En el que publicamos ahora el señor Barrenechea ha querido reunir para nuestra revista los documentos y los antecedentes sobre los cuales puedan nuestros lectores formarse un juicio personal sobre tan interesante cuestión. Las citas y los textos recogidos en el presente trabajo tienen además un doble interés, para quienes estudian la personalidad de Ricardo Wágner y no han podido leer todos los textos de estética numerosos y fragmentarios que inspiraron al original escritor alemán las obras artísticas y teóricas de su célebre amigo, y para quienes se interesan en la historia espiritual del mismo Nietzsche. — *Nota de la Dirección.*

I.

Habían en Federico Nietzsche dos personalidades poderosas y contrarias, un filósofo de criterio frío, de sentido crítico extraordinario, habilísimo en el juego de todas las volatinescas operaciones del razonamiento, que sabía mantener separado su espíritu de su sensibilidad, y al mismo tiempo un exaltado artista dionisíaco, diré con una expresión creada por él, un poeta lírico y entusiasta, de rara y profunda sensibilidad. Los instintos que constituían en él al artista, encontraron en la música los más intensos placeres y las más amplias satisfacciones. Al terminar sus estudios del gimnasio, estuvo algún tiempo indeciso en abrazar la carrera de compositor. Amó la música no con el sentimiento lijero de un aficionado, sino con la exclusiva pasión de un verdadero amante. Fué un gran "virtuoso" del piano, hizo estudios muy completos de ciencia musical y desde niño se dedicó a la composición como al cumplimiento de una necesidad superior.

Desde su infancia la música y sus problemas estéticos le preocupaban tanto como los problemas abstractos de la moral y de la religión. A la vez que trazaba planes de estudios universales, componía sinfonías, sonatas, poemas líricos. En el seno de una sociedad literaria y musical que fundó en Naumburgo con algunos compañeros, dió, entre dos audiciones de sus obras musicales, conferencias sobre la *Infancia de los pueblos, Las leyes de la crítica musical, La poesía en Servia, El elemento demoníaco en la música* y otras. Más tarde, durante sus años de Universidad, se recreaba con la lectura de las obras de Emerson y de Haelderlin y estudiaba apasionadamente a Beethoven, a Bach, a Mozart y a los otros músicos clásicos alemanes. Pasó luego a la lectura de *El Mundo como Voluntad y Representación,* que estudió al mismo tiempo que la partitura de la *Walkiria.*

Nos ha dejado páginas de psicología musical tan penetrantes como sus mejores análisis de los sentimientos morales. Puedo citar de ejemplos los aforismos 171 de *Opiniones y Sentencias varias;* 163, 165, 166, 167 de *El Viajero y su sombra;* todos los aforismos sobre Ricardo Wágner, especialmente el 255 de *Aurora;* el 87 de *La Gaya Ciencia;* el 240 de *Más allá del bien y del mal,* magistral análisis de la overtura de *Los Maestros Can-*

tores; el 107 de esta misma obra, y muchísimos otros salpicados por todos sus escritos.

Hasta los últimos momentos de su vida consciente, la música le produjo las emociones más variadas y más intensas. Era para Nietzsche un estimulante y a la vez un bálsamo de su fisiología: "¿Se ha notado, escribe en alguna parte de sus obras, que la música da libertad al espíritu, alas al pensamiento, que cuanto más músico es se hace uno más filósofo? Bajo la influencia de la música, el cielo gris de la abstracción queda desgarrado como por relámpagos; la luz se hace tan intensa que percibimos hasta las filigranas de las cosas; los grandes problemas se hacen claros; contemplamos el mundo como desde una montaña." Conocía melodías que le causaban los más extraños efectos; otras que, según sus propias palabras *(Humano, demasiado humano,* n.° 153), como cierto pasaje de la Novena Sinfonía de Beethoven, le producían resonancias en las cuerdas metafísicas.

Habló de la música con una elocuencia que nadie poseyó jamás, ni el mismo Schopenhauer en su célebre capítulo de *El Mundo como Voluntad y Representación* sobre la metafísica del arte sonoro que tanta impresión causó á Wágner.

Sus disertaciones de estética musical giraron siempre alrededor de la personalidad del autor de *Tristán e Iseo,* que fué una de las grandes preocupaciones de su vida. Amó a Wágner y al wagnerismo con una pasión de la que jamás curó.

Dije más arriba que sus admiraciones de juventud fueron los clásicos alemanes. Recién en 1866 una lectura casual de *La Walkiria* llevó su atención hacia Ricardo Wágner. Admiraba esta partitura, aunque desde el primer momento halló que en ella los méritos y las bellezas estaban contrabalanceados por igual número de defectos.

En julio de 1868 se representó por primera vez en Dresde *Los Maestros Cantores* de Ricardo Wágner, y la audición de este noble poema, a la que Nietzche asistió, hizo desaparecer como por encanto sus veleidades críticas. "Para ser justo con tal hombre, escribe a su amigo Rohde, es necesario algo de entusiasmo... Trato en vano de escuchar su música en una disposición de ánimo fría y reservada; pero cada uno de mis nervios vibra..." En carta al mismo amigo relata como trabó conocimiento con Ricardo Wágner: "Al entrar la otra noche a casa hallé un papelito dirigido a mí con estas palabras: "Si quieres conocer a

Ricardo Wágner vé de 3 a 4 al Café del Teatro"... Esta invitación me conmovió. Corrí, naturalmente, como un torbellino y hallé en el café al amigo que me había escrito, pero no a Wágner. Mi amigo me dijo que Wágner se encontraba en Leipzig, en casa de unos parientes, en el más riguroso incógnito. Agregó que la señora Rietschl le había hablado de mí, y que el maestro le había expresado el deseo de conocerme en *incógnito*. Fuí invitado en seguida para el domingo por la noche. Viví los días que me separaban de este domingo, en un estado realmente fantástico... Llegué, en fin, a casa de la familia Brochaus. Nadie más que la familia Wágner y nosotros dos. Fuí presentado a Wágner y me expresó la alegría que experimentaba al saber que su música me era tan conocida y familiar; después comenzó a quejarse del modo más amargo de todas las representaciones de sus obras, exceptuando, naturalmente, las célebres representaciones de Munich. Pero es necesario que te sintetice, mi querido amigo, las impresiones de aquella noche: goces, en verdad, tan intensos y particulares, que aun hoy me siento completamente desorientado, y no sabría hacer nada mejor que charlar contigo y contarte *fábulas maravillosas*. Antes y después de la comida se sentó al piano; ejecutó todas las páginas más importantes de *Maestros Cantores*, imitando todas las voces. Es un hombre de un fuego y de una vivacidad increíbles, que habla muy ligero y sabe hacer divertido en alto grado este género de reuniones íntimas. Tuve con él una larga conversación sobre Schopenhauer; imagina cual sería mi felicidad al oirle decir cuánto debía a Schopenhauer a quién consideraba como el único filósofo que ha comprendido la esencia de la música. Habló después del Congreso de Filosofía que se ha celebrado en Praga y a este respecto me habló de los *funcionarios de la filosofía*. Nos leyó, además, un fragmento de su autobiografía, que está escribiendo. En fin, mientras me preparaba a salir, me estrechó afectuosamente las manos, invitándome a que fuese a visitarlo, para hablar con él de música y de filosofía. Te escribiré después, cuando haya podido reflexionar sobre esta velada de un modo más objetivo..."

No tardó mucho en hacer esta apreciación objetiva, pero pasaron muchos años antes que hiciera público su verdadero pensamiento. Estudió todas las obras musicales y teóricas de Ricardo Wágner y quedó poseído de un entusiasmo que, en el trato íntimo

de Ricardo Wágner, se convirtió en una verdadera idolatria personal.

Su nombramiento para la cátedra de filosofía clásica de la universidad de Basilea le obligó, no sin desesperación suya, a instalarse en Suiza. Wágner vivía ya en Triebschen. Tres semanas después de su llegada a Basilea, Nietzche y algunos amigos hicieron un paseo hasta los bordes del lago de los Cuatro Cantones. Una mañana abandonó a sus amigos y, costeando el lago, se dirigió a pie hacia la retirada del célebre músico. Nietzche se detuvo ante la puerta cerrada de la "villa" y llamó. Los árboles escondían a sus miradas el asilo del compositor. Llegaban a sus oídos algunas armonías lentas y dolorosas. Apareció un criado y Nietzche presentó su tarjeta. Mientras esperaba, los acordes dolorosos, obstinados, se repetían constantemente. El músico invisible se detuvo un momento. Casi enseguida se oyeron las mismas armonías. El criado reapareció e informó al visitante que si se trataba de la misma persona de apellido Nietzsche que su señor encontró en Leipzig, sería recibido a la hora del almuerzo. Nietzsche, al pensamiento que sus amigos le esperaban, se excusó. El criado desapareció y volvió con otro mensaje: El señor Wágner recibirá al visitante el lunes próximo.

Así se iniciaron las relaciones de los dos grandes hombres. Nietzsche fué el amigo íntimo de Wágner, el confidente de sus ideas, el discípulo preferido. Desde aquel momento Wágner y el arte wagneriano ocuparon un lugar preponderante en sus estudios. Se preocupaba por aquel entonces de reunir los materiales para realizar una completa evocación del mundo griego en una obra monumentai que sería una revista histórica, filosófica y estética de la vida griega.

Al interesarse por los problemas de la vida griega, Nietzsche creía ocuparse implícitamente de los problemas fundamentales de nuestra época. Quería coordinar en una gran obra titulada *Griechenbuch,* las soluciones dadas por aquel pueblo genial y feliz a los problemas de la existencia. Haría seguir esta reconstrucción orgánica del mundo griego de una serie de *Discursos a la humanidad* en que propondría aquellas soluciones griegas de los problemas de la existencia como ideales de nuestra evolución histórica.

Creía poder dedicar su existencia entera a tan hermoso proyecto, pero otras necesidades, más inmediatas, más apremiantes,

le obligaron a abandonar su primitiva idea. Con algunos de los materiales recogidos para la composición de su *Griechenbuch* compuso la primera obra suya que vió la luz pública: *El Nacimiento de la Tragedia del espíritu de la música,* que bajo sus formas de metafísica schopenhaueriana y su aparente preocupación del problema de la tragedia antigua, esconde un entusiasta, un hiperbólico panegírico del genio de Ricardo Wágner.

Todas las tendencias aparentemente fundamentales de la actividad artística de Ricardo Wágner provocaron el entusiasmo del idealista y joven filólogo.

Ricardo Wágner, como Schopenhauer, atribuía a la música un origen distinto del de las otras artes, la proclamaba el lenguaje universal de la Voluntad, la expresión de la esencia de las cosas. El fin de la música no es la belleza, sino la significación de lo trágico, de lo heróico, de lo sublime. El arte, agregaba Wágner, es la suprema actividad metafísica del hombre. Soñaba además con una reforma de los fundamentos de la vida civil, y ambicionaba que sus dramas fueran para la sociedad moderna lo que había sido la tragedia para los griegos, una institución nacional y religiosa. Sus ideas morales y políticas se confundían con los símbolos de una metafísica popular, simplista e ingénua que se basaba en una interpretación personal de los mitos y leyendas germánicas. Pero el triunfo de estas ideas, continuaba Wágner, ha de apoyarse en una reacción contra los elementos de la cultura latina. Quería, pues, ante todo, nacionalizar la música y el teatro, y oponer a las óperas italiana y francesa su ópera inspirada en el espíritu de las tradiciones étnicas del pueblo alemán.

Estas ideas y aspiraciones de Ricardo Wágner, abundantemente explicadas es sus escritos que datan de 1849 a 1852 *(Opera y Drama, La obra de arte y la revolución, El estado y la religión, La obra de arte del futuro)* habían provocado en Nietzsche el más ilimitado entusiasmo. Dice en una carta a su amigo Deussen: "...he descubierto el verdadero Santo de la filología, un filólogo genuino y real... ¿sabes cómo se llama? Wágner, Wágner, Wágner!!" Le llama "genio dionisíaco", "Esquilo moderno" que, habiendo resucitado en el mundo actual el milagro de la tragedia ática, representa en Alemania el primer acontecimiento del retorno histórico de la cultura trágica griega.

Este renacimiento de la cultura trágica griega en medio del

mundo actual, significaba para Nietzsche ante todo el triunfo del germanismo en la cultura nacional alemana, es decir, la emancipación del dominio de la secular influencia latina, la liberación del yugo del cristianismo, religión antinacional mezcla de decadencia latina y de barbarie asiática, y como consecuencia de tales premisas, la oposición a las tendencias anárquicas del liberalismo humanitario. Nietzsche había creído ver triunfantes en las obras teatrales de Wágner y en el pesimismo teórico de Arturo Schopenhauer, que consideraba como la expresión consciente, filosófica, de la sabiduría instintiva y dionisíaca de los griegos, sus tendencias antirrománticas, antidemocráticas, anticristianas.[1]

II

Me parece oportuno sintetizar ahora la estética, la filosofía artística de su primera obra, obra que tituló sucesivamente *Griechische Heiterkeit (Serenidad griega), Die Oper und die griechische Tragôdie (La ópera y la tragedia griega), Ursprung und Stil der Tragödie (Origen y estilo de la tragedia),* y por último *Die Geburt der Tragôdie aus der Geiste der Musik (El Nacimiento de la tragedia del espíritu de la música).*

La obra, elaborada durante todo el año 1871, apareció en los primeros días de 1872, causando verdadera sensación en Alemania. Atacado el autor acerbamente, tuvo el honor de contar entre sus defensores a Ricardo Wágner, a quien la obra estaba dedicada. Este acontecimiento fué un lazo que les unió más estrechamente y bien pudo Nietzsche escribir a un amigo, después de la aparición del libro: "He concluído una alianza con Wágner.

---

(1) Bueno es recordar que Nietzsche intimó con Wágner en la época en que el célebre músico trabajaba en la composición de la partitura de *Siegfried.* Precisamente Sigfrido, entre todos los personajes de las obras wagnerianas, es el que más recuerda el temple de los hombres primitivos. He aquí como Nietzsche juzgaba todavía en 1886 esta sugestiva figura del teatro wagneriano: "Quizás que lo más sorprendente que ha imaginado Wágner sea siempre irrealizable, incomprensible, inimitable para toda la raza latina tan tardía; me refiero a la figura de Sigfrido, a la figura del hombre libre, demasiado libre tal vez, y demasiado rudo y demasiado feliz y demasiado *anti-católico* para el gusto de los pueblos muy viejos y muy civilizados. *Este Sigfrido antilatino fué un pecado contra el romanticismo;* pero Wágner ha rescatado ampliamente este pecado en su triste y confusa vejez cuando anticipándose a un modo que se ha convertido después en política se puso con toda su vehemencia religiosa a predicar a los demás, no sólo a emprender él mismo, *el camino que lleva a Roma*".

No puedes imaginar el grado de nuestra intimidad y de qué manera concuerdan nuestros proyectos". (1)

La noción estética fundamental de *El Nacimiento de la tragedia* es la oposición en el fenómeno estético del momento apolónico y del momento dionisíaco, trátese de la emoción artística creadora o contemplativa.

La necesidad de su oposición, y la posibilidad de conciliaciones pasajeras entre estos dos diferentes estados del espíritu artístico, fueron elevados por Nietzsche a ley estética fundamental (contrariamente a la opinión de aquellos estetas que quisieron derivar todas las artes de un único principio) y tratada como una verdad eterna que él había sido el primero en deducir de la enseñanza que a sí mismos se daban los griegos, no por medio de conceptos verbales, sino por medio de figuraciones simbólicas, mitos y divinidades.

Aquel admirable mundo de héroes y dioses olímpicos, continúa Nietzsche, nace del más victorioso instinto de los griegos, de las energías más vivas del alma popular, de la más audaz afirmación: como para justificar el misterio de la vida, aceptándola ellos mismos y viviéndola con ejemplar valentía.

Quien con otra religión en el corazón se acerca a estos dioses olímpicos y busca en ellos elevación moral, o más aún, santidad, espiritualización incorpórea, miradas de amor llenas de compasión, tendrá que volverles pronto la espalda disgustado y desengañado. Aquí nada recuerda el ascetismo, la espiritualidad y el deber; aquí sólo nos habla una existencia exuberante y hasta triunfal, en la que todo lo que vive está divinizado, lo mismo lo malo y peligroso como lo bueno y lo cordial. Así puede aquel observador quedar completamente sorprendido ante esta fantástica superabundancia de vida, para preguntarse después con qué bebida mágica en el cuerpo pueden haber disfrutado de la vida estos hombres arrogantes que donde quiera que miran les sonríe Elena, la figura ideal de su propia existencia. A aquel observador que ya se ha vuelto de espaldas, hay que gritarle: "No huyas; escucha antes lo que la sabiduría popular griega dice de esta misma vida que aquí entre los griegos se extiende con ale-

---

(1) Más tarde, en 1888, refiriéndose a este feliz período de su existencia, pudo decir también: "Durante algunos años hemos vivido en común para las cosas grandes como para las nimias: existía por ambas partes una confianza sin límites."

gría tan inexplicable. Dice la antigua leyenda que el rey Midas había perseguido en el bosque mucho tiempo al sabio Sileno, acompañante de Dionisos, sin lograr alcanzarle. Cuando por fin cayó en sus manos, le preguntó el rey cuál era la mejor y la más conveniente de todas las cosas para los hombres. El demonio permanece callado, fijo e inmóvil, hasta que obligado por el rey, prorrumpe en estas palabras con risa estridente: "Miserable generación de un día, hijos del acaso y de la fatiga; ¿por qué me obligáis a decir lo que es para vosotros más provechoso no oir? Lo mejor es para vosotros completamente inasequible: no haber nacido, no *ser,* no *ser nada.* Pero lo mejor para vosotros, en segundo lugar, es morir pronto."

Como se ve, el griego conocía y sentía los sobresaltos y horrores de la existencia. Pero aquella horrible desconfianza suya en las fuerzas titánicas de la naturaleza, como se revela en la Moira reinando sin compasión sobre todos los conocimientos; en aquel buitre que corroe las entrañas del gran amigo de los hombres, Prometeo; en aquel espantoso sino del sabio Edipo; en aquella maldición de raza de los Atridas, que obliga a Orestes a matar a su madre; en fin, en toda aquella filosofía del dios selvático y en sus ejemplos míticos, fué dominada, sobrepasada por los griegos mediante su artístico *mundo medio* de los olímpicos.

Para poder vivir tuvieron los griegos, por verdadera necesidad, que crear sus dioses. Su origen, debemos de representárnoslo de manera que del primitivo y titánico orden del terror se desarrolló paulatinamente el olímpico orden divino de la alegría, gracias al instinto de belleza del Griego, de igual manera que las rosas brotan de espinosos matorrales.

¿Cómo hubiera podido soportar la existencia aquel pueblo que sentía tan vivamente, que deseaba con tal violencia, tan dispuesto al sufrimiento por ello mismo, si no la hubiera contemplado en sus dioses como realzada por una gloria superior? El mismo impulso que da vida al arte como perfección, complemento y prolongación seductora de la vida, hace nacer también al mundo olímpico, espejo en que se reflejó la más íntima *voluntad* helénica. Símbolo de este instinto es Apolo, dios de la luz y de la verdad y padre de las artes. De él toma su nombre el *momento apolónico,* elemento estético específico que preside el mundo de las imágenes, ya sea de las interiores o ya de las exteriores, producidas por todas las artes plásticas o figurativas, y en todo caso sometidas a

una íntima norma de medida y a aquel mismo *principio de individualización* que gobernó el origen de los seres. Que la fantasía del griego homérico fuera agitada por las leyendas épicas del rapsoda o que percibiera en sueños, o en cualquiera otro estado de visión, las soberbias figuras de las divinidades olímpicas, o que creára las plásticas formas serenas y eternas del arte dórico, siempre el ojo preciso del griego mide, limita, individualiza, anima y proporciona a un tiempo, y del caos indistinto hace la belleza individualizada y perfecta.

Otros poderosos instintos agitaban también el alma de los Helenos, desde los tiempos más remotos de su existencia histórica. Nietzsche los bautiza con el nombre de *instintos dionisíacos,* de Dionisos, dios de la ebriedad y de los misterios, del que cuentan mitos maravillosos que, siendo niño, fué despedazado por los titanes, lo que significaría que este despedazamiento es el principio de la individualización de los seres que empiezan con la primer metamorfosis en aire, agua, tierra, fuego. Habría por lo tanto que considerar la individualización como el origen y fundamento de todo sufrimiento. El estado dionisíaco se aproxima mucho al estado de embriaguez, producida ya sea por bebidas narcóticas o por la aproximación de la primavera, y de que hablan en sus himnos todos los pueblos primitivos. Se manifestaba en fiestas de un desmesurado desenfreno sexual, cuyas olas pasaban por encima de todo parentesco, desencadenándose en repugnantes movimientos de lujuria, crueldad y bestialidad, sumergiendo a los seres en un estado *letárgico,* en que se experimentaba un asco irremediable por la realidad diaria, absurda y dolorosa, y por la propia individualidad; en que los seres se sentían arrebatados por un anhelo hacia un mundo más allá de los fenómenos y de la muerte, en que no sólo se renovaba la alianza entre hombre y hombre, sino que la naturaleza, antes extraña, enemiga o subyugada, celebraba nuevamente su fiesta de reconciliación con el hombre, su hijo perdido. Bajo la magia de lo dionisíaco, — cuya expresión maravillosa se halla en el arte de la música, lengua del dolor de Dionisos — en aquellas fiestas orgiásticas, fiestas de redención del mundo, cantando y bailando el esclavo se siente hombre libre, se rompen y desaparecen las separaciones establecidas entre los hombres por la necesidad, el capricho o la insolente moda, cada uno tiene la intuición, no únicamente de estar unido a su prójimo, sino de hacer parte de una unidad

primitiva, ser un elemento disperso del Uno — Primitivo, de Dionisos.

La oposición de esos momentos — el apolónico y el dionisíaco — que es natural y profundo, no sólo en el arte y en la vida griegos, si que también en el arte y en la vida en general, se formaron en el espíritu de Nietzsche sobre experiencias psicológicas fundamentales. Con el nombre de *apolónico* quería designar el autor la especie de encanto, de arrobamiento que se experimenta en presencia de un mundo creado por la fantasía y el sueño, del mundo de las bellas apariencias que nos hace olvidar el sentimiento de la incesante transformación de todas las cosas. Con la palabra *dionisíaco* traducía el sentimiento activo de la transformación de todas las cosas y todos los seres, la participación subjetiva en la voluntad ansiosa de crear, mezclándose a la rabia de destruir. Hay un natural antagonismo entre estas dos experiencias y deseos. Busca el primero en las bellas apariencias el carácter de eternidad, y cuando este carácter se revela en alguna apariencia, el hombre goza una emoción de tranquilidad silenciosa, sin deseos, de una perfecta unidad en su ser interior, de acuerdo consigo mismo como con la existencia entera, mientras que la impresión del segundo lo arrastra a la transformación, a la voluptuosidad del trabajo en la transformación, es decir, en la creación y en el aniquilamiento.

Estos dos estados originariamente hostiles, como ya dije, y que corresponden a los dos aspectos schopenhauerianos del mundo como *voluntad* y como *representación* o *fenomenalidad,* vinieron a reunirse, por un prodigio del arte griego, para señalar el punto álgido de toda cultura más allá del cual se abre el abismo de la descomposición y del caos de los instintos, en la tragedia ática, en la que el coro (la música) representa el estado dionisíaco y el diálogo el estado apolónico.

El genio griego alcanza en la tragedia su más maravillosa expresión. La Grecia había dado antes admirables genios apolónicos, todos sus artistas que continuaron el proceso de individualización de la naturaleza, creando y perpetuando nuevas formas; había poseído igualmente genios dionisíacos, sus poetas y filósofos, que supieron reflejar la unidad fundamental del Ser; pero la tragedia, que es el ápice, dijimos, de la trágica sabiduría de su mejor edad, presupone la existencia del genio dionisíaco-apolónico que opera una segunda reflexión de la intuición dionisiana en apa-

riencias apolónicas. Dirá luego, con el moderno y particular lenguaje de Wágner y de Schopenhauer, que la música en el drama musical canta en su lengua de oro el elemento puramente humano y universal de todo conflicto de pasiones.

La tradición literaria nos dice que la tragedia nació del coro trágico y que, originariamente, no era otra cosa que el coro. En el coro se realiza la imitación artística de aquel primitivo fenómeno natural. El coro trágico es un coro de transfigurados que han olvidado por completo su pasado de ciudadanos: es el símbolo de la masa de pueblo dionisíacamente excitada. Pero cuando este coro pasa a expresar sus visiones, o más tarde cuando estas visiones se objetivan en un héroe que se presenta sobre la escena y que originariamente fué, como la tradición quiere, Dionysos, del cual no son más que transfiguraciones todos los héroes posteriores de Esquilo y de Sófocles, entonces comienza a operarse el momento apolónico, cesa la mímica dionisíaca de la danza y del canto, y el lenguaje casi épico del monólogo y del diálogo torna a mecer al alma griega, convenciéndola de que del dolor necesario puede también surgir una obra de belleza (Prometeo, Edipo).

Sucede aquí un fenómeno inverso a un fenómeno óptico común. Quien mira fijamente el sol debe torcer la mirada enceguecido y entonces ve presentarse ante sus ojos, como remedio saludable, manchas obscuras. Inversamente, las figuras luminosas de los héroes sofoclianos son productos necesarios de una mirada abierta sobre lo más obscuro y terrorífico de la naturaleza y, por así decir, son como manchas obscuras que reponen la mirada ofendida por la tétrica noche de la existencia.

Sólo en tal sentido podemos justamente interpretar el interesante aspecto que se ha llamado *serenidad griega,* que está muy lejos de ser la manifestación de un cómodo sensualismo, ni de la tranquilidad de una vejez que nada haya deseable, sino la victoria sobre el dolor, la afirmación heróica de una conciencia que quiere adquirir la noción completa del pesimismo más profundo, y no menos contraponerle la plenitud de una vida sana, activa y triunfante. (1)

---

(1) ¿No piensa el lector en Goethe? ¡Qué concepción del mismo fenómeno tan diferente en los dos grandes hombres!

Los que imaginan que Nietzsche fué para Wagner un amigo desleal y traidor, que en sus escritos se contradijo vergonzosamente, debieran leer con calma estos párrafos y reflexionar sobre ellos, para ver lo distante

Y es de notar que en tanto que los mitos de la cultura olímpica comenzaban a palidecer y ser considerados por los griegos como la historia de su juventud, en la época más vigorosa y más sana de la cultura griega, fueron elevados por la nueva intuición dionisíaca del mundo, en su conjunto, a una especie de simbología de su conocimiento, y justamente bajo este nuevo aspecto adquirieron un significado verdaderamente trágico.

Lo que les dió este nuevo aliento de vida y los trasformó en medios de una sabiduría dionisíaca fué precisamente el genio de la música. El arte sonoro es el lenguaje de la Voluntad no individualizada aún, del sentimiento en lo que tiene de irreductible e intraducible en representaciones; pero fuerza nuestra fantasía a dar forma a aquel mundo espiritual invisible que por su intermedio nos habla y a figurarlo en un ejemplo concreto análogo: éste a su vez adquiere por medio de la música su más alta significación. Sucedió así que la música griega, la música dionisíaca, se apoderó del agonizante mito (Prometeo, Edipo) le confirió contenido más profundo y lo revistió de forma más expresiva. Al expresarse con el lenguaje de la música, aquellos héroes trágicos parecían venir de los abismos del ser, y, precisamente, en las figuraciones artísticas de la tragedia se reproduce la metafísica del mundo: de la unidad esencial más allá del espacio y del tiempo al dolor necesario de la individualización y a la serenidad del arte que redime, traduciendo las más amargas verdades en obras de belleza.

La tragedia murió, no de muerte natural, sino violentamente. Eurípides la combatió a muerte. Quitóla toda solemnidad, toda significación metafísica, como pensador y crítico excluyó del drama todo elemento dionisíaco, acrecentó el interés por la acción mayor y por la descripción de los tipos particulares. Su procedimiento se hizo racionalista, su diálogo siguió las reglas de la dialéctica sofística: todo debía ser lógicamente demostrado.

Evidentemente que detrás de Eurípides y como demonio inspirador de la reforma, estaba Sócrates. Este filósofo fué el verdadero destructor de la tragedia. Sócrates, que se distinguía entre sus contemporáneos, como es sabido, por su profunda indi-

---

que Nietzsche se encontraba del pesimismo schopenhaueriano y wagneriano, cuando más fiel discípulo se sentía de sus dos grandes maestros.

El Nacimiento de la Tragedia contiene como el germen fecundo de toda su filosofía posterior de la naturaleza. Lo que en él cambia son solamente las expresiones.

ferencia respecto del arte, alimentaba en sí una particular adversión hacia el arte trágico y se abstenía de asistir a toda representación que no fuera de los dramas de Eurípides. Creía que el arte trágico no podía decir nunca la verdad. El optimismo de su concepción ética y dialéctica de la vida, estaba en completa antítesis con el pesimismo de los mitos trágicos. En sus tres proposiciones fundamentales: la virtud es saber, se peca por ignorancia, sólo el virtuoso es feliz, había encerrado la sentencia de muerte de la tragedia. El héroe virtuoso debía ser también buen dialéctico, la relación entre los motivos y las acciones, entre la causa y el efecto, debía ser racional y lógicamente evidente. El flagelo de los silogismos dió muerte a la música en la tragedia, mejor dicho, destruyó la tragedia en su esencia. Aún hubo algo más. Desde aquel momento la influencia de Sócrates creció. Sócrates representa en el mundo antiguo el tipo del *hombre teórico*. Combatió toda manifestación espontánea de los instintos morales, religiosos, estéticos; colocó el razonamiento por encima de los instintos, la inteligencia por encima de la voluntad, el conocimiento por encima de la acción. Impuso esquemas lógicos y conceptuales a toda la existencia, a toda actividad humana, e impidió así, por siempre, que el hombre quedara en relación estética espontánea y genial con la naturaleza y con la vida. Su racionalismo y su optimismo hicieron de él, el primero y más grande corruptor de los instintos fundamentales del genio griego.

A través de tan abstractos y complicados razonamientos metafísicos, que he tratado de exponer sintéticamente, propúsose Nietzsche demostrar en *El Nacimiento de la Tragedia:* 1.° que el fundamento de la más elevada cultura griega era el pesimismo instintivo, y que existe una relación necesaria entre la verdadera cultura y el pesimismo; 2.° que la predilección grandísima manifestada por los griegos, hasta en los siglos de su plena juventud y salud, por la tragedia y por los mitos trágicos y su avidez insaciable de belleza, demuestran en primer término cómo un amor, un gusto bien marcado por el pesimismo puede también denotar fuerza de ánimo, exuberancia de energía, y en segundo término que el arte (y no la moral ni la ciencia) redime del dolor, da valor a la vida y constituye la verdadera actividad metafísica del hombre; 3.° que la música tiene un origen y una importancia diversas de las que tienen todas las demás artes y es capaz de despertar y activar las potencias más ocultas del alma que crean

los mitos; y por último que la verdadera serenidad griega no es la misma serenidad de los primeros siglos cristianos, que fué más bien una apatía senil, sino la abierta sonrisa de la voluntad que triunfa y se complace en alternar la mirada entre el fondo denso y espantoso de la realidad y las luminosas apariencias de la belleza creadas por el genio activo del arte.

Tales son las ideas fundamentales del libro dedicado a Ricardo Wágner y escrito para glorificar las tendencias del arte wagneriano.

Ricardo Wágner se instaló en Bayreuth en abril de 1872. Nada cambiaron con esto las relaciones de los dos grandes hombres. Nietzsche visitó al maestro varias veces en su nueva residencia y asistió, como particular invitado, a la fiesta artística que se dió el 22 de mayo de 1872 en Bayreuth, el día de la colocación de la primera piedra del nuevo teatro. En abril de 1873 Nietzsche volvió de nuevo a Bayreuth. Los trabajos continuaban muy lentamente; la empresa amenazaba quebrar por la indiferencia general del público. Nietzsche abandonó Bayreuth, presa de una profunda melancolía. En los primeros días de Mayo escribió a un amigo: "He vuelto de Bayreuth poseído por una continua melancolía de la cual no me he salvado sino cayendo en un sagrado furor." Este furor era la explosión del odio acumulado contra todo lo que para Nietzsche era un obstáculo al florecimiento de una gran cultura. Su actitud fué una verdadera declaración de guerra lanzada contra la cultura y la ignorancia oficiales de Alemania. Como por razones prácticas tuvo que abandonar su idea de dar conferencias públicas de propaganda en las sociedades wagnerianas, concibió una serie de folletos, titulados *Consideraciones Inactuales,* en los que — proyectaba escribir un gran número — iba a tratar de todos los aspectos negativos y positivos de la civilización. Sólo vieron la luz cuatro, entre los que tengo que citar el titulado *Ricardo Wágner en Bayreuth,* que apareció en 1876, algunos días antes de las fiestas inaugurales del mes de julio. Esta cuarta *Consideración Inactual,* que todos los wagnerianos consideran como la Santa Biblia del wagnerismo, estaba destinada a la propaganda del arte wagneriano y a estudiar más de cerca de como lo hizo en *El Nacimiento de la Tragedia* el genio del maestro.

MARIANO ANTONIO BARRENECHEA.

(Concluirá).

LA LEYENDA DEL KACUY

POEMA TRÁGICO EN TRES ACTOS Y EN PROSA

DE

CARLOS SCHAEFER GALLO

PERSONAJES

Kacuy
Turay
Ño Gumer
Ño Tucu
Toño
Libardo
Mama-Colla
Ña Catu
Dorotea
El loco Filemón
El Carancho
Goyo
Bruna
Peón 1.º
Peón 2.º

Guasos, chinitas, músicos y devotos.

Lugar de la acción: Un claro de la selva en Santiago del Estero

Derecha e izquierda: Las del espectador

DECORADO PARA LOS TRES ACTOS

A izquierda y a derecha, primeros términos, ranchos de madera con techumbre de paja.

El rancho de la izquierda, ha de tener, además de la puerta practicable, una pequeña ventana triangular. Varios cueros de puma clavados en el frente.

Junto al rancho de la derecha, una parva de pasto y un telar indígena.

Quebrachos, algarrobos y huiñajs, ocupan todo el escenario, formando un tupido umbráculo que se extiende hasta el fondo. Ha de verse, a lo lejos, la perspectiva del horizonte, por entre un hueco que se abre a manera de senda desde el primer término.

La vegetación lujuriosa, forma pintorescos contrastes con el verde audaz

de los yuyos, las doradas vainas de la algarroba, y el amarillo vivísimo de la flor del huíñaj, mientras los racimos de chañares penden de un hermoso árbol cuya copa se despeina sobre el rancho de la derecha.

Cabezas de buey y troncos, por asientos.

Hachas, palas, machetes y otros útiles de labranza, amontonados bajo uno de los primeros árboles.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

MAMA-COLLA, — *luego* ÑO GUMER

Es de tarde. Al levantarse el telón, Mama-Colla aparece junto al rancho de la derecha componiendo una manta de abigarrados colores en el telar indígena. — Hay una pausa larga.

Ño Gumer. — *(Por la izquierda, con un hacha al hombro. Trae una mano vendada).* ¡Malaya con las avispas! ¡Cosa bárbara, hom!

Mama-Colla. — ¿Qué te ha pasáo?

Ño Gumer. — Fijate po: ¡nadita me ha pasao!

Mama-Colla. — ¿Y qué diciendo te has dejáo flechiar?

Ño Gumer. — ¡Nay!... Estábamos hachiando, cuando en un redepente salieron brincotiando las avispas de un tronco carcomío, ¡y no te digo nada! ¡Hasta en la cola e los mancarrones se prendieron las muy ladinas!

Mama-Colla. — *(Riendo).* ¡Jay, jay, jijú!

Ño Gumer. — Réite nomás... Salimos disparando como zúris pa los matorrales, y los bichos, ¡hermanitoy! como nube con tormenta por detrasito e nosotros... Nos tiramos de jeta contra el suelo, y tuvimos que aguaitar los picotones en... la parte blanda, malaya!

Mama-Colla. — Andá ponete grasita d'higuana. *(Ríe).* ¡Tá güeno!

Ño Gumer. — Reite nomás, qu'es como pa reirse... *(Entra al rancho).*

Mama-Colla. — *(Que ha continuado tejiendo, cesa de pronto en la tarea, y echa a reir).* ¡Jay, jay, jijú! ¡Jay, jay, jijú!

ESCENA II

MAMA-COLLA, TURAY, *en seguida* ÑA CATU *y* DOROTEA

Turay. — *(Entra a caballo, atropelladamente).* ¡Mama-Colla! ¡Mama-Colla! Alcancemé l'hacha!

Mama-Colla. — ¡Qué hay, muchacho, qué te pasa!

Turay. — Nada, vieja... Qu'he descubierto la madriguera del lión que se ha cebáo en mi majada...

Mama-Colla. — ¿Y lo vas a cazar? *(Descolgando el hacha).*

Turay. — ¿Y denó? ¡Como que me ha tragáo los cabritos más gordos!

Mama-Colla. — Tené juicio, Turay... ¡Vos no t'escarmientas, muchacho!

Turay. — *(Recibiendo el hacha).* ¡Pierda cuidáo, vieja! ¡Lo traeré al lión atáo a la cola! ¡Pijujujú! *(Sale a galope tendido, por la izquierda).* ¡Pijujujú!

Mama-Colla. — *(Gritando).* ¡¡Tené cuidáo!!

Ña Catu. — *(Por la derecha).* Güenas tardes... *(Seguida de Dorotea).*

Mama-Colla. — ¿De cómo por estos láos? Adelante la yunta.

Ña Catu. — De casualidar.

Mama-Colla. — Si no es de casualidar, no las vemos po aquí, ¿no? Vayan sentandosé nomás. Viá encerrar la vaca, porque denó rumbia pal bañáo... Esperenmén que ya güelvo. *(Gritando).* ¡Gumer! ¡Hay visitas!

Ña Catu. — *(Mutis de mama-Colla, izquierda).* Y a ver si dices algo, ché chinit'aura qu'estamos de visita. Denó, van a crer que te has güelto sonsa...

ESCENA III

ÑA CATU, ÑO GUMER, — *luego* MAMA-COLLA *y* KACUY

Ño Gumer. — *(Del rancho, frotándose con grasa las manos).* ¡Velay la Catu! ¿Cómo le va yendo? ¿Y a vos Dorotea? ¿Siempre calladita, no?

Ña Catu. — Aquí andamos, de pasadita. Rumbiaba pa "Los Aguaribaises" y m'he plantáo un ratito. ¿Pero qué le pasa?

Ño Gumer. — Las avispas.

Ña Catu. — ¿Y qué haciendo?

Ño Gumer. — De vicio nomás.

Ña Catu. — ¿Se le ha puesto fiera la mano!

Ño Gumer. — Esto no es nada... ¡Si viera como estoy por el láo el revés!

Ña Catu. — *(Riendo).* ¡Alhajita ha d'estar! ¡No te rías Dorotea!...

Mama-Colla. — *(Por la izquierda. A ño Gumer).* Velay anda la bandida ésa, con'una cara que parec'e mandinga...

Ño Gumer. — ¿Ande, ché?

Mama-Colla. — Velay, juntito a la quincha, pasando el tunal.

Ña Catu. — ¿Se puede saber?

Mama-Colla. — La Kacuy...

Ña Catu. — ¡Ah! ¿Y entuavia la soporta Turay?

Mama-Colla. — Entuavia. Dende que murieron sus tatas, en'ese rancho no hay tranquilidar.

Ña Catu. — Yo, en su lugar, le hubiera pegáo una lonjiada, como a mula chúcara. Si m'hija juer'así... Felizmente no es...

Ño Gumer. — Yo, l'hubiera colgáo de un árbol y... l'hubiera puesto avispas, pa que se divierta! ¿No te parece, Dorotea?

Mama-Colla. — La verdá qu'es como pa no esplicarse la pacencia e Turay. El, que toditos los días anda peliando con los liones, se deja domar por su hermana, por'esa perversa, como si le tuviera miedo... En cuantito güelve Turay del monte, ya empieza a estirar la jeta y a contestarle con malos modos; y a veces, hasta le güelca la comida al pobre... No parecen hermanos. Y'eso que Turay es pa ella como un pagre.

Ña Catu. — Se necesita tener el corazón de piegra! *(Transición).* Me han contáo que Toño, el hijo e ño Tucu, le sigue los pasos a la Kacuy.

Mama-Colla. — ¿Toño enamoráo de la Kacuy? Es muy güen muchacho pa merecer semejante castigo. Toño puede casarse ande quiera, porqu'es trabajador y entendío, pero no debe perderse por una guacha trastornada como ésa.

Ño Gumer. — ¡Si es una bandida! ¿No les digo que l'había e colgar de un árbol con avispas abajo? ¿No te parece, Dorotea?

Mama-Colla. — Turay se metió aurita pa bien dentro el monte. Dijo que había descubierto la madriguera del lión que le ha comío las cabras, y que no golvería sin trayerlo muerto.

Ña Catu. — Es muy capaz... Como que se ha criáo peliando en el monte...

Ño Gumer. — Y cabeza dura tamien es... No s'escarmienta. Ya lo han arañáo los bichos una punta e veces. En una d'estas, no güelve más...

Ña Catu. — Y un hombre tan corajudo que se haga el champi cuando lo gritónia una mujer... ¡Quien había e crer!

Mama-Colla. — Quien había e crer... ¡Semejante toro!

Ño Gumer. — ¡Eso es lo que me dá rabia, po! Velay aurita en cuanto venga, lo via palabriar aver si endereza el rumbo.

Mama-Colla. — ¿Y á qué te has de meter? ¿Que t'importa?

Ño Gumer. — ¡Cómo no me va importar! ¿No lo he tenío en mis brazos cuando era una guagua? ¿No ha sío pa mi com'un hijo? ¿Acaso él no me quiere como si juera su tata? Y ultimamente, ¡qué pelos t'importa a vos que me meta u que no me meta! ¡Hi de hacer lo que se me antoje! ¡Vaya pues! ¿No te parece, Dorotea?

Mama-Colla. — ¡Y güeno! Hacé lo que se te antoje!

Kacuy. — *(Sale de su rancho y cruza hacia la derecha, segundo término).*

Mama-Colla. — *(Viéndola salir).* — ¡Sabandija! No tiene ni un cachito é bondar...

Ña Catu. — P'ande irá la muy sinvergüenza... *(Transición).* Güeno, Mama-Colla, yo me voy. Entuavía tengo que andar alguito, y no tardará en tiznar la oración. Viá pedirle emprestáo su caballo a mi comagre Dionisia. Güeno, adiosito, entonces...

Ño Gumer. — Que le vaya bien, Catu. Adios, Dorotea.

Ña Catu. — Adios, ño Gumer. ¡Saludá ché chinita!

Mama-Colla. — Y no se pierdan, que aquí no hay perros toriadores. Que te vaya bien, Dorotea. Estás muy alhajita...

Ña Catu. — ¡Agradecé chinita! Mañana hi de golver con algún regalito, ¿no?

Mama-Colla. — Pero vamos saliendo que las vi'acompañar hasta la tranquera. — *(Salen izquierda).*

Ño Gumer. — ¡No se pierdan! — *(Aparte).* — Pa la falta que hacen...

ESCENA IV

KACUY *y* ÑO GUMER, — *luego* MAMA-COLLA

Kacuy.— (Por la derecha. Habla con voz áspera y gesto de enojo). — ¡Quién ha levantao l'hacha qu'estaba colgada en mi rancho!

Ño Gumer. — *(La mira con desdén de pies a cabeza, y le da la espalda).*

Kacuy. — ¡Le pregunto!

Ño Gumer. — ¡Y qué tiene que preguntarme a mi!

Kacuy. — ¡Estos ranchos están condenáos a guarecer gente perra!

Ño Gumer. — ¡Por eso se guarece usté!...

Kacuy. — ¡Viejo maldito! ¡Así le caiga una centella y l'incendie las casas!

Ño Gumer. — ¡Condenada! ¡Pa éso es güena, pa echarnos malos deseos, pa emponzoñarnos!

Kacuy. — ¡Se ha de ver cubierto e sarna y podrío, perro, perro! *(Medio mutis al rancho).*

Mama-Colla. — *(Por la izquierda).* — ¡Qué hay! — *(A Kacuy).* ¡Por qué alborota!

Kacuy. — ¡Usté tamien, vieja bruja! — *(Entra al rancho).*

Mama-Colla. — ¡Sabandija! ¡Víbora ponzoñosa! ¡Fijensén, la guacha loca!

Ño Gumer. — ¡Puerca! ¡Mala hermana!

Mama-Colla. — ¡China cuchillera! ¡Una lonjiada es lo que merece! ¡Zorrina! ¡No tiene respeto por naides! ¡Alma e piegra!

ESCENA V

DICHOS *y* ÑO TUCU, *(por la derecha)*

Ño Tucu. — ¿Ya están peliando?.... ¿Otra vez peliando?

Mama-Colla. — ¡Sí, otra vez peliando!... ¡Ahí la tiene a su alhaja! Vaya, vay'a consolarla... *(Mutis violento al rancho).*

Ño Gumer. — *(Después de mirar a ño Tucu con gesto de repugnancia).* ¡Vaya, vay'a consolarla! *(Entra en su rancho).*

Ño Tucu. — Ya vendrán hincáos a pedirme favores... Ya vendrán... *(Ríe sarcásticamente. Va al rancho de Kacuy y golpea la puerta).* — Kacuy! Abramé... Soy yo... ño Tucu...

ESCENA VI

Ño Tucu y Kacuy

Kacuy. — ¿Ya se jueron?

Ño Tucu. — Sí. L'han'hecho enojar, viditay?

Kacuy. — ¡Esos, que siempr'están con lo mesmo!

Ño Tucu. — Dejelós que ya vendrán mansitos. — *(Ríe. Transición).* — ¿Y Turay?

Kacuy. — No sé.

Ño Tucu. — Tá güeno... Ese tamien ya caerá mansito, si no lo carnian los liones. No sé cómo diablos s'escapa... ¡Tiene una suerte! Pero en un redepente, no güelve más... ¿Le gustaría que no golviera?

Kacuy. — Por mí, que no güelva... Demasiáo cansada estoy de verlo.

Ño Tucu. — ¡Ta güeno! ¿Y éstos, por qué la pelian?

Kacuy. — Por nada... Porque me aborrecen... Porque dicen que soy mala hermana... Son capaces de matarme, si me descuido.

Ño Tucu. — *(Pequeña pausa).* Hay que dirse pa otros pagos.

Kacuy. — ¡Sí, ño Tucu! ¡Llevemé p'ande quiera! ¡Ya no puedo estar aquí!

Ño Tucu. — Entuavía no!... Mas dispues será... Pierda cuidáo... nos iremos... ¡Y bien lejos! Ande naides nos estorbe... Ande naides nos persiga... Ande podamos estar solitos! ¡Bien lejos! ¡Lejos d'estos perros, d'estos ranchos, d'esta tierra que hiede a osamenta, d'estos árboles que son como espantajos, d'estos aires, pesáos como polvo e güesos!...

Kacuy. — Es necesario d'irnos de una vez, ño Tucu... Yo no puedo seguir por más tiempo al láo de Turay... ¡Me d'asco! ¡Demasiao asco le tengo! ¡Lo aborrezco! Si a veces me parece que no semos hermanos... ¿Seremos hermanos, ño Tucu?

Ño Tucu. — *(Riendo).* ¡Tá güeno!

Kacuy. — Y a usté no lo puede ver. Ha dicho que si lo llegara a encontrar aquí, en su rancho, lo ib'a carniar como oveja!

Ño Tucu. — ¿Pa que me coman los caranchos, no? ¡Ta güeno!... *(Pequeña pausa).* ¿No me vido anoche?

Kacuy. — ¿Anoche?

Ño Tucu. — Sí, anoche...

Kacuy. — No l'entiendo, ño Tucu...

Ño Tucu. — A mí no m'entiende naides... ¡Ni yo mesmo m'entiendo! Anoche, l'anduve rondando hasta el amanecer.

Kacuy. — ¿Rondando? ¿Y qu'empeño tien'en rondarme? ¿Acaso no me ve cuando se le antoja? *(Transición).* ¡Rondandomé de noche, ño Tucu! ¡No, no me ronde! ¡Si llegar'a encontrarlo en la escuridar... ño Tucu... ¡m'espantaría! ¡No, no me ronde, no me ronde!

Ño Tucu. — *(Ríe).* ¡Ta güeno! ¿Dende cuando me tiene miedo? ¡Ta güeno! *(Trágico).* ¡La rondo todas las noches! ¡La vengo a buscar contra mi voluntar! ¿Oye? ¡Contra mi voluntar!

Kacuy. — ¿Contra su voluntar?

Ño Tucu. — Sí, Kacuy... Anoche, debalde quer'agarrar el sueño... me cansé de revolcarm'en el catre sin poder juntar los ojos... El viento llorab'ajuera com'un gato enfermo, y por los aujeros de la quincha se metían unos soplidos fríos y puntiagudos, que me chuciaban las carnes... En un redepente sentí una juerza rara, ni más ni menos que com'un empujón en las espaldas, que m'hizo saltar del catre... El rancho estaba escuro... Medio tuve miedo... *(Ríe).* ¡Ta güeno! Me puse a temblar como un sonso.

Kacuy. — ¿Y después?...

Ño Tucu. — Dispues, la juerza me trajo hast'aquí, y me obligó a dar güeltas y güeltas a su rancho, hasta que me tiró al suelo, cansáo, con la lengu'ajuera... Y cuando llegó la mañanita, enderecé pa las casas, todito molido, como si me hubieran aporriáo con lonjas, ni más ni menos, Kacuy... *(Pausa).* ¡Y usté... no ha sentío esa juerza, Kacuy?

Kacuy. — ¿Yo? ¡No! *(Cubriéndose la cara con las manos).* ¡No, no la he sentío!

Ño Tucu. — ¡Ah! ¡Sí, l'ha sentío! Tamien l'ha sentío usté! Yo la vi rondar mi rancho cuando estuv'enfermo...

Kacuy. — ¡No, no, ño Tucu! *(Con terror).* ¡No la he sentío! ¡Sería espantoso! ¡Hubiera muerto e miedo! ¡No, no!

Ño Tucu. — ¿Miedo? *(Ríe).* ¡Ta güeno! Yo tamien he tenío

miedo, ¿oye? ¡Miedo! ¡Miedo yo, yo que no m'espanto ni con l'ánima en pena!

Kacuy. — ¡Por favor, ño Tucu! ¡No me hable así! Nunca me h'hablao así... ¿Por qué quiere espantarme? ¡Por qué!

Ño Tucu. — Porque no quiero ser yo solo el que sufra los antojos del otro mundo... ¡No! ¡No soy yo solo! ¡El mal nos tiene acorraláos a los dos! ¡La juerza nos ha encontráo a los dos! ¡Sí! ¡A los dos! No de vicio nos ha juntáo el destino.

Kacuy. — ¡No! ¡Miente! ¡Esto es horrible, Tata Dios! ¡Protejamé, protejamé! *(Quiere entrar al rancho).*

Ño Tucu. — *(Interponiéndose).* ¡P'ande va!

Kacuy. — Dejemé... me da miedo... no me mire así... por favor... dejemé... *(Llorando).* Quiero estar sola...

Ño Tucu. — *(Riendo diabólicamente).* ¡Ta güeno! ¿Le doy miedo, no?

ESCENA VII

DICHOS *y* TOÑO

Toño. — *(Entra por la derecha, trayendo un haz de flores silvestres, algo jadeante y colorado. Se detiene viendo a Kacuy en aquella actitud, y su turbación es manifiesta.)*

Ño Tucu. — *(Con serenidad).* ¿De ande vienes?

Toño. — De po allú... Pero... ¿qué le pas'a Kacuy?

Ño Tucu. — Nada... que se ha golpiáo...

Toño. — ¿Ande? *(Acercándose con solicitud).*

Kacuy. — No, si no es nada... Deje nomás... *(Se sienta junto al rancho).*

Ño Tucu. — Güeno: viá trayer unas chalitas de lo mi compagre Satu, ¿no?

Toño. — Como mande, tatay.

Ño Tucu. — Ya güelvo... Tenemos que dir'enseguidita pa los corrales...

Toño. — Si, tatay...

Ño Tucu. — Ya güelvo. *(Vase lentamente por la derecha).*

ESCENA VIII

DICHOS, *menos* ÑO TUCU

Toño. — Como a usté le gustan las flores, Kacuy, velay le traigo un manojo.

Kacuy. — *(Recibiéndole las flores).* Gracias, Toño. *(Pequeña pausa).*

Toño. — ¿Qué le pasa, Kacuy?

Kacuy. — ¿A mí? Nada... nada...

Toño. — ¿Deveritas que no le pasa nada?

Kacuy. — *(Suspirando).* Nada... nada...

Toño. — Como la veo tan tristona... Vea: si pegara una güeltita por'el campo, dejuro que golvería más alegre que un zorzal... ¡Está tan lindo el campo!... Reciencito estaba yo lo mesmo que usté, triste, sin causa ninguna, fastidioso y mañero... Pero en un redepente, se me antojó retozar, y ahi nomás monté mi tostáo y'enderesé al varéo por'entre los yuyales... Pasé l'acequia qu'está llenita de agua, y seguí disparando, contento com'un chivato, tragando el viento, fresquito y oloroso... ¡Viera cómo hay de flores! En'el camino, entre los pastos, bajo las quinchas, en'el tronco e los árboles, entre los alambráos, ¡en toditas partes! Esas, las corté al galope, velay así, de un manotón... Ya ve si habrán muchas... ¡Da gusto! *(Transición).* ¿Pero qué tiene, Kacuy? ¿Ha óido lo que le dije?

Kacuy. — *(Como despertando de un sueño).* Sí, Toño, sí... qu'el campo está muy lindo... que hay muchas flores... *(Pequeña pausa).*

Toño. — ¿Y Turay? No lo veo dende antiyer.

Kacuy. — Andará en'el monte.

Toño. — Como siempre... ¡Ta qu'es guapo su hermano! No tiene miedo e nada! Figuresé qu'el otro día le conté que en nuestra novillada había dentráo el toro-diablo, y... ¡se largó a reir! ¡Imaginesé! ¡Reirse d'esas cosas! Yo m'hice cruces, por si acaso, ¿no le parece?

Kacuy. — ¿El toro-diablo? ¿Y usté cré que dentró á l'hacienda?

Toño. — Nay comonó... No es la primera vez.

Kacuy. — ¿Usté lo vido?

Toño. — Yo no lo vide, pero es como si l'hubiera visto...

Kacuy. — No l'entiendo, Toño.

Toño. — Le digo qu'es como si l'hubiera visto, porque me han tocáo de cerca sus fechorías. No hay crer, dejurito, si le cuento...

Kacuy. — Maver, cuente nomás...

Toño. — Güeno.. Vea... Ju'el año pasáo. Habíamos salío con la tropa por la tarde del puesto y la noche nos pilló en'el camino. ¡Y qué noche! Nada era la escuridar, sino la manera e llover... Los truenos y los rejucilos hacían parar en dos patas a los mancarrones. El poncho se me pegaba en'el cuerpo como retobo e talero. Lo pior es que no habi'ande guarecerse. Pudiendo como pudimos, armamos un atajáo con caronas y nos metimos abajo con ño Elías. El viento gritaba com'un loco, y l'agua, si no nos mojaba de arriba, nos empapaba de abajo. Los doscientos novillos acorraláos por la pionada al láo nuestro, bufaban de rabia. Así estuvimos unas cuantas horas. Redepente, un trueno bárbaro m'hizo pegar un brinco! ¡Todita l'hacienda se desbandó! ¡Y los animales salieron echando chispas! Apenitas tuvimos tiempo pa montar y correr detrás de los novillos gritando pa sujetarlos... ¡Pero qué piegras! ¡Disparaban como el viento! Yo no sé lo que galopié, los pechazos que me dieron, los gritos que pegué hasta rasparm'el güaguero... ¡Noche perra, Kacuy!

Kacuy. — ¿Y dispués?

Toño. — Risulta qu'en la disparada, mi tostáo trompezó con una cueva e vizcachas, largandomé p'antarca, y me alzaron desmayáo... Pero eso no jué nada... Lo triste jué la muerte que tuvo ño Elías... ¡Pobre viejo!

Kacuy. — ¿Cómo jué?

Toño. — Tamién tuvo como yo la mala suert'e rodar, pero a él le pasaron por encima los novillos, charquiandoló... ¡Hubiera visto aquel dijunto, Kacuy! ¡Dab'asco! Era una pulpa flaca, cubierta e sangre, como esas que ni los perros mascan! *(Pausa angustiosa).* Dispués, supe por qué pasó eso... ¡El toro-diablo se había metío a la tropa!

Kacuy. — ¡El toro-diablo!

Toño. — ¡Sí... el toro-diablo!... *(Pausa).*

Kacuy. — *(Da un grito de espanto y se incorpora).* ¡Ha óido!

Toño. — Yo no he sentío nada, Kacuy.

Kacuy. — ¡Ha sío un quejido! ¡No es la primera vez que l'oigo,

Toño! Es algo que me persigue... ¡Qu'es ésto, Dios mío, qu'es ésto! *(Se refugia en los brazos de Toño y llora).*

Toño. — No es pa tanto... Será cualesquier ruido el monte... Alguna rama que se habrá quebráo... No es pa que se alarme...

Kacuy. — ¡Es que todos los días pasa lo mesmo! ¡Si duermo, óigo el quejido entre sueños! ¡Si voy por'el camino, el quejido me sigue, me sigue, como si quisiera reventarme los óidos! ¡Oh, Toño! ¡Es horrible! *(Se estremece como al contacto de una corriente eléctrica)* ¡¡Otra vez!! ¡¡Ha óido!!

Toño. — Calmesé, Kacuy... Pero si no se siente nada... Le parece nomás...

Kacuy. — ¡Qué tormento, Dios mío, qué tormento! Por favor... acompañemé, Toño, vamo adentro... *(Mutis al rancho).*

Toño. — *(Medio mutis, mirando en torno, con supersticioso temor).* ¡Pobre Kacuy!

ESCENA IX

Toño y ño Tucu

Ño Tucu. — *(Por la derecha. Aspera la voz, imperativo el ademán).* ¡P'ande vas!

Toño. — Adentro, tatay...

Ño Tucu. — ¡Por qué! ¡Por qué ibas p'adentro!

Toño. — ¿Pero que le pasa, tatay?

Ño Tucu. — ¡Por qué ibas p'adentro! ¡Vayasé a los corrales!

Toño. — Pero tatay, atiendamé...

Ño Tucu. — ¡L'he dicho que se vaya!

Toño. — Velay, si ya me voy... — *(Aparte).* — ¡No parece mi tatay! — *(Vase izquierda profundamente abatido).*

ESCENA X

Kacuy y ño Tucu

Ño Tucu. — *(Después de cerciorarse que no es observado).* — ¡Kacuy! ¡Kacuy!

Kacuy. — *(Aparece en la puerta llorando).*

Ño Tucu. — *(Asiéndola violentamente de un brazo).* — ¡Oiga! ¡Tenemos que hablar!

Kacuy. — ¡Sueltemé! — *(Tratando de huir).* — ¡Me lastima! ¡Sueltemé!

Ño Tucu. — ¡Engañarme á mi! ¡A mi! Son muy guaguas... ¡P'ande iba con'm'hijo!

Kacuy. — ¡Sueltemé, hombre! ¡M'está lastimando!

Ño Tucu.—¡Usté no es más que pa mi! ¿Oye? ¡¡Pa mi!! ¡Aunque no quiera ni el mesmo diablo! — *(Soltándola).*

Kacuy. — ¡Bárbaro! ¡Vea, vea lo que m'hizo! — *(Entra al rancho. Oyense afuera risotadas y gritos de alegría de una multitud que se acerca).*

Ño Tucu. — *(Sotto voce, dramático).* — ¡¡Aunque no quiera ni el mesmo diablo!!... *(Entra al rancho cerrando la puerta).*

ESCENA XI

MAMA-COLLA, ÑO GUMER, EL LOCO FILEMÓN, *guasos y chinitas*

(Mama-Colla sale del rancho con un cántaro, y hace mutis por la izquierda).

(Oyese más cercano el barullo de voces. Filemón entra por la izquierda, segundo término, enharinada la cara y cubierto de andrajos. Trae en la cabeza una corona de yuyos y flores silvestres. — Detrás de él, guasos y chinitas que le hacen comitiva, festejando con risotadas y gestos sus ocurrencias).

Filemón. — *(Canta y baila al compás de los palmoteos de la concurrencia y a los sones del bombo regional que él mismo golpea).*

Yo me caigo y me levanto
y me güelvo a levantar...
Guay, velay, no griten tanto
que denó no viá bailar...

Todos. — *(Cantando).* — Que denó no va bailar. — *(Ríen a carcajadas. Han llegado al centro de la escena). (La baraúnda ha de ser incesante).*

Filemón. — Un viejo estaba dormido,
encima de un pajonal,
le picó una paja y dijo:
guay, velay, velay, velay.

Todos. — Guay, velay, velay, velay.

Mama-Colla. — *(Por la izquierda).* — ¡No tienen otra diversión! *(Todos callan).* — ¿No tienen lástima de un pobre cristiano? ¿Les gustaría a ustedes que les pasara lo mesmo?

Filemón. — *(Con gesto de idiota).* — Ma digamé: ¿y a usté, qué le importa?

(Todos ríen y Mama-Colla entra violentamente al rancho).

Una vieja de metida,
se nos quiso entrometer,
guay, velay, velay mi vida,
lo que vale no entender.

Todos. — *Siguiendo a Filemón que hace mutis por la derecha con pasos de baile).*

Cuando baila Filemón,
nos alegra el corazón.
Cuando baila Filemón,
nos rejunta en un montón.

(La comitiva sale tras el loco, y la baraúnda va alejándose cada vez más).

ESCENA XII

MAMA-COLLA *y* ÑO GUMER, — *luego* ÑO TUCU

Mama-Colla. — *(Por el rancho).* — ¿Ya se jueron ésos desalmaos? — *(Asomándose a la derecha).* — ¡Herejes! ¡Ojalá los castigue Tata-Dios por malaentrañas. — *(Volviendo al rancho).* — ¡Gumer! ¡Gumer! — *(Observando hacia el interior).* — ¡Nové! ¡Ya se había tumbáo el sinvergüenza! ¡Ché, Gumer! ¡Levantáte, hombre!

Ño Gumer. — *(Adentro).* — ¡Qué se te antoja! — *(Saliendo).*

Mama-Colla. — Ya podías haberte ido al monte a trayer las cabras.

Ño Gumer. — Si velay, me voy, hombre. Velay me voy.—*(Lentamente).* — ¿No ves que me voy? *(Mutis izquierda).*

Mama-Colla. — Apurate y arrialas antes que caiga la noche. *(Siéntase al telar y continúa la labor. Ha obscurecido. Pausa).* — ¿No se habrá desatáo la vaca? — *(Medio mutis izquierda).*

Ño Tucu. — *(Furtivamente sale del rancho y se enfrenta con Mama-Colla).*

Mama-Colla. — *(Da un grito de espanto y retrocede).* — ¡¡Virgen Santísima!!

Ño Tucu. — ¡No se asuste! — *(Ríe diabólicamente y vase por la derecha).*

Mama-Colla. — *(Atisbando hacia el interior del rancho de Kacuy).* — ¡Ah! ¡Condenáos! ¡Condenáos! — *(Vase izquierda).*

ESCENA XIII

Toño

(Toño que aparece entre los árboles). — ¡Mi tatay! ¡Era mi tatay el que me la quita! ¡Y ella, ella, entregarse así! — *(Va hacia el rancho de Kacuy y se detiene frente a la puerta).*—¡Por ésta!— *(Haciendo la señal de la cruz con los dedos y besándola).* — ¡Por ésta que me la pagarán! — *(Mutis rápido por la derecha).*

ESCENA XIV

Mama-Colla, ña Catu, *luego* Kacuy

Mama-Colla. — *(Por la izquierda con una brazada de gajos secos, que deja junto al telar. Entra al rancho para salir con un tarro con brasas. Se sienta en cuclillas y aviva la lumbre con resoplidos).*

Ña Catu. — *(Por la izquierda).* — Ya estoy de güelta. La dejé a la Dorotea en mi comagre.

Mama-Colla. — No se ha demoráo mucho que digamos.

Ña Catu. — De una sola galopiada hic'el camino. — *(Sentándose junto a la lumbre).* — ¡Chuy! Y ha refrescáo, ¿no?

Mama-Colla. — ¡Alguito!... ¿Qué dicen en los Aguaribaises?

Ña Catu. — ¡Las cosas que me han sopláo! ¡La suerte que no oyó la Dorotea!

Mama-Colla. — ¿Qué le han sopláo?

Ña Catu. — De la Kacuy, po. Si no se habla de otra cosa. Me han dicho que... ¡Ave María Purisima! — *(Persignándose).* — Me han dicho que la Kacuy y ño Tucu, ¡virgen santísima! — *(Vuelve a persignarse).*

Mama-Colla. — Es ciertito todo eso que le han dicho, Catu.

Ña Catu. — ¡Qué barbaridar! ¡Como pa no crerlo! ¿Y qué dirá Toño?

Mama-Colla. — Pa no crerlo, pero es la pura verda. ¡Por'esta cruz! *(Hace el signo con los dedos y lo besa).* ¡Como que lo han visto mis mesmitos ojos!

Ña Catu. — ¿Y qu'es lo que vido, Mama-Colla?

Mama-Colla. — ¿Qu'es lo que vide? ¡A la Kacuy y a ño Tucu encerráos, solitos, en'el rancho!

Ña Catu. — ¡Señoritay!

Mama-Colla. — ¡Velay hace un momento!

Ña Catu. — ¡Misericordia!

Mama-Colla. — Se necesita ser arrastrada, ¿no?

Ña Catu. — Con un hombre como ño Tucu...

Mama-Colla. — Con'una sabandija, diga mejor... Y sabiendo que le jugaba sucio al otro.

Kacuy. — *(Sale del rancho y atraviesa la escena hacia la derecha.)*

Mama-Colla. — *(Viéndola salir).* ¿Qué le parece?

Ña Catu. — ¿Y p'ande irá la monadita? Dejuro que no ha dir p'hacer nada güeno...

Mama-Colla. — Velay aurita nomás güelv'el mont'el pobre Turay, y s'encuentra sin comida...

Ña Catu. — Y el pobre muchacho que todito el día pelia con tigres y liones pa ganarse la vida, dende que murieron sus tatas.

Mama-Colla. — Y pa llenarla e regalos, diga usté, a esa desagradecida, porque Turay, en cuantito negocia los cueros, lo primero que hace es conseguirse algo pa su hermana, un pañuelo, una vincha, cualesquier cosa, pero él nunca se presienta sin osequios pa la muy sinvergüenza.

Ña Catu. — Si supiera que anda con ño Tucu, figuresé los guascazos!

Mama-Colla. — Los mataría a los dos, porque Turay no es de los que se dejan domar por ninguno que sea hombre como él, a no ser que lo traicionen.

Ña Catu. — Y sin embargo, su hermana lo domina. Vaya saber una por qué lo domina. Lo pior es que naides se atreve a avisarle lo que l'están jugando. Habrá qu'esperar qu'el mesmo lo averigüe. ¡Entonces sí que van haber fiestas en'el pago!

ESCENA XV

DICHOS *y* ÑO GUMER

Ño Gumer. — *(Izquierda).* ¡Mvé! ¿Ya golvió Catu?

Ña Catu. — Asigún parece.

Ño Gumer. — ¿Y la Dorotea?

Ña Catu. — La dej'en lo de mi comagre.

Ño Gumer. — Linda s'está poniendo la niña.

Mama-Colla. — A mí me gusta por lo juiciosa.

Ña Catu. — Y éso que andan siguiendolé las pisadas una punta e gauchitos.

Ño Gumer. — Dicen que le arrastra l'ala El Carancho, no?

Ña Catu. — ¡Qué más se quisiera ese desalmáo!

Mama-Colla. — Así me parece. La chinita puede casarse muy bien con cualquier hombre acomodáo.

Ño Gumer. — No digo lo contrario, mujer!... Yo la quiero mucho a la Dorotea y me alegraría verla en güenas manos... Pero nunca están libres las priendas donosas de cayer en'alguna trampa...

Mama-Colla. — Eso es lo que me pasó a mí...

Ño Gumer. — ¡Si pues!... Engañada se casó la inocente.

Mama-Colla. — Güeno. Mejor es no mentarlo. *(Transición).* ¿Encerrastes las cabras?

Ño Gumer. — ¡De vicio m'hicistes cortar el sueño! Cuando m'iba pal bajo, ya venían las cabras pal corral.

Mama-Colla. — Gracias al perro, que sino, se nos hubieran acabáo.

Ño Gumer. — ¡Nay, güeno po! ¿Quieres que me largue la-

drando tras los animales? ¡Sabe qu'está lindo, hom! ¡Pero imaginesé!

Mama-Colla. — Mejor es que te calles, hombre, calláte. Estás palabreando al viento.

Ña Catu. — Güeno aver si no pélian... Y pase un chala, ño Gumer.

Ño Gumer. — Sirvasé. *(Le da un cigarrillo).* ¿Y vos? *(A Mama-Colla).*

Mama-Colla. — Yo pito lo mío. *(Saca un pucho de sobre la oreja y lo enciende).*

Ña Catu. — Jueguito, ño Gumer.

Ño Gumer. — Velay comonó... *(Alcanzándole un tizón).* Prienda su chala, lucero, — en'el tizón de su amigo, — que aunque soy viejo, ¡chá digo, — tengo caliente el brasero... *(Ríen).*

ESCENA XVI

DICHOS *y* PEÓN 1.º

Peón 1.º. — *(Entra corriendo por la izquierda).* ¡Ave María!

Todos. — Sin pecáo.

Peón 1.º — *(Arrodillándose ante ño Gumer).* La bendición, padrino.

Ño Gumer. — Que Tata-Dios te proteja.

Peón 1.º — ¡Qué disgracia, padrino!

Todos. — ¡Qué hay!

Peón 1.º — Risulta que a Turay...

Ño Gumer. — ¡¡Lo agarró el lión!!

Peón 1.º — Esto es.

Ño Gumer. — ¡No digo! ¡Si tenía que suceder!

Ña Catu. — ¡Pobre muchacho!

Mama-Colla. — ¡No s'escarmienta!

Peón 1.º — Velay lo trayen... *(Todos van con viva curiosidad hacia la izquierda, al mismo tiempo que entran varios paisanos sosteniendo a Turay, quien viene ensangrentado).*

Ña Catu. — ¡Viá prepararle un fomento!... *(Mutis rancho derecha).*

ESCENA XVII

DICHOS, TURAY, PEÓN 1.º *y* 2.º, *paisanos*

Mama-Colla. — ¡Turay! ¡Viditay!

Ño Gumer. — ¡Ah, muchacho, muchacho!

Turay. — Si no es... nada... dejenmén... Solo... solo... *(Se desprende de los paisanos que le sujetan y encamínase dificultosamente a su rancho).* Agua... quiero agua... *(Entra).*

Mama-Colla. — Ha pedío agua, viá trayerle. *(Mutis derecha).*

Un paisano. — Ño Gumer... ¿no sería güeno llamarl'a la curandera?

Ño Gumer. — ¡Cómo no, y volando!

Un paisano. — Velay me voy'entonces. *(Vase corriendo).*

Ño Gumer. — Güeno, mientras tanto, vamo a cuidarlo nosotros, muchachos. *(Medio mutis junto con algunos paisanos).*

ESCENA XVIII

DICHOS *y* KACUY, — *luego* MAMA-COLLA *y* ÑA CATU

Kacuy. — *(Derecha).* ¡P'ande van!

Ño Gumer. — A verlo a su hermano, qu'está herido.

Kacuy. — ¡Y qué les importa a ustedes! *(Colocándose en la puerta).*

Ño Gumer. — Era una caridar... ¡Turay es capaz de morirse sin que usté lo remedie!

Kacuy. — ¡A mi rancho no entra naides! ¡Aquí mando yo!

Ño Gumer. — ¡Más vale que no nos necesite alguna vez!...

Mama-Colla. — *(Por el rancho con un cántaro pequeño).* Tome... *(A Kacuy).* Su hermano pide agua. *(Le entrega el cántaro).* Gumer: vamo pa dentro.

Ña Catu. — *(Del rancho, con un manojo de yuyos).* El remedio es seguro...

Mama-Colla. — Deje nomás... el enfermo ya tiene médica... No se hay morir!... *(Entran al rancho).*

Ño Gumer. — ¡No se hay morir!... *(Idem).*

Kacuy. — *(A los paisanos).* ¿Y ustedes?

Peón 1.º — Nosotros lo trujimos a Turay...
Kacuy. — ¡Güeno... Podían haberse ido ya!
Peón 2.º — Si ya nos vamos.
Peón 1.º — *(Aparte).* ¡Corazón de piegra! *(Vanse todos).*

ESCENA ULTIMA

KACUY, — *en seguida* TURAY

Kacuy. — *(Tras un momento de indecisión).* ¡¡Que se muera!! *(Arroja el cántaro al suelo y sale corriendo por la derecha. Pausa).*

Turay. — *(Adentro, suplicante).* ¡Agua! ¡Un poquito de agua! *(Luego, tambaleándose como un ebrio, sale del rancho, da unos pasos, y cae de fatiga).* ¡Naides me da un poco de agua! *(Se arrastra dificultosamente, tentando levantarse).* ¡Me muero e ser! ¡Por favor! *(Adentro irrumpe la algazara de una multitud que se acerca, golpeando las manos y cantando):*

Cuando baila Filemón,
nos rejunta en un montón.
Cuando baila Filemón,
nos alegra el corazón.

Turay. — *(Extenuado, sollozante y ronco).* ¡Agua! ¡Por caridar! ¡Agua! *(La multitud se acerca más).* ¡¡Agua!!

TELÓN LENTO

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Ño Gumer y Mama-Colla

(Es el anochecer.)

Ño Gumer. — *(Entra por la izquierda, con un haz de leña al hombro; deposita la carga junto al rancho de la derecha, y se deja caer sobre el montón de paja con exteriorizaciones de fatiga).*

Mama-Colla. — *(Del rancho).* ¿Has tráido leña pal'horno?

Ño Gumer. — Velay po, güen trabajito me dió. ¡Estoy más cansáo!

Mama-Colla. — *(Sentándose de espaldas a Gumer).* Yo tamién ando molida... ¡Y claro! Tanto traquetear todito el día. Dende que amanece no paro un momento, dandomé maña pa tener las cosas como es debido. Y todo tengo que hacerlo yo, porque vos, no sos cuenta. Te has güelto más pesáo que vaca con cría... *(Gumer duerme).* Si no jueras tan ocioso, si los años no te colgaran como alforjas, podía darme un descansito, dormir la siesta cuando menos; ¡pero qué demonios! ni un mate a gusto puedo chupar... *(Transición).* ¿No lo has visto a Goyo? Ché, Gumer: ¿no lo has visto a Goyo? ¡Ché, haragán! ¡Ya te has quedáo dormío! ¡Ocioso!

Ño Gumer. — *(Sobresaltado).* ¿Las avispas? ¡Tá qué julepe!

Mama-Colla. — ¿No lo has visto a Goyo?

Ño Gumer. — No. Dejuro que te ha prometío algo... No me digas que no, porque dejuro te ofertó algo, dejuro...

Mama-Colla. — Sí. Me dijo que me trairía un tarro de añapa, que ha compuesto su mujer y... d'esto hacen tres días con noches y todas...

Ño Gumer. — ¡Churo el mozo! Güenas piezas son los dos! Pa mentir, no hay quien les gane. Se güelven puritas ofertas. Con razón les dicen "los prometedores", ¡y cómo no! Son de los que venden el cuero antes de tener la cabra po... así, yo tamien puedo ofertar... pa dejar a la gente con las ganas...

ESCENA II

DICHOS *y* GOYO

Goyo. — *(Por la derecha, con un envoltorio bajo el brazo).* Güenitas tardecitas...

Mama-Colla. — ¡Velay! Estábamos acordandonós de vos, Goyo, estrañando tu visita...

Goyo. — Dichosito e mí...

Ño Gumer. — Y de tu mujer tamien. Ya saben como los queremos.

Mama-Colla. — Es la mejor pareja el pago, por lo cumplidores...

Goyo. — No quería venir sin trayerle lo prometío, Mama-Colla... Poquita cosita es... *(Dándole el envoltorio, que es un tarro).*

Mama-Colla. — ¿No digo? ¡Si son una monada! Sentáte po Goyo, y esperemén que viá convidarlos con añapa. ¡Ha d'estar de mi flor! Como hecha por manos de la Bruna nomás...

Goyo. — Yo no tengo muchas ganas, porqu'estoy medio empacháo... Mi mujer y yo hemos comío una barbaridar de añapa, y de miedo d'enfermarnos, hemos empezáo a repartirla entre los conocíos, pa que no se desperdicie.

Mama-Colla. — *(Aparte).* ¡Tá con'el hombrecito sonso! *(Mutis al rancho).*

ESCENA III

DICHOS, *menos* MAMA-COLLA

Ño Gumer. — ¿Qué tal, Goyo?

Goyo. — Arrigular...

Ño Gumer. — ¿Cansáo?

Goyo. — Alguito. *(Pausa).* ¿Y Turay?

Ño Gumer. — Adentro.

Goyo. — Ta güeno. *(Pausa).* ¿Y la Kacuy?

Ño Gumer. — Ajuera.

Goyo. — Ta güeno. *(Pausa).* ¿Tiene tabaquito?

Ño Gumer. — Velay. *(Le da una vejiga con tabaco).*

Goyo. — ¿Y una chalita?

Ño Gumer. — Velay.

Goyo. — *(Después de liar el cigarrillo).* ¿Jueguito tiene?

Ño Gumer. — *(Dándole la yesca).* ¡Por lo visto, usté pa pitar no dispone más que de la jeta!, ¿no?

Goyo. — *(Riendo).* ¡Así es!

ESCENA IV

DICHOS y MAMA-COLLA

Mama-Colla. — *(Con platos y cucharas de madera).* Güeno. Vayansén sirviendo nomás. *(Se sirven añapa).* Yo tengo miedo que me haga mal, porqu'endenantes, me comí una docenita e tunas, y encima le metí unos cuantos matecitos...

Goyo. — *(Con la boca llena).* ¡La gran flauta!

Ño Gumer. — *(Idem).* ¡Qué manera e comer! Dispués se atraca y m'ech'a mí las culpas, porque yo soy el único que carga con todo.

Mama-Colla. — Cualesquiera que te oiga, va decir que te maltrato... Tan mansito qu'es el pobre... En cuanto una le dice una sonsera, se alza como espuma e leche... Siquiera porqu'estamos con visita deberías moderarte...

Goyo. — No, señora... Lo qu'es por mí, pueden peliar nomás.

Mama-Colla. — ¿A que ustedes no se pelian nunca, va?

Goyo. — ¿Yo con mi mujer? ¡Nunca!

Ño Gumer. — ¡Ta qu'es mentiroso!

Goyo. — ¡Es la purita verdá, Mama-Colla! Dende que nos casamos, y de esto van pa los cuatro años, si las cuentas no están erradas, jamás hemos tenío yo y la Bruna la menor pelea.

Mama-Colla. — Si te creo, Goyo, cómo no.

Ño Gumer. — Yo no le creo...

Goyo. — ¿Y por qué no me va a crer? ¿Acaso me conoce alguien como mentiroso?

Ño Gumer. — Quien sabe... Pero las otras siestas, cuando salimos del bolicho, vos ibas medio macháo, y entonces...

Goyo. — Cosa rara porque yo no chupo.

Ño Gumer. — La teta, pero lo qu'es pa la caña... ¡mamita, qué guaguero!

Mama-Colla. — Ya estás esagerando.

Ño Gumer. — Güeno, iba contando: est'iba medio borracho, y'en cuantito lo vido la Bruna, se le vino al humo con'un palo e leña y... le sacudió la ropa...

Goyo. — ¡Oh, bah!....Pero eso no es peliarse, hombre...

Ño Gumer. — ¿Y qu'es entonces?

Goyo. — Dejarse aporriar... Porque el hombre no debe nunca levantar la mano a una mujer!...

ESCENA V

DICHOS *y* TURAY

Turay. — *(Del rancho de la izquierda, sombrío y apesadumbrado).* Güenas tardes... *(Se sienta aparte del grupo).*

Todos. — Güenas tardes.

Mama-Colla. — Arrimate po Turay y participá.

Turay. — Gracias.

Ño Gumer. — Es añapa, m'hijo y está bien compuesta.

Turay. — No tengo ganas.

Goyo. — ¿Anda tristón, no? — *(Ríe).*

Turay. — *(Sobresaltado).* — ¡De qué se rie usté!

Goyo. — Nay, de nadita, po. — *(Ríe).* — De nadita.

Turay. — ¡No se ría entonces!

Goyo. — No es pa que se moleste po.

Ño Gumer. — Oyé, Turay: no te ofiendas. Ya sabes que Goyo es medio sonso.

Goyo. — ¡Claro po! — *(Pausa).*

Turay. — ¿No l'han visto a... ésa?

Mama-Colla. — Yo no la ví, m'hijo.

Ño Gumer. — Ni yo.

Goyo. — Ni yo.

Turay. — Dende anoche que falta...

Mama-Colla. — ¿No durmió en'el rancho?

Turay. — *(Movimiento negativo con la cabeza).*

Ño Gumer. — ¡Qué chinita trastornada!

Goyo. — *(Riendo).* — ¿Trastornada?

Turay. — ¡Porqué se ríe! ¡Ma digamé! ¿Le parece qu'es muy gracioso lo que me pasa? ¿Le gustaría que su mujer anduviera por ahi... con otro?

Goyo. — Por mí, que ande nomás...

Turay. — ¡Ah, güeno! Compriendo por qué se ríe, compriendo! ¡Riasé, riasé nomás!

Goyo. — Nay, si ya no tengo ganitas po... *(Pausa. Todos han quedado inmóviles y silenciosos).* Nos hemos quedáo más tristes que velas d'entierro, y pa estar así, más bien me voy pal velorio.

Ño Gumer. — ¿Vamos mejor pal bolicho?

Goyo. — Y güeno, vamos... No me gusta ver malas caras... Demasiáo tengo con la de mi mujer.

Ño Gumer. — Yo tamien... *(Vanse derecha).*

ESCENA VI

MAMA-COLLA *y* TURAY

Mama-Colla. — *(Recogiendo los utensilios).* Mirá, Turay... Es necesario que no te dejes domar por la pena. La cosa es fiera, cierto, pero más vale tu salur. Hace rato que te ando notando demasiáo tristón, y lo qu'es pior, sin ganas pal trabajo. Serenáte un poco, y tratá de componer el rumbo sin cayerte a l'otra alforja... Lo mejor es que la repriendas a tu hermana con güenos modos, y que busques la güelta pa componerla.

Turay. — ¡Parece que no la conociera usté! Reprenderla con güenos modos... ¡Malaya! ni en los animales se ve semejante cosa. Yo, qu'estoy acostumbráo a meterme por las madrigueras, sé cómo quiere la liona a sus cachorros, y cómo el tigre defiende a sus hermanos... ¡Pero ésa, no es ni liona, ni tigre siquiera! ¡Es el bicho mas asqueroso el monte! ¡Es la víbora! Lo pior es que no hay cómo hacerla entender... Sería el caso de agarrar un palo y enseñarla como merece, por baguala.

Mama-Colla. — No, m'hijo... No hagas herejías. Soportá con pacencia.

Turay. — Sin'embargo, la quiero, Mama-Colla, no con la mesma juerza que antes... Pero la quiero. Y tan mal me paga... Usté sabe que todo lo que podía ganar con mi trabajo, era pa ella... que nunca golvía sin trayerle las alforjas llenitas de regalos... Si al cruzar el monte trompezaba con alguna cueva e quirquinchos, me tiraba el caballo y se los traía pa ella... Si encontraba una lachiguana, no me importab'hacerme picar con los bichos

con tal de conseguirle la bala con miel... Los mejores cabritos de la majada, engordaban pa la Kacuy, y hasta me levantab'a la madrugada pa dir al corral y ordeñar las cabras... En cambio, ella no ha tenío pa mí más que malquerencias... ¡Hast'ha llegáo a golcarme la comida cuando venía del monte, cansao y hambriento! Y yo he sufrío todos sus males con la pacencia de un güey, esperando que alguna vez amanecería con l'alma limpia... Muchas noches he soñáo que me acariceaba y que me dormía en sus brazos com'una guagua, oyendol'hablar con bondar y dulzura, como si juera mi mama, mi pobrecita mama... Dende qu'ella se jué, todo ha sío pa mí dolor y cansancio...

Mama-Colla. — Tata-Dios ha de remediar ésto, Turay... Hay que confiar en su güen corazón... *(Mutis al rancho después de contemplarle compasivamente).*

ESCENA VII

TURAY *y* KACUY

Turay. — *(De pronto, como si hubiera escuchado un ruido, se pone de pie y va hacia la izquierda a inquirir. Da un leve grito de sorpresa y corre a esconderse tras del árbol más próximo.)*

Kacuy. — *(Por la izquierda, apresuradamente).*

Turay. — *(Interponiéndosele).* ¡De ande vienes!

Kacuy. — De ande se me antoja. ¡Dende cuando tan... chúcaro!...

Turay. — *(Tomándola brutalmente de un brazo).* ¡De ande vienes, decime!

Kacuy. — ¡Soltame! ¿Te has güelto loco? Soltáme, hombre, soltáme!

Turay. — ¡No, no te viá soltar! ¡Es que aura soy otro! No soy el mesmo! ¡El perro se ha güelto puma! ¡De ande vienes! ¡Hablá, o te doy contra el suelo!

Kacuy. — ¡Soltáme! *(Turay la suelta).* ¡Yo soy dueña de hacer lo que se me dé la gana! Dende cuando me mandas...

Turay. — ¡Dende aura, porque ya no puedo soportar tus ultrajes! De ande venías... ¿De lo de ño Tucu, no? ¡Puerca!

Kacuy. — Ni que juera una criatura pa que me sigas los pasos... Te has dejáo convencer por esos perros, que no hacen otra

cosa que martirizarme... Más les valiera cuidarse de no meter el daño en rancho ajeno... Y todo porque soy una guacha, porque no tengo quién me defienda... Porque todos, todos ustedes son lo mesmo: malaentrañas! *(Mutis al rancho).*

Turay. — Llorá, que pueda que así se te laven los pecáos! ¡No puedo contra ella! ¡Me desarma en cuanto habla!

ESCENA VIII

TURAY *y* TOÑO

Toño. — *(Por entre los árboles. Viste de negro y trae un pañuelo que le oculta el rostro).* Turay... No vengo a trayerle ningún mal, amigo... Vengo a salvarlo...

Turay. — ¿A salvarme?

Toño. — A salvar su alma, pa que no se condene.

Turay. — ¿Y quién lo mand'a mi encuentro?

Toño. — El destino... Ya le dije que vengo a salvarlo... Oiga bien lo que viá decirle... Anoche, dentré a la Salamanca...

Turay. — ¡Eh! ¡A la Salamanca!... ¡Quiere decir que usté es un condenáo, un hombre que trata con el diablo!... Y dice que viene a salvarme!

Toño. — No soy un condenáo... Cuando me haiga oido, verá que no soy lo que se supone... *(Sotto voce).* Su hermana, está maldita... Lo he averiguáo en la cueva e los fantasmas... Y naides más que usté tiene que remediar el mal, pa que no le caiga encima... Y esto tiene que ser aura mesmo, antes que ño Tucu se la robe, como lo han convenío.

Turay. — ¡Ño Tucu v'a robarla! ¡Ah! Qué ganas tengo de pillarlos juntos, pa golverlos charqui a puñaladas... Gracias, gracias, amigo, ya sé lo que debo hacer... ¡Ah! m'están pinchando pa que brinque.

Toño. — Yo m'encargo del otro, usté, d'ella. Tome. *(Dándole una flor).* Esta flor le podrá evitar el trabajo... Usté no es hombre capaz de matar a Kacuy... Yo sé qu'ella lo amansa en cuanto habla, y le afloja todo el coraje. Pero, con esta flor, puede remediarse: tien'el poder del sueño pa los cristianos, y he tenío que dir a cortarl'a lo más escuro del bosque, ande no dentra ni l'hacienda baguala. Si usté la deja en su rancho, al rato nomás

la Kacuy quedará como muerta pa cuatro días. Entonces, ya no tendrá usté miedo de que lo desarme con sus palabras y sus llantos. La saca por la puerta de atrás, por si acaso haiga gente aquí, la carga en su caballo y la lleva pal monte. Subal'al árbol más alto, atelá bien arriba, y deje que los cuervos hagan lo que no podr'hacer usté!... Yo m'encargo del otro. Y aura, adiós. *(Dándole la mano).*

Turay. — ¡Tien'helada la mano!

Toño. — Como el corazón...

Turay. — ¡Echan lumbre sus ojos!

Toño. — Porqu'están llenos de odio y de pena... Adiós... *(Desaparece por entre los árboles).*

Turay. — *(Siguiéndole los pasos).* ¡De odio y de pena! ¡Como yo... como yo!... *(Transición).* Llevarl'al monte, subirl'al árbol más alto, y dejar que los cuervos hagan lo que no podría hacer yo... ¡Sí!... ¡Yo no podría matarla!

ESCENA IX

TURAY y MAMA-COLLA

Mama-Colla. — Turay... *(Desde el rancho).*

Turay. — Mande... *(Esconde la flor).*

Mama-Colla. — He pensáo que no tienes pa qué soportar los antojos de tu hermana, m'hijo. Estaba pensando eso mientras le rezab'a la mama Virgen.

Turay. — No l'entiendo...

Mama-Colla. — ¿Por qué no vives con nosotros, en nuestro rancho, y la dejas que se dé güelta como pueda? Ese sería un güen castigo, el pior castigo, m'hijo. ¿Qué pior castigo qu'el verse solita, sin un arrimo, y malquerida e todos, como una bruja?

Turay. — Entuavi'hay un castigo más pior qu'ese, vieja.

Mama-Colla. — ¿Cuál, m'hijo?

Turay. — Ya lo sabrá. Primero tengo que cumplir una promesa... que acabo de hacer... Y después, viviré pa siempre con ustedes... Pero antes, tengo que cumplir esa promesa...

Mama-Colla. — Sí, m'hijo... Ya sabes cómo te queremos y lo que nos apena el tener qu'estar aguaitando las malas jugadas d'esa perversa.

Turay. — Alguna vez han de acabarse. Y no falta mucho pa eso. Hast'aura no quería rumbiar, esperando que se compusiera. Pero la cosa va p'atrás y ya es tiempo e remediarla. A este paso, m'ib'a golver loco. Porque usté, mama-Colla, no puede imaginarse mi tormento. Es com'una pesadilla. ¡Yo creo qu'es cosa e mandinga!

Mama-Colla. — ¡No digas eso, m'hijo!

Turay. — Tengo motivos pa decirlo, vieja. Vea... La vez pasada, me metí al monte, siguiendolé los rastros al lión que se había cebáo comiendosemé las cabras, y'en el mesmo momento en que lo alcancé, el animal se dió güelta... Yo agarré con todas mis juerzas el cuchillo, esperando que brincara pa barajarlo en el aire y... ¡quien le dice, vieja! ¡el lión tenía la cara e Kacuy! Se me aflojaron las piernas, y'el cuchillo se me cayó e las manos. Entonces, junto con'una carcajada espantosa, se arqueó, clavandome los dientes!...

Mama-Colla. — ¡Misericordia!

Turay. — ¿Por qué tuve miedo en'ese momento al ver la cara e mi hermana? ¿Acaso no era más horrible la del animal que perseguía? ¿Por qué temblé, entonces? ¡Oh, vieja! ¡Porque siempre he créido que Kacuy pesaba en mi vida com'una fatalidar! Denó, hace rato l'hubiera hecho desparecer. ¿Me ha conocío alguien como cobarde?

Mama-Colla. — Naides, m'hijo. Demasiáo saben toditos la juerza e tu brazo y la bondar de tus entrañas.

Turay. — Sin embargo, aura hay quien duda e mi valor. Pa muchos ojos ya no soy el mesmo. Es que no saben que una cosa es peliar con los bichos del monte, y otra cosa es toparse con los antojos del destino. Pero ya llegará el momento en que Turay güelv'a ser el mesmo ante los qu'en'el pago dudan de su coraje. Ya comprenderán por qué juí juerte pa los liones y oveja pa una mujer... pa una condenada que ha llenáo mi rancho e pena, que ha golcáo ponzoña en mi alma, y ha quitáo hasta la juerza e mi cuerpo, cien veces señaláo por los zarpazos... ¡Ya verán!... *(Pequeña pausa).* Si ésa rumbia p'algún láo, me pega un grito, ¿no? Tengo mucha necesidar de hablarla...

Mama-Colla. — Sí, m'hijo.

Turay. — Viá cortar un poco e pasto pa mi caballo... Ya güelvo. *(Al hacer mutis por la derecha, tropieza con Gumer, que entra ebrio).*

ESCENA X

MAMA-COLLA *y* ÑO GUMER, — *luego* GOYO

Ño Gumer. — ¡La gran piegra, hom! En cuanto chupan una copa, pierden los ojos!

Mama-Colla. — ¿Por'eso vienes ciego vos, no?

Ño Gumer. — ¡Cuando menos has de suponer qu'estoy macháo!...

Mama-Colla. — No, si de vicio vienes haciendoté horqueta pa no cayerte!...

Ño Gumer. — Alegre vengo, pero no macháo. A no confundir, ché vieja, no? ¡Pijujujú!. — *(Se tumba entre las pajas).*

Mama-Colla. — Güeno, hasta mañana, ¡qué barbaridar!

Goyo. — *(Por la derecha).* ¡Pijujujú! *(Haciendo eses).*

Mama-Colla. — ¡Otro que bien baila! ¿Parece que hubieran chupáo alguito, no?

Goyo. — ¡Pijujujú! *(Cae junto a ño Gumer).*

Mama-Colla — ¡Güena yunta pa un aráo! Aura puede tronar nomás, qu'estos no se dispiertan. *(Sacudiendo a ño Gumer).* ¡Ché machalo! ¡Andá pa dentro!

Ño Gumer. — ¡Dejame, hombre!

Mama-Colla. — Andá pa dentro te digo, upialo! ¡Todo el día panz'arriba!

Ño Gumer. — Ya que me hé cáido, dejam'echar un sueñito.

Mama-Colla. — ¡Qué barbaridar! Parece que hubieran olío la flor del sueño.

ESCENA XI

DICHOS *y* ÑA CATU, *luego* TURAY

Ña Catu. — *(Por la izquierda).* ¡Ave María Purísima!

Mama-Colla. — Sin pecáo, ña Catu. ¿Qué la traye por'estos pagos y a estas horas?

Ña Catu. — Nadita güeno, Mama-Colla.

Mama-Colla. — ¿Y qu'es lo que le pasa po? Parece como que hubiera lagrimiáo.

Ña Catu. — Aguardesé que tome resuello. *(Sentándose).* Asun-

tos de la familia. Y vengo a pedirle consejos, pa ver si arreglo el envoltorio.

Mama-Colla. — Nunca los hé mezquináo, y menos a usté. Conque, largue nomás el rollo.

Ña Catu. — Es como pa no crerlo, señora. Como pa no crerlo y desesperarse.

Mama-Colla. — Maver de qué se trata y le buscaremos la güelta.

Ña Catu. — Risulta que m'hija...

Mama-Colla. — ¿La Dorotea?

Ña Catu. — Sí, señora... Risulta que... ¡alzó el vuelo! ¡Se jué del rancho!

Mama-Colla. — ¡Y cónquién? Tan mosca muerta que parecía.

Ña Catu. — Con un desalmáo... Con'el hijo e ña Damacena, el Carancho!

Mama-Colla. — ¿Con'el Carancho? Pero qué criatura sonsa, señor! ¡Y diciendo qué?

Ña Catu. — *(Sollozando).* Diciendo nada, señora. De mañera nomás!

Mama-Colla. — Estas chinitas no tienen hechura cuando s'entibian! Güeno, consuelesé, que todo tiene remedio en'este mundo, menos la muerte.

Ña Catu. — ¿Y qué remedio, Mama-Colla?

Mama-Colla. — Vea. Por el momento, deje como están las cosas. Si la Dorotea güelve a su rancho, ya no hay mas que hacer...

Ña Catu. — Así es. ¿Y si no güelve?

Mama-Colla. — Y si no güelve, hay que tener pacencia hasta que güelva...

Ña Catu. — Pero éso no es un remedio, Mama-Colla!

Mama-Colla. — ¡Guá! ¿Acaso soy curandera pa darle remedios? Usté me ha pedido un consejo y yo se lo he dáo. Aura, haga lo que le convenga, po, que yo no puedo hacerle milagros, Catu.

Turay. — *(Por la derecha).* Güenas tardes, ña Catu.

Ña Catu. — Güenas tardes, Turay.

Turay. — *(A Mama-Colla).* ¿No salió?

Mama-Colla. — No, m'hijo.

Turay. — Ta güeno... *(Vase izquierda lentamente, mirando hacia el rancho).*

Ña Catu. — ¿Qué le pas'a este muchacho?

Mama-Colla. — Lo de siempre. Cosas de la Kacuy, ese mandinga con polleras.

Ña Catu. — No hay como ser pobre pa llenars'e disgustos.

Mama-Colla. — Así es...

Ña Catu. — ¡Ya vé lo que me pas'a mi!

Mama-Colla. — ¿Y a mi? ¡Le parece qu'es poca disgracia tener un marío machalo? No sabe otra cosa que chuparse, y yo cargo con todita la tarea. Vieja como estoy, tengo que darme mañas pa que no falte carn'en l'olla. *(Lloriqueando).* Ya ve... Y sin'embargo, sufro calladita... Que l'himos de hacer... Tata-Dios lo dispone. Y si él así lo quiere, hay que conformarse... *(Gumer ronca).* ¡Oigameló! ¡Si es como pa desesperarse! *(Pausa).*

ESCENA XII

DICHOS *y* BRUNA

Bruna. — *(Por la derecha).* — Con permisio...

Mama-Colla. — Dentrá Bruna.

Ña Catu. — ¿Cómo dice que le va yendo?

Bruna. — Igual que siempre nomás. Con permisio. — *(Sacudiendo a Goyo).* — ¡Ya sabía yo qu'estaría tumbáo! ¡Ché sinvergüenza, levantate!

Mama-Colla. — Una monadita son los dos.

Ña Catu. — Como pa largarlos solos.

Bruna. — ¡Levantáte!

Goyo. — *(Levantándose con dificultad).* ¡Mavé! Mi mujer...

Bruna. — ¡Hace tres días qu'estás chupando, hijo e porra!

Goyo. — Si ya m'iba pal rancho.

Mama-Colla. — Ponderan que s'iba.

Bruna. — Caminá, sanguangote, caminá. — *(Empujándole).* — Yo tengo la culpa, que te dejo juntar con'ese otro desalmáo.

Mama-Colla. — Oyé che Bruna... que insultes a tu hombre, está güeno, pero no te permito que te metas con'el mio.

Bruna. — ¡Velay! ¡Un'halaja es su hombre!

Mama-Colla. — ¡Mejor qu'el tuyo!

Goyo. — ¡Eso es! ¡Retemé aura, dispues que se ha ensacáo con mi añapa!...

Mama-Colla. — Te la puedo golver, si quieres.

Bruna. — Güelvasel'a su aguela! — *(Medio mutis).*

Mama-Colla. — ¡Mandesé mudar, atrevida!

Bruna. — Si ya me voy... No sea que se dispierte su hombre, pobrecito...

Ña Catu. — No se pelien, señoras, no es pa tanto.

Bruna. — ¡Y usté qué se mete! ¡Vieja piojosa! *(Mutis).*

Goyo. — ¡Pijujujú! *(Mutis).*

Ña Catu. — ¡Y usté! ¡Cascarrienta!

Mama-Colla. — ¡Ladrona e gallinas! ¡Súa! ¡Súa!... ¿Pero ha visto Catu? De güenas a primeras...

Ña Catu. — ¿No le digo que todos son disgustos pal pobre? Estos pagos están condenáos, creameló, Mama-Colla. Por toditas partes no se ven mas que disgracias y brujerias. Hay que rumbiar pa otras tierras. Esto está podrío, con gente y todo.

Mama-Colla. — Tata-Dios lo quiere, Catu, y'él sabrá por qué lo quiere. Hay que agachar nomás la cabeza... *(Pequeña pausa).*

Ña Catu. — Güeno, Mama-Colla. Ya m'hi desahogáo... Ya me voy más tranquila... *(Sollozando).* Esperaré que güelva la chinita... ¡Yo que la quería tanto, señora!

Mama-Colla. — Los que más queremos son los que más nos hacen sufrir, Catu. — *(Lagrimeando).* — ¡Ya me ha contagiáo tamien! Güeno... — *(Abrazándola).* — Conformesé y tenga pacencia.

Ña Catu. — Adiosito, Mama-Colla. — *(Vase lentamente izquierda).*

Mama-Colla. — Adiosito... ¡Pobre Catu! *(Mutis al rancho).*

ESCENA XIII

TURAY, ÑO GUMER, — *luego* EL CARANCHO *y* FILEMÓN

Turay. — *(Por la izquierda, después de cerciorarse que no es observado, echa la flor por la ventanilla de su rancho. Pequeña pausa).*

Ño Gumer. — *(Levantándose).* — Se me ha secáo el guaguero... Voy pal bolicho.

Turay. — *(Viéndole se oculta).*

Ño Gumer. — *(Hace mutis cantando, por la derecha).*

El amor de las chinitas
es como el de las gallinas:
cuando falta el gallo grande,
cualquier pollo las domina.

Turay. — *(Que se ha sentado en el centro de la escena profundamente abatido).* — Llevarla pal monte... Atarla en'el árbol más alto...

El Carancho. — *(Por la derecha).* — ¿Cómo le va yendo amigazo?

Turay. — *(Sorprendido y con gesto de desagrado).* — Bien.

El Carancho. — Aquí ando tras de una vieja... Pero no piense nadita malo... Ando trás de una vieja pa longiarla. — *(Batiendo el talero en el aire).* — ¡Jué pucha! ¡Tengo unas ganas de probar esta lonja nueva!

Turay. — ¿Lonjiar a una mujer?

El Carancho. — ¿Y de hay? ¿Acaso no se rebenqu'a las yeguas? —*(Ríe).* — Es a ña Catu.

Turay. — ¿A ña Catu?

El Carancho. — Sipues. Risulta que su hija, la Dorotea, vive aura conmigo, y la viej'and'hablando pestes de mi: qu'el Carancho por'aquí, qu'el Carancho por'allá... ¡La vi'arreglar yo! — *(Vuelve a batir el talero).* — ¡Así le v'a quedar el cuero!...

Turay. — *(Dominando su impaciencia).* — Vea, Carancho... M'está contando cosas que no m'importan, ¿sabe?

El Carancho. — ¿Quiere decir entonces, que l'estorbo?

Turay. — Pueda que sí...

El Carancho. — ¡La gran flauta! No se ven más que malas caras! ¿O es que tiene algo que ver con mi prienda?

Turay. — ¿Con su prienda? No sea sonso...

El Carancho. — Tá güeno, amigazo. Será entonces hasta la vista. *(Le tiende la mano).*

Turay. — *(Le da la espalda y atisba con disimulo al interior del rancho).*

El Carancho. — Tá güeno... Qué l'himos de hacer... le dijo el zorro al peludo...

Filemón. — *(Que entra por la izquierda, montado en un palo).* ¡Ño Carancho, ño Carancho! ¡Velallú ña Catu! *(Vuelve por donde vino como si montara un potro).*

El Carancho. — ¡Hijuna! ¡Le viá dar yo! *(Mutis corriendo).*

Turay. — Eso no lo puedo permitir... *(Va a salir y lo detiene la voz de Toño).*

ESCENA XIV

Toño y Turay

Toño. — Turay... No hay que perder tiempo... Ño Tucu va venir!

Turay. — Sí, tiene razón.

Toño. — ¿Echó la flor?

Turay. — Sí.

Toño. — Dentr'entonces. *(Movimiento de indecisión de Turay).* Dentre, amigo, que usté no sabe todito el mal que pesa sobre su rancho y que no tardará en arruinarlo hasta los cimientos si s'echa pa trás. Vamos... Haga coraje... Piens'en su pobre madre, y haga por'ella, que dend'el cielo está llorando su disgracia. *(Turay entra resueltamente al rancho. Pequeña pausa).* ¡Ah, Kacuy! ¡Entuavía es poco el castigo pal mal que me has hecho! *(Va a salir por la derecha, y se enfrenta con ño Tucu. Ambos se miran de pies a cabeza).*

ESCENA XV

Toño y ño Tucu

Ño Tucu. — *(Da unos pasos hacia el rancho).*

Toño. — No va poder dentrar.

Ño Tucu. — *(Deteniéndose).* ¿Le pregunto acaso? *(Da otro paso).*

Toño. — Le digo qu'es de vicio. *(Interponiéndosele).*

Ño Tucu. — ¿Y quién'es usté, que tanto se oferta? ¿Es del'otro mundo o d'este?... No tiene laya de andar haciendo nada güeno porque lleva la cara tapada...

Toño. — No le conviene saberlo. Es mejor que no lo averigüe.

Ño Tucu. — Tá güeno. *(Ríe).* ¿Algun'alma en pena?

Toño. — ¡Entuavía pior!

Ño Tucu. — ¿Pior? *(Ríe).* ¡Tá güeno! ¿Traye algún chasqu'e mandinga?

Toño. — ¡Sí, pior! Busquelá nomás a la Kacuy... ¡a su querida!

Ño Tucu. — ¿No digo? Si ha e ser algun'alma en pena... *(Entra al rancho. Pequeña pausa, tras de la cual, rugiendo como una fiera, se precipita sobre Toño).* ¡¡Dónde, dónd'está Kacuy!!!

Toño. — *(Da un salto atrás).* ¡Oiganlén a esa maula!

Ño Tucu. — ¿Dónd'está? ¡Son capaces de haberla matáo!...

Toño. — Pierda cuidáo, qu'está bien'acompañada.

Ño Tucu. — ¡Con quién!

Toño. — ¡Con Turay!

Ño Tucu. — ¡Ah, con Turay! Han esperáo que les dé las espaldas pa pegarm'el golpe! ¡Guapos los mozos! ¡Dos contra uno, y a traición! ¡Guapos, guapos los mozos!

Toño. — Pa vengarse de usté, todas las mañas son pocas.

Ño Tucu. — ¿Pa vengarse, dice?

Toño. — ¡Sí, pa cobrarme todo el mal que me ha hecho!

Ño Tucu. — Entonces, usté guarda los pasos a Turay.

Toño. — Guardo los míos.

Ño Tucu. — ¿Pero quién es usté? *(Intenta desenmascararlo).*

Toño. — *(Evitando el manotón).* ¡No le digo que no le conviene saberlo! Es mejor que no lo averigüe.

Ño Tucu. — ¡Dond'está Kacuy! *(Se abalanza sobre Toño).*

Toño. — ¡Tigre cebáo! *(Luchando hasta derribarlo).* ¡Podía matarlo! ¡Pero me d'asco, asco! Y sin'embargo, naides, ¿oye? naides ha de aborrecerlo como yo!

Ño Tucu. — *(Levantándose).* Soy demasiáo viejo para peliar con'un hombre armáo...

Toño. — Primero, oigamé. Y dispues, podrá matarme... Me dejaré matar... Ya no m'importa nada... Estoy medio loco... ¡Me han güelto loco sus brujerías, alma el infierno!

Ño Tucu. — ¿Y no tiene miedo e condenarse, aura q'estamos solos?

Toño. — ¡Ya no tengo miedo e nada, ni de naides! Por'eso tengo coraj'e toparme con'usté, qu'es lo mesmo que toparse con' algo el otro mundo...

Ño Tucu. — Pueda que sí. *(Intenta desarmarle).*

Toño. — *(Dándole un empellón).* Entuavía no. Ya l'hi dicho que me dejaré matar. *(Tomándole de un brazo).* ¡Por qué me ha robáo el cariño e Kacuy!

Ño Tucu. — ¿Usté la quería?...

Toño. — ¡Como a naides!

Ño Tucu. — ¿Y no sabía qu'estaba condenada?

Toño. — ¡Y usté, na mas que ust'es quien la condenó, usté que le ha picáo el corazón com'una víbora!... Usté, que tiene tratos con mandinga. *(Sollozando).* Que ha convertio el pago en cueva e fantasmas! Que nos ha trastornáo a todos, metiendos'en los ranchos com'un runauturúncu!

Turay. — *(Que pasa a galope por el fondo, llevando en su caballo a Kacuy inanimada).* ¡¡Esta es la mía!! *(Desaparece gritando como un salvaje).* ¡¡Pijujujú!! ¡¡Pijujujú!!

Ño Tucu. — ¡Ah, ladrones, ladrones! ¡Me la roban! *(Tirándose de los cabellos y mordiéndose las manos).* ¡Me l'han quitáo, traicioneros! ¡Y usté, usté es el que me ha dáo el golpe!

Toño. — ¡Si, yo he sío!... *(Descubriéndose).*

Ño Tucu. — ¡Ah, vos, Toño, m'hijo! ¡Qué has hecho disgraciáo!

Toño. — Yo no soy su hijo... Yo soy la carne que han desgarráo sus uñas!... Yo no soy más que una osamenta... ¡Tome! *(Arrojándole el puñal).* Puede matarme... Ya no quiero la vida... *(Oyense a lo lejos los alaridos de Turay).* Ya no la veré más... Se jué pa siempre...

Ño Tucu. — *(Cayendo de rodillas ante Toño, se abraza a sus pies y llora convulsivamente).* Por qué me la quitan... ¿No comprienden que me arrancan el corazón?... No saben todo el mal que me han hecho!... ¡No ves que lloro com'una guagua!... ¡Oh! Estoy maldito!

Toño. — Bien maldito, bien condenáo... Pero salga... no me toque... ¡me d'asco... asco!

Ño Tucu.—¡Hijo, no me ultrajes!... Si yo no soy lo que cren... Hay algo en mi que m'empuja, que me lleva por mal camino... Es una juerza que me arrastra, que me persigue, que me acorrala a todas horas... Pero yo soy güeno, Toño... ¡No ves cómo lloro! Y un gaucho que llora, no es malo... Perdón, perdoném... *(Transición. Se incorpora como un autómata y retrocede como arrastrado por una cuerda).* ¡¡Toño!!... ¡¡Hijo mío!! ¡¡Es la juerza!! ¡¡Me lleva!! ¡¡Salváme, salváme!! *(Desaparece por entre los árboles dando gritos de terror).*

TELÓN

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

MAMA-COLLA, ÑA CATU, ÑO GUMER, PEÓN 1.º y PEÓN 2.º

(Es la hora que precede al alba. Todos rodean un fogón, que arde al centro de la escena. Mama-Colla sirve mate, y ño Gumer afina una guitarra. Luego canta unas coplas.)

Todos me dicen casate,
yo no quiero embromar:
solterito, güena vida,
dueño de su voluntar...

Cuando el pobre anda queriendo,
viene el rico y se atraviesa,
y se queda el pobrecito
como tronco en medio el campo.

Yo soy como el árbol seco
que carece de verdura,
pues, en mi amor, yo carezco,
viditay, de tu hermosura.

Mama-Colla. — Tomá el mate y dejá de alborotar los perros.

Ña Catu. — Ya que habla e perros, Mama-Colla, ¿no ha óido cómo ladran aura? Parece como que alguien los castigara.

Mama-Colla. — Cuando lloran así los perros, es porque algun'ánima ha pasáo junto a ellos.

Peón 1.º — Dejuro será la'alma en pena del finão Toño...

Peón 2.º — Tamien puede ser l'alma e la Kacuy...

Ña Catu. — Puede que sea nomás l'alma e la Kacuy, que se condenó... Pero no la del pobre Toño, que murió com'un cristiano...

Ño Gumer. — ¿Com'un cristiano? No me parece que sea morir como cristiano el dejar la vid'a juerza e puñaladas.

Mama-Colla. — ¿Y por eso se va a condenar? ¿Acaso en vida no jué güeno con Tata Dios y con las gentes? ¿Sabe qu'está lindo!... ¿Qué culpa tien'el de que lo haigan matáo?

Peón 1.º — Dicen qu'el fináo Toño se quitó la vida él mesmito.

Mama-Colla. — ¡No seas sonso, hombre! ¡Si estab'apuñaleáo por la espalda!

Peón 1.º — ¡Nay, pero asi dicen po!... Y cuando dicen... saben por qué dicen...

Ño Gumer. — ¡A Toño lo mataron! Toditos sabemos quien ju'el que lo mató, ¡y a traición! ¡Se necesita coraje!

Ña Catu. — Ño Tucu.

Peón 2.º — Su mesmo tatay jué quien lo mató...

Ño Gumer. — No había pa qué nombrarlo... Si toditos lo sabemos.

Mama-Colla. — Por algo es qu'el viejo ése juy'e la gente dende que lo encontraron muerto a su hijo. ¡Qué concencia!

Ño Gumer. — Y dende que la Kacuy desapareció, cambiándos'en pájaro, llorando el castigo que le dió su hermano... *(Oyese el canto tristísimo de un ave).* ¿Oyen? Toditas las noches viene hasta el rancho y s'está las horas y las horas llamando a Turay... ¿Oyen? *(Imitando el canto).* ¡Turay! ¡Turay! *(El canto se aleja).* Me da no sé qué oyerla!... Me dan ganas de llorar!...

Mama-Colla. — Bastante mal nos hizo a todos, por eso anda penando.

Ña Catu. — ¡Amontonandonos disgustos a fuerza e peleas y brujerías! Es una suerte que Tata-Dios l'haiga castigáo d'ese modo.

Ño Gumer. — Ya es cosa el otro mundo... No hay pa que mentarla. No es güeno hablar mal de los condenáos...

Peón 1.º — Dicen que la Kacuy hubiera sido güena a no ser el poder de salamanquero que sobr'ella tenía Ño Tucu.

Peón 2.º — Tamien dicen que ño Tucu sería güeno... a no ser una juerza rara que lo hace cometer maldades contra su voluntar... ¡Parece que tiene tratos con mandinga!

Mama-Colla. — Así nomas ha e ser... Lo cierto es que la Kacuy recibió el pior de los castigos.

Ño Gumer. — A mí me contó ño Braulio que Turay, cuando la llevó a la Kacuy pal monte, l'ató en el lazo que había hecho pasar por encima e la horqueta del árbol más alto, y que la subió a su hermana, maniandol'arriba.

Ña Catu. — ¿Y de ande sab'eso ño Braulio?

Ño Gumer. — Porqu'el mesmito Turay se lo contó dispues... Güeno, les iba diciendolés: la Kacuy se dispertó arriba el árbol al cabo e cuatro días... Los pieses se le habian güelto garras... La nariz se le había encorváo como pico e lechuza, y los brazos, se le llenaron de pluma... lo mesmo que todo el cuerpo... Figurensén los sufrimientos de la pobre, sola, solita en medio el bosque, cuatro días y cuatro noches, sintiendo rugir los liones, y volar a los cuervos y caranchos, que la picotiaban como a una osamenta!... Por eso les digo qu'es güeno compadecerla... ¡Ha padecío tanto!... *(Silencio).* Cuando vido qu'era un pájaro, quiso llorar... y se le habían ido los sollozos... Entonces, sólo pudo gritar el nombr'e su hermano... que había juído... y comenzó a llamarlo con su canto... *(Oyese de nuevo el canto del ave).* ¡Han óido! Es ella... llora otra vez... *(Pausa angustiosa hasta que el canto se aleja).* Hasta los árboles son capaces de conmoverse oyendo ese llanto... Tiene tanta tristeza...

Ña Catu. — Pobre Turay... ¿Ande andará? ¡Cómo debe penar ese muchacho!

Ño Gumer. — En'el monte. Dend'entonces vive en'el monte.

Peón 1.º — Yo lo vide ayer de tarde, a éso e la oración... Iba rumbo a los Aguaribayses, al tranco e mi mula, despacito, despacito, de miedo a costaliar porqu'el camino está fangoso dend'el último aguacero...

Ño Gumer. — ¡Güeno, hombre! ¡Contá de una vez!

Peón 1.º — Les iba diciendolés dije, ¿no? Güeno... cuando en'un redepente se me atravesó el mesmito Turay... La mula s'espantó y cuasi me larga p'antarca... Pobre Turay... Barbudo, y con'unos ojazos, velay así, como de güey... Parecía que se l'iban a saltar de la cara. Deb'estar medio loco porque a mí no me conoció. Me dijo no sé qué cosas que no pud'entenderle... Dispues, me pidió que lo alzara en ancas... Pero, me largó una mirada que, ¡palabrita! m'hizo tiritar... ¡Y hay nomás le asenté un guascazo a la mula y salí matando!

Ño Gumer. — ¡Mal'hecho, porque debistes haberlo alzáo!

Peón 1.º — Nay, si m'entró el miedo po. No es chacota, no...

Mama-Colla. — ¡Pobre muchacho! Ahi tienen un hombre perdío pa siempre.

Ño Gumer. — Si yo lo encuentro, lo traigo pal rancho. Es una caridar y Tata-Dios no castiga al que tiene güen corazón.

Ña Catu. — Y ma diganmén: ¿porque se golvería pájaro la Kacuy?

Ño Gumer. — Quien sabe... Un castigo... Hay muchos casos igualitos.

Mama-Colla. — No es güeno andar espulgando en los secretos del'otro mundo... La Kacuy se golvió pájaro pa llorar en'el monte con su canto el mal qu'hizo en'este mundo... Y d'ese modo pagará sus pecáos.

Peón 2.º — Pero hast'aura, naides ha podío ver ese pájaro...

Peón 1.º — Lo sienten cómo canta nomás, pero no lo encuentran, por mas que lo busquen. ¡Cosa rara!, ¿no?

ESCENA II

DICHOS *y* ÑO LIBARDO

Ño Libardo. — *(Por el fondo).* ¡Salur pa toditos!

Todos. — Güenas noches.

Ño Gumer. — ¡Qué dice, ño Libardo! Asientesé y chupe unos matecitos.

Mama-Colla. — Velay, sirvasé, qu'está bien ensilláo...

Ño Libardo. — D'esas manos no pueden salir sino cosas güenas.

Ño Gumer. — ¡Cuidáo amigo... que la prienda es ajena!... *(Rien. Pausa).*

Ño Gumer. — ¿Y por qué no vino anoche?

Ño Libardo. — Porque me pasó un caso, que... entuavía me dura el julepe.

Peón 1.º — *(Riendo).* Cuente pa rairnos...

Ño Libardo. — ¡No es pa rairse, amiguito!... ¿No vé que no me río?

Mama-Colla. — ¿Y qué le pasó?

Ño Libardo. — Yo no sé si han sío ilusiones o si jué cierta l'aparición... *(Expectativa angustiosa).* Venía anoche costeando el potrero grande rumbo p'aqui, entonando por lo bajo los rezos que aura tengo que cantar en'el velorio e La Telesita, cuando un ruido, velay así como el que hace un lión entre las pajas, m'hizo parar de golpe, quedandomé mudo y heláo, dende los pieses hasta la cabeza... Quise salir juyendo, pero ¡qué diablos! no me pude mover, como si derepente me hubieran brotáo ráices! Y de la

oscuridar... salió un bulto negro... Se acercó and'estaba, y agarrandomé de un brazo hast'hacerme crugir los güesos, me dijo: "¡And'está el que mató a Toño!" Yo abrí la boca, pero no me salió una palabra... Entonces, me tantió la espalda, y la cara, y soltandomé, salió juyendo entre las malezas... Por la voz, me pareció qu'era...

Ño Gumer. — ¡Turay!

Ño Libardo. — Sí, Turay... *(Silencio).* Por ande sospecho que pronto tendremos algun'otra novedar en'elpago...

Peón 1.º — ¡No les dije que deb'estar medio loco?

Mama-Colla. — Está empeñáo en vengar la muert'e Toño!...

Ña Catu. — ¡Bien'hecho! ¡Ah!... Si yo hubiera tenío un hombre así en mi rancho, no me pasa lo que me pasó con la Dorotea!...

Ño Gumer. — Güeno es ser corajudo, pero es malo perder el tino... Y pa mi entender, el pobre Turay se ha trastornáo de dolor... Por'eso es que no güelve pa las casas... ¡Chá digo!...

Peón 1.º — Más vale que no lo encuentre a ño Tucu!...

Peón 2.º — No lo hay encontrar así nomás, porqu'el viejo no sale de su cueva... Y quien sabe si Turay lo culpa de la muert'e Toño.

Mama-Colla. — Ño Tucu sale todas las noches...

Peón 2.º — No, señora, si está encerráo nomás...

Mama-Colla. — Les digo que ño Tucu sale todas las noches!

Ño Gumer. — ¿Y ande lo has visto? A mí no me has contáo eso.

Mama-Colla. — Aquí mesmo... No te lo conté pa no dar qué hablar.

Ña Catu. — ¿Aquí mesmo?

Ño Gumer. — Estás chanceandoté, hombre, bah!

Mama-Colla. — La cosa no es pa chanzas...

Ño Libardo. — ¿Y cómo lo vido, Mama-Colla? Maver, diga, po.

Mama-Colla. — Viá decirles... A media noche, mejor dicho, cuando falta poco pal amanecer, empiezan a toriar los perros... Y es porque ño Tucu viene p'aqui... La vez pasada, me dispertaron los ladridos, y yo créi que fuera alguien qu'estuviera robandomé la vaca... Me levanté, asomandomé a la puerta y... lo vide a ño Tucu, que caminaba pal rancho e Turay... *(Todos miran el rancho con recelo).* Y me pareció que sollozaba...

Ña Catu. — ¿Cosa más rara, no? De pensarlo, me dan chuschos...

Mama-Colla. — Y andaba como quien camina contra su voluntar, velay así como si alguien lo juera rempujando...

Peón 1.º — ¿No les digo? Si está bajo el poder de una juerza oculta... Si por'eso hace todas esas cosas.

Peón 2.º — Por'eso hace las cosas que hace, claro, eso es...

Peón 1.º — Y juy'e la gente, como si tuviera miedo e toparse con los cristianos... Mirandonós como a enemigos.

Ño Libardo. — Güeno... Siempre me dijo mi madre, — que Tata-Dios la tenga en su gloria, — que dispues de mentar las cosas del'otro mundo, era prudente rezar aunque más no juera que un bendito, pa conformar a las ánimas, y hacer que los fantasmas se alejen de quienes los nuembran... Por'eso, nosotros, qu'hemos habláo más de lo conveniente, debemos rezar un'Ave María, no? *(Se persigna y arrodilla. Todos le imitan).* Dios te salve, María, llena eres de gracia... *(Musitan por algunos instantes).*

Mama-Colla. — Creo qu'es hora e rumbiar pal velorio antes que salga el sol. Ya l'alba no tardará en levantarse.

Ño Gumer. — Sí, porque tenemos que llevarl'a la Telesita pa "La Isla", y hay que aprovechar la fresca. *(Suena a lo lejos un bombo).*

Mama-Colla. — ¿Mvé? Ya están llamando pa la fiesta e la santa.

Ña Catu. — Vamos yendonós entonces. Ya estarán riuniendosé.

Mama-Colla. — Vamos nomás. *(Vuelca agua sobre las brasas).* No sea que salten chispas y priendan el rancho. Güeno: vamos. *(Saliendo por la derecha).*

Ño Libardo. — *(Que les precede).* Resulta que la vez pasada, cuando lo encontramos muerto al fináo Toño... *(Mutis. Hay una pausa. Luego, escúchase la música tristísima del velorio, mientras algunos promesantes pasan por el fondo).*

ESCENA III

TURAY

Turay. — *(Transformado por el dolor, pálido y barbudo, tiene la locura en los ojos y el cansancio en el ademán. Ha salido furtivamente de entre la parva; y al escuchar la música, se ha sentido*

compenetrado del melancólico aire nativo. Sentado en un tronco, oye aquellas notas, inmóvil y abstraído. Cuando cesa la música, habla con infinita amargura, como si conversara con un ser invisible que la acompaña). ¿Te acuerdas? Vos estabas dormida... Habías quedao como muerta... Te alcé en mi caballo, llevandoté pal monte, pa lo más escuro el monte.. Cuando me convencí de que naides nos seguía y de que naides podía encontrarnos en aquel rincón sólo conocio por los liones, subí al árbol más alto, hice pasar el lazo por una horqueta, y dispues, atandoté por la cintura, te alcé, te alcé... hasta que una vez en la punta, bien maniada con tientos, golví a sacar el lazo... Entonces, quedastes solita... Había un silencio en el monte, tan grande, que me llenó de miedo... Parecía qu'estaba dentro de un rancho abandonao... Te corté la trenza y empecé a caminar, a caminar... Y así anduve, días y noches, sin querer bajarme pa los ranchos... ¡Cómo he padecío, Kacuy! ¡He sufrío más que vos! Al fin y al cabo te has convertío en pájaro... En cambio... yo... no puedo andar sino rondando y rondando, como un tigre sin madriguera... Yo tamien quisiera convertirm'en pájaro, Kacuy! ¡Ya no puedo más! *(Oyese el canto del Kacuy).* ¡No, pero no llores, no llores! ¡Tu llanto me lastima! ¡Ya me has perseguío bastante! ¡No llores, Kacuy! *(Se tira al suelo ocultando la cabeza entre las manos, mientras el canto del ave se aleja. Pausa).* Parece un sueño... Debe ser una pesadilla... Sí. Yo estoy soñando... *(Riendo amargamente).* Estoy soñando... ¿Soñando? *(Alto, dramático).* ¡No! ¡Estoy loco! ¡Loco! *(Transición. Dulcemente).* Estoy soñando... *(Sentándose, vuelve a quedar inmóvil, profundamente abstraído. Pausa. De pronto, da un salto y lanza un grito de espanto).* ¡Ah! ¡Otra vez, otra vez la mano helada que me agarra! ¡Qué quiere de mi! ¡Quién me persigue! ¡Quién! ¿Naides me contesta? Estoy solo, solito... abandonáo... A veces me parece que soy una sombra... nada más que una sombra... Y esa mano helada que me toca... ¿qué será? ¿Será Toño que me pide ayuda del otro mundo? ¡Oh... quien sabe!... *(Pequeña pausa).* Sí... me acuerdo... Ju'en este mesmo lugar... Vino a verme, con la cara tapada... Vino a librarme de la maldá de la Kacuy... Yo no supe quién era... Dispues, caí en la cuenta, cuando lo ví dijunto: tenía las mesmas ropas, el mesmo pañuelo... Y estaba como dormido... Sonriendo... ¡Oh! ¡Pero tenía en las espaldas dos pozos de sangre!... ¡Pobre ami-

go mío... cómo la quiso a la Kacuy... tanto como yo... ¡más que yo! ¿Y quién lo mató? ¡Matarlo a traición, como a un perro enfermo! ¡Quién sería el cobarde! Dicen que ñó Tucu... ¿Y si no juera él? ¡Ah! Yo sabré, yo sabr'encontrarlo... Aunque se meta bajo tierra! *(Riendo).* ¿No digo? Si estoy soñando....

Una voz. — *(Adentro).* Dios te salve María, llena eres de gracia, bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús...

Muchas voces. — *(Que contestan a la primera y se alejan rezando).* Santa María, madre de Dios, ruega, señora, por nosotros los pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén.

Turay. — *(Presta atención a las voces hasta que se pierden a lo lejos).* — ¡Tengo miedo!... — *(Camina lentamente y de pronto se detiene).* — ¡Siento que alguien me sigue! ¡Oigo que caminan detrás de mí! ¡Alguien está detrás de mí! — *(Queda inmóvil).* — ¡Siento que respiran!... ¡Aura están llorando... despacito!... despacito...! *(Dándose vuelta, poco a poco).* Quién me persigue... *(Da un grito de espanto).* — ¡¡Ah!! ¡¡La mano, la mano helada!! ¡¡Otra vez la mano!! — *(Corre hacia el árbol más próximo, arrimándose de espaldas, rígido, con los ojos desmesuradamente abiertos, crispadas las manos. Pausa. En voz baja).* — Ya se aleja... Se va llorando... *(Como si escuchara).* — Se va más lejos... mas lejos... ya no se oye... Se ha ido... — *(Queda en suspenso).* — ¿Qué será?... — *(Pasea su mirada en torno, y de pronto, la fija en un punto determinado, con gesto de asombro, como si ante él hubiera surgido una aparición).* — ¡Toño! ¡Toño! *(Como si la viera cruzar).* ¡Estás ensangrentáo! ¡Chorriando sangre! — *(Se da vuelta, poco a poco, hasta quedar de espalda al publico).* — ¡Toño! ¡Toño! — *(Este, surge de un árbol del fondo, pálido y luminoso).* ¡Quién, quién te mató! *(Cae de rodillas ante la visión que, señalando hacia la derecha como una respuesta, se esfuma en el mismo momento que por igual sitio entra ño Tucu, lentamente, cabizbajo, y más encorvado que nunca).*

ESCENA IV Y ULTIMA

TURAY y ÑO TUCU

(Turay queda inmóvil de asombro; y ño Tucu cruza la escena sin mirarle, hacia el rancho de la izquierda, como si obedeciera a una fuerza misteriosa que le arrastra. Al franquear la puerta, da unos pasos atrás, tratando de huir; pero, dejando escapar un sollozo, entra, resistiéndose visiblemente).

Turay. — ¡Era él! ¡Su tata! Tiene que arreglar dos cuentas... ¡Ya lo creo que las arreglará! Pero... ¿por qué viene a mi rancho? ¿Será cierto que lo manda una juerza oculta? Si es así... si es así, yo no podré luchar contra esa juerza... me desarmaría... como lo ha desarmáo a él... ¡Oh!... ¡Pero es necesario! ¡Si las manos m'están pidiendo su pezcuezo! ¡Si la disgracia me tiene acorraláo! ¡Si ya no puedo, no puedo más! ¡Si estoy loco, loco!

Ño Tucu. — *(Por el rancho).* ¡Ah!... ¡Turay!

Turay. — ¡El mesmo! ¿No m'esperaba, no? Si paresco una sombra...

Ño Tucu. — ¡Turay!... Ya sé... vienes a matarme... lo sé...

Turay. — Tenemos que arreglar cuentas... Pa'esto he venío del monte, juyendo e la gente, arrastrandom'en la escuridar, cansáo, hambriento! ¿Oye? ¿Me oye? ¡Pa ésto!

Ño Tucu. — La fatalidar nos pon'en el mesmo camino... ¡Ah!... Pero yo tamien estoy loco, desesperáo, y dispuesto a acabar de una vez! ¡Estoy rebalsando!

Turay. — ¡Eso, éso me gusta! ¡Frente a frente! ¡Solos! ¡Desarmáos! *(Dando un salto de tigre y gritando).* ¡¡Ijuí!!

Ño Tucu. — ¿Desarmáos? *(En un rápido movimiento, se apodera del hacha que ha de estar junto al rancho).* ¡Aura sí! *(Riendo diabólicamente).* Si dás un paso, te parto la cabeza! *(Esgrimiendo el hacha).*

Turay. — ¡Cobarde! Estaba creyendo qu'eras un disgraciáo... ¡Pero no! ¡Estás maldito! ¡Sangre de víbora! *(Da un paso hacia él).*

Ño Tucu. — *(Esgrimiendo el hacha).* ¡Ijuí! *(Ríe).* Matáme nomás...

Turay. — *(Yendo de un lado a otro, como una fiera enjaula-*

da). ¡No, si no te vas a escapar, brujo! ¡Perdé cuidáo! *(Buscando el modo de acometerle, mientras le opone golpes de hacha).* ¡Te mataré! ¡Como a una sabandija! ¡Alma hedionda!

Ño Tucu. — Podías golverte pal monte... Otra vez arreglarás tus cuentas! Aura... aura es de vicio! *(Oyese el canto del ave. Un temblor eléctrico sacude todo su cuerpo, deja escapar el hacha de las manos, y busca un apoyo para no caer).* ¡Ah!... No puedo... no puedo más... perdón... perdón...

Turay. — *(Dando un grito salvaje de júbilo, se precipita sobre el hacha, quiebra el mango contra las piernas y arroja los pedazos).* ¡Ha llegáo la hora, runauturuncu! *(Se abalanza sobre Tucu).* ¡Estás en mis manos!

Ño Tucu. — *(Quiere entrar al rancho).* Perdón... perdón... Turay...

Turay. — ¡Si dentra, le pego fuego! ¡Dentre, si quiere!

Ño Tucu. — Turay... *(Con voz conmovida).* Yo no soy lo que ustedes crén... Tené lástima d'este pobre viejo...Si yo soy güeno... No me mates... dejáme juir...

Turay. — ¡No me vas a desarmar, no! *(Tomándole violentamente por un brazo).* ¡Quién mató a Toño! ¡Quién condenó a la Kacuy! ¡Quién me ha perdío a mí pa siempre! ¡Quién! ¡Quién!

Ño Tucu. — *(Por toda respuesta, ase a Turay por el cuello y le tira al suelo, entablándose entonces una lucha desesperada entre ambos, mientras comienza a amanecer).*

Turay. — ¡Ijuí! *(Que ha conseguido dominar a Tucu).* ¡Aura se van a acabar tus brujerías! *(Apretándole el cuello).* ¡¡Réite aura!!! ¡¡Réite!! *(Le estrangula).* ¡¡Condenáo, condenáo!! ¡Las cuentas están arregladas! ¡Réite aura! *(Amanece. Mira en torno, receloso).* ¡Tengo miedo! ¡Esto es un sueño!... *(Oyese el canto del Kacuy).* ¡Kacuy! ¡Sí! ¡Ya están vengáos! ¡Ya están vengáos! *(Dando un grito de terror).* ¡¡Toño!! ¡¡Kacuy!! ¡¡No me dejen!! ¡¡No me dejen!! *(El sol asoma por la linde del bosque, y el despertar de los pájaros irrumpe en una gloriosa algazara. Turay, arrimado contra un árbol, con los ojos desmesuradamente abiertos, da una carcajada, larga y dolorosa, echando a huir por entre la fronda, ebria de luz).*

TELON

ELOGIO DE TU RISA

Riendo naciste y èl hada Alegría,
que oyó tu vagido riente y sonoro,
poniendo en tus labios gracia y armonía
te hizo señora de la risa de oro.

Por eso al partirse la flor de tu boca
en todas las risas estalla tu labio:
del chisporroteo de la risa loca,
hasta la insinuante risa del agravio.

Y así ya es tu risa, risa de querella,
o es risa felina, perversa y sutil,
o es risa apagada de pálida estrella,
o es lírica risa de perla y marfil.

¡Ji, ji, ji, ji!... rompen en tu carcajada
tus cien cascabeles de fino cristal,
y tiene tu risa, coqueta adorada,
algo de serpiente y algo de zorzal.

Luego, cuando has visto que me he puesto serio,
— porque algunas veces tu risa me enoja —
callas, y por obra de un dulce misterio,
tiembla una sonrisa en tu boca roja.

Sonrisa que es una sutil serpentina,
que se desenrosca tejiendo arabescos
por entre la doble línea marfilina
de tus diminutos dientes principescos.

De pronto la histeria surge en tu mirada,
y al llorar riendo con honda amargura,
estrujan tus manos la "écharpe" encarnada
que oculta tu escote de nivea blancura.

Me acerco a tu oído. Te canto despacio
el verso más dulce del mago Darío,
el de la princesa que está en su palacio,
cautiva en sus tules y en su poderío...

Me escuchas soñando. La reina Quimera
ensaya en tus ojos caricias de sueño;
y tiemblan tus párpados como si quisiera
sorber tu pupila la luz del ensueño.

El canario enfermo de melancolía
huye con el ritmo del verso postrero,
y en tu boca fresca como una ambrosía,
de nuevo se posa cantando un jilguero.

Y otra vez resbala la cantata de oro
que suelta a los vientos tu risa sin fin,
risa de encantado copofón sonoro,
o límpida risa de alegre violín.

Risa que, unas veces, finge las escalas
de los wagnerianos conciertos de aves,
cuando en las auroras se agitan las alas
bajo un sol que llueve caricias süaves.

Risa que, otras veces, engarza como una
sucesión de notas, que forma un arrullo
de una dulcedumbre de canción de cuna
y un temblor alado de tierno murmullo.

Risa fresca y clara, que a mi se me antoja
la risa del agua pura de la fuente,
cuando surge el chorro nervioso y se arroja,
formando espirales, al limpio torrente.

Risa luminosa de cielo de fiesta
en noche de otoño que invita a soñar,
noche en que la luna dirige una orquesta
de astros, que cantan su eterno girar.

Risa de abanico sobre la mejilla
de una desdeñosa que quiere reir...
Risa de sangriento clavel de Sevilla,
sutil risa alada de blusa zafir...

Bendita tu risa de aureos retintines
con las suavidades de los terciopelos;
bendita tu risa con tintirintines
de armoniosos giros y elegantes vuelos.

¡Bendita mil veces tu risa argentina,
sonora, ondulante, melódica y franca!
¡Bendita mil veces tu risa divina,
rosada, celeste, magnífica y blanca!

CARLOS C. SANGUINETTI.

Febrero de 1914.

MEMORIAS DE UN GATO PORTEÑO

I

No creas que lo ignoro, desocupado lector: aquel cuyo origen es desconocido o por lo menos dudoso o incierto, puede, mejor que ningún otro, vanagloriarse de contar entre sus antepasados, ilustres ascendientes. Si tal fuera mi propósito, no creas que cometería la chambonada de anteponer o posponer a mi modesto nombre de pila algún sonsonete denunciador de condal entroncadura. Sé que me ha cabido en suerte nacer en un país de exterioridades democráticas y para el caso me hubiera sobrado remontarme a los albores de la independencia y decir: "fué, se-
" ñores, mi abuelo — que en santa gloria Dios lo tenga — uno
" de aquellos ilustres varones que teniendo perpetuamente ante
" los ojos los inmarcesibles colores de la patria, pospusieron en
" todo momento sus intereses inmediatos a los sagrados intereses
" del país, adquiriendo por sus hechos y virtudes un título de
" imperecedera gloria..."

Si no quisiese subir tan alto, podría presentarme de este modo:

"Formó mi padre en la legión de aquellos esforzados cam-
" peones que lucharon con denuedo contra el implacable brazo de
" la tiranía."

Para muchos, aun eso es demasiado, y se contentan con el infaltable "caballero cuyas prendas morales habíanle granjeado
" el aprecio de todos los que tuvieron la dicha de tratarle" que, hasta la hartura, repiten los diarios grandes y chicos.

Como se ve, podría echar mano de cualquiera de estos u otros medios para que, sino por mis méritos, se me prestase atención por lo que valieron mis antepasados; pero yo no me he propuesto relatar la verdad tal cual la conciben los políticos, la realizan los legisladores y la aplican algunos jueces. No. Deseo

trascribir, volcar en estos papeles un relato fiel de mis hechos personales para que puedan servir de entretenimiento y de enseñanza a las gatunas generaciones que me sucederán en esta rápida vida de brincos y volteretas.

Para el caso, yo bien quisiera dar comienzo con los acontecimientos que pasaron "por ante mí" y de los cuales puedo "dar fe". Pero mi condición de gato no me exime de la tiranía de las leyes naturales, como muchos escapan a los rigores de las leyes positivas, y para relatar la primera parte de mi venturosa infancia debo apelar a lo que otros me han contado, y para que no se diga que procedo con manifiesta parcialidad, transcribiré a la letra el relato que a manerà de bofetón me ha echado en cara ciento y una vez la desalmada china Sidonia, a quien en breve ustedes conocerán.

"Gata flaca, ladrona, rabona y pelada fué tu madre. No per-
" tenecía a la casa del rico estanciero, pero a menudo brincaba
" de trasto en trasto acosada por lavaplatos y mucamos. Una
" tarde de invierno los sirvientes armaron una gran gritería en
" mi cuarto. ¿Qué había sucedido? ¡Pues nada...! La desfacha-
" tada de tu madre, sin decir avemaría y sin miramientos a las
" sábanas recién puestas, se apropió de mi catre y ahí no más
" los largó a ustedes. Digo a ustedes porque los nacidos fueron
" nueve, de los cuales ocho pasaron inmediatamente a un tacho
" de agua y vos también estabas a punto de hacer gorgoritos,
" cuando, atraída por la gritería, apareció la niña de la casa, la
" niña Julia, tu salvadora. Y no sé si fué porque te vió tan feo,
" si simpatizó con esa manchita blanca que te parte la nariz, el
" caso es que la niña te agarró con mucho fruncimiento de boca,
" te levantó en alto y pidió gracia por tu vida.

"Excuso decirte que aun no había despegado los labios, cuando
" toda la servidumbre se deshacía en busca de cajas y algodones
" para que pudieras alojarte con decencia. Para que no tuvieras
" nada que decir y desear, se preparó tu alojamiento en su mismo
" cuarto adonde te llevamos en procesión. La "Señora mayor" y
" la "Señora joven" se pusieron los anteojos para observarte. Y
" durante tres o cuatro días fué la conversación más seria de la
" casa y de alta novedad para las innumerables visitas; hasta el
" mismo patrón, don Inocencio Tamango, se costeó un día entero
" por todos los bazares de la ciudad en busca de un chiche apro-
" piado para tus juegos.

"Esto pasaba contigo mientras nosotras las que teníamos el "honor de ser "criadas" por la distinguida familia de Tamango, "friega que te friega, barre que te barre de la mañana a la no- "che, para vivir a media panza, con el traste poco menos que al "aire, y recibir en pago un centenar de pellizcos, denuestos y "coscorrones.

"Tres días después, por expreso pedido de su papá, la niña "Julia invitó a un grupo de íntimas amigas y ponposamente te "bautizaron con el nombre de "Momoche".

Mis primeros recuerdos, como es natural, se refieren al amplio y legendario caserón de la calle Santa Fe, con su patio sombreado por dos grandes corredores, lleno de malvones, madreselva y jazmines del país, cuyo perfume envolvía la doble hilera de habitaciones sumergidas siempre en una doble penumbra y atestadas de viejos muebles de caoba y jacarandá, estilo Imperio. También recuerdo como si lo estuviese viendo ahora, la voz aflautada e imperativa de la "Señora mayor", la voz dulce e insinuante de la "Señora joven" y el perfil travieso de mi salvadora la niña Julia. Los asiduos eran muy pocos; en aquella época, sólo tenía carta blanca para entrar y salir de la casa cuando le daba la gana, un joven llamado José María, cuyo trágico fin dará tema al más triste capítulo de mis deshilachadas memorias.

El señor Tamango, jefe de la casa, trigueño macizo, rara vez hablaba y cuando hablaba era para echar sapos y culebras y para tratar a la baqueta a la humilde recua de sirvientes. La única que le arrancaba una sonrisa era mi ángel protector, la niña Julia. A esta verdadera debilidad del patrón, debí en gran parte mi envidiable suerte, aunque entre él y yo existía cierta afinidad estomacal: ambos comíamos carne hasta saciarnos, carne asada, y más de una vez al regresar de los fondos de la casa, donde se churrasqueaba lindo, he oído decir a las malas lenguas de los sirvientes que el patrón y yo nos parecíamos en la mirada.

¡Qué cuna meció mi infancia y qué tela cubrió mi cuerpo! ¡Cómo me reía yo de la zaparrastrosa figura de la runfla de chinitos y chinitas que pululaban en la casa! Ellos, sucios, a medio tapar, ojerosos y barrigones, mantenidos a rebenque limpio por cuanto bicho viviente entraba en la casa, durmiendo en cualquier rincón sobre las baldosas peladas, mientras yo, feliz de mí, en las crueles noches de pampero me arrellanaba en un precioso cofre de nogal con incrustaciones de nácar. Todo era delicado,

artístico y sobre todo muy costoso. Las manos de la Señora joven y las manos de la Señora mayor y las manos de la niña Julia habían bordado el colchoncito y un acolchado de finísima seda. Las sábanas eran de hilo de Holanda, vainilladas y adornadas con un costosísimo encaje de Bruselas. Todo esto se barnizaba diciendo que "así la niña Julia aprendía lo necesario para ser mujer de su casa". Pero de lo que más me enorgullecía yo, era de un cubreespaldas capaz de dar envidia al mismo pontifical del arzobispo. Me enorgullecía de esta prenda más que de ninguna otra porque era la única, con mi cascabel, que podía ostentar a los ojos envidiosos de los pobretes que desfilaban por la casa. Espero que se me disculpará esta debilidad, tanto más cuanto que mi ya larguita experiencia me ha permitido observar que no es sólo inherente a los jóvenes o incultos: las mujeres más espirituales e inteligentes sólo aprecian aquello que pueden lucir, desde el "marfilino" pescuezo, el traje de seda, la joya rara o vistosa, al codiciado amante. Se dirá: son mujeres y la ostentación es una consecuencia de la liviandad de sus cascos. ¿Y los hombres? ¿Acaso escapan a la ley fatal? He observado que hasta los más serios, los que la sociedad considera como inconmovibles columnas de granito, pierden los estribos cuando se les toca la tecla de su quijotismo. Si, por ejemplo, se habla de enfermedad en presencia de un médico, en el acto frunce el ceño, fija la mirada en cualquier parte para que se observe que cavila, desembucha el fárrago de *itis, ago* o *exiá,* que en la lucha por la vida le sirven para tapar los ojos y sacar los pesos. Si es un abogado, se extenderá en largas consideraciones, apenas oye que alguien habla de "derecha o izquierda", ateniéndose a esta regla infalible: aplicar siempre el *stricti juris* para los demás y el *largo juris* para sí y su parentela, sobre todo cuando se trata de morder algo para no dejar los suyos con el porvenir al descubierto. Los boticarios se retuercen cuando oyen que se trata de agua, porque nadie les gana en conocimientos acerca de sus aplicaciones. Como los peces, al agua le deben la vida de farra y holganza que se dan a costa de la tontuna humana. A los escribanos ni hay que tenerlos en cuenta, porque es tan exiguo, tan mísero lo que aprenden, que toda su ostentación consiste o se reduce a dar fe de lo que nunca han visto ni soñado. El usurero ostenta munificencia, el avaro pobreza, el político previsión, el agiotista clarovidencia, el comerciante desinterés, el tahur ava-

ricia, el haragán diligencia y hasta el imbécil, cuando la naturaleza se ha mostrado cruel al extremo de mezquinarle un don tan preciado como el desarrollo de su sistema capilar, ostentará una cabellera postiza y así oirá calificar de hermosa su hueca cabeza... ¿Qué extraño, pues, que yo, miserable animalito, como me llamaba la china Sidonia, me pasease, despreciativo y engreído, por toda la casa, ostentando mi bordado cubreespaldas?

II

Entre cojines, caricias y algodones transcurrieron muchos días, durante los cuales recibí lo que podría llamarse una esmeradísima educación, que se traducía por mi proverbial desparpajo en plantificarme en la falda de cualquiera, en saltar al plato de la niña Julia cuando comía, en jugar con las ligas de las visitas y en despachar a mi antojo los paquetes de masas y bombones que rodaban por los rincones de la casa con la misma abundancia que en otras ruedan la basura o los trapos.

Como es de presumir, conocía al dedillo todos los recovecos de la casa y pasaba horas enteras dando corcovos desde la sala a los dormitorios, arañando muebles y rompiendo cacharros y figuritas. Como todos los jóvenes, imaginé que a eso se reducía la vida y que todos los días son iguales. Verdad es que existen seres que quieren hacer creer a los demás que el tiempo no roza sus espaldas. ¿Quién no conoce a esas viejas, que a los sesenta años ponen los ojos en blanco y afirman que su corazoncito ha permanecido virgen a las terrenales solicitaciones y aun sienten los vuelcos que producen los flechazos de Cupido? Y viejos hay que sólo deploran que a cierta edad la naturaleza les conceda en uñas lo que les quita en cabello. Pero estos seres pagan su ceguera con una buena cuota de ridículo al mismo tiempo que prestan servicio a los dispépticos para quienes constituyen el único digestivo sin veneno...

Quizás, para mí, se hubieran en realidad deslizado muchísimos días iguales a los anteriores, si la niña Julia no hubiese tenido que pasar una temporada en casa de una amiga de la infancia. Nada valieron sus repetidas y calurosas recomendaciones a su madre, a su abuela y a toda la servidumbre...

La Señora mayor se enfermó de reumatismo después de fes-

tejar con abundantes platos trufados una solemne fiesta religiosa; la Señora joven tenía que pensar en algo más grave que en su recomendado Momoche... Una prematura arruga la obligaba a tener largas sesiones con un especialista, y de ahí que de favorito, me convertí en acosado. Esta es la suerte que les espera a todos aquellos cuyo único mérito consiste en vivir a la sombra de un poderoso!

Y así una de esas tardes que, olvidado de grandes y de chicos, rondaba por el silencioso patio, arrastrando el cubreespaldas a medio atar, oí de repente sobre mi cabeza un grito ronco, un maullido feroz que conmovió hasta mis entrañas. Instintivamente, como quien ve abrir el cielo y aparecer un rayo aniquilador, eché a correr sin saber a donde, buscando una puerta, un agujero cualquiera por donde escapar; pero fué tal mi mala suerte que no encontré nada. Ya en el fondo de la casa, trepé por la escalera y cuando quise darme cuenta me encontré en el augusto lugar de mi nacimiento, en el paraje más desolado de la casa, en el cuarto de la china Sidonia. A causa de una gotera, la habitación estaba momentáneamente desmantelada y abierta la ventana que comunicaba con la azotea. Con el susto ensayé varios brincos para ver si saltaba la dichosa ventana, pero fué inútil: aquella simple corrida, aquel ligero esfuerzo, me habían agotado.

Al verme solo y en aquel apartado lugar, consideré más friamente la situación y hasta estuve a punto de reprocharme la cobardía, cuando de nuevo destrozó mis tímpanos el fatídico maullido. El hecho se produjo a tan corta distancia que me dejó aniquilado. Una espesa sombra se interpuso entre la azotea y el cuarto. Miré hacia arriba y mi espanto de imberbe subió de punto al ver a un enorme gatazo con los mostachos enhiestos, la mirada turbia y los labios entre amenazadores y despreciativos. En esa postura de cómicos rivales estuvimos largo rato, hasta que el horrible felino movió lentamente la cabeza y comenzó a decirme:

— Siempre creí que esa asquerosa tapadera debía haberte reblandecido el espinazo; pero nunca imaginé que el reblandecimiento llegara al extremo de no poder dar un salto tan miserable, pero tan miserable, que yo, a pesar de mi vejez, lo doy por partida doble. Luego cambiando de tono, como los viejos criollos cuando empiezan un cuento, agregó:

— Conocí a la guacha de tu madre, muerta en aquella casa de enfrente en gloriosa acción de guerra, un día que acosados por

el hambre, asaltamos la cocina; conozco a medio centenar de hermanos tuyos entre quienes los hay de todo pelaje y catadura, pero ninguno es tan degradado, ninguno tan envilecido como tú. Los hay que para mascar confites y turrón se arrastran haciendo sonar el cascabel; los hay que se requiebran con aire de valiente cuando cae el sol a plomo y buscan a escape el fogón apenas la veleta anuncia pampero; los hay que sólo piensan en hartarse por la mañana y en dormir por la tarde; los hay... como se ve, cobardes, infatuados, pedantes y egoístas, pero ninguno tiene la dicha de reunir, como tú las reunes, todas estas cualidades a la vez. Tú eres la quinta esencia, el producto más excelso de esa decantada nuestra "civilización". Eres un sinvergüenza: paseas como un miserable lacayo la ribeteada librea porque en ningún momento el instinto de la raza te ha impulsado hacia donde miran, donde deben mirar los de tu raza: hacia las estrellas!...

Yo en aquel momento no me dí cuenta de tanto palabrerío. Era muchacho y nada encontraba reprochable en mi manera de vivir. Los hijos de rico derrochan con el mayor desparpajo el dinero bien o mal ganado de sus padres y abren tamaña boca cuando alguien se atreve a reprochárselo. Viendo que todo se reducía a un simple ataque periodístico, es decir, a una arremetida de palabras, hice una voltereta, lo miré por encima del hombro y, arrastrando mi inimitable mandil, bajé la escalera y me retiré a mis aposentos. ¡Qué feliz coincidencia! Pisé la alfombra al mismo tiempo que la niña Julia regresaba de su paseo.

Tan triste y mísero debió ser mi aspecto, que al verme lanzó un ¡¡ay!! lastimero y medio desmayada se arrojó sobre un sofá.

¡En qué estado encontraba a su Momoche! Flaco y sucio como huérfano de asilo, desmechado como hijo de conventillo. Sus gritos y exclamaciones alborotaron a todos los de la casa y hasta el grave don Inocencio dejó un proyecto de ley rotulado *Medio de triplicar a costa del consumidor el valor de las reses* y se apresuró a inquirir noticias. Cuando el sesudo padre de la patria vió que la niña se ahogaba en un mar de lágrimas, estrujándome contra su pecho, cuando apenas vislumbró que la causa de tanta amargura se debía a la mala voluntad de los sirvientes, no quiso saber más y comenzó a distribuir sopapos y puntapiés a diestra y siniestra. La china Sidonia recibió un formidable puñetazo en un ojo que la mantuvo durante más de un mes en completa abs-

tención de puerta de calle. Excuso agregar que como un desagravio a mi gatuna persona, hubo un derroche de caricias y bombones y hasta cambio de sábanas a mi modelado cofre, donde me arrellané bien forrado por dentro y mejor tapado por fuera, al mismo tiempo que a mi mollera de muchachón satisfecho acudían los recuerdos de los sucesos recientes.

Aunque inexperto, casi sin querer comencé a preguntarme:

¿Qué significa todo lo que me endilgó mi congénere en el cuarto de la azotea?

¡Envilecimiento de la raza! ¡Lacayos miserables que hacen sonar el cascabel y pasean la galoneada librea raída a fuerza de genuflexiones!... ¡Qué sé yo cuántas macanas por el estilo!

¿Qué mal hay en que yo me cubra las espaldas, coma platos exquisitos y duerma en un primoroso estuche? Si en vez de ser un cualquiera, él fuera como yo, se regalaría lo mismo sin muecas y ascos fingidos. La envidia es un poderoso excitador de la lengua. Yo, por mi parte, tenía la convicción de que los individuos de mi esfera social no podían tener la vida viable sin turrón, ambiente perfumado, alfombras y cojines. Cuando la Señora mayor, la Señora joven y don Inocencio hablaban de caridad cristiana, de beneficencia y de acciones bondadosas, siempre supuse que se referían a seres inferiores, a individuos del jaez de la miserable china Sidonia y demás recua de sirvientes que rondaba insolente por la cocina.

Seres inferiores, miserables desperdicios sociales, era sin duda alguna, el ejército de pordioseros que los sábados desfilaban ante nuestra amplísima puerta. A veces se daba la órden de suspender la limosna a tal o cual pedigüeño y nadie sabía el por qué. Yo era el único mortal que, acurrucado en la falda de las señoras, oía sus sabrosos comentarios, mientras desfilaba el mal oliente pobrerío.

Ese individuo de la levita pringosa, en vez de bendecir maldice, no se le dé más limosna.

—Esa mujer es demasiado joven y bonita: quién sabe con qué fin se acerca a esta casa: no se le dé más limosna.

—Ese hombre con mirada torva, es el que llevaron preso porque vocifera contra las leyes y el gobierno: no se le dé más limosna.

Y así, los cinco pesos semanales que distribuían a medio centenar de pobres, y los trapos viejos que regalaban a las obreritas

de la cuadra, habían cimentado la fama de caritativa que, en la parroquia, nadie se atrevía a disputarle a la respetable familia de Tamango.

Ahora bien, ¿pertenecía yo acaso a esa clase de míseros mantenidos a dos centavos por puerta? No. Era el niño de una casa millonaria y se hubiera necesitado ser manifiestamente imbécil, dejar mis comodidades para vivir a media panza, mascar carne pasada, en la cocina y dormir a la intemperie.

Para cometer este verdadero rosario de tonterías, se necesitaba haberse convertido en un ser inferior y yo, por mi buena suerte, me consideraba a la altura de mi padre adoptivo el señor Tamango.

Después de este sesudo razonamiento, me dormí profundamente, convencido de que el desagradable episodio no ejercería influencia alguna en el resto de mi vida.

¡Cuán equivocado estaba: aquello no era más que el principio del fin!

III

En los días subsiguientes comenzó una trastornadora fiebre de renovación, y durante meses, no se habló más que de muebles, cuadros, cortinas y artefactos. A la Señora mayor le entró la chifladura del piano y a escondidas recibía lecciones de un famoso pianista recién llegado al país. El desfile de provocadoras modistillas se hizo interminable y hasta el mismísimo don Inocencio, imagen viviente de la seriedad criolla, comenzó a fincharse y contonearse y sacrificó su espesa y renegrida melena en homenaje a los tiempos nuevos.

Una tarde para conmemorar dignamente la terminación del revoltijo, se encendieron todas las lámparas eléctricas, el comedor se convirtió en jardín y la casa toda se estremecía de contento: la niña Julia había convidado a un grupo de amigas a una comida blanca, — así la llamó un sirviente gallego.

A mi se me hizo agua la boca, me afilaba las uñas y atuzaba los bigotes, seguro de pescar la mejor tajada, y por eso, la sorpresa fué tanto más desagradable cuanto era menos esperada: pretestando que con mis patitas podía ensuciar aquellos trajes de armiño, me encerraron ¿y dónde? pues nada menos que en el cuarto de la destartalada china...

A esta altura de mis memorias debo advertir que entre Sidonia y yo, existía completa rotura de relaciones. Me bastaba una mirada para comprender toda la rabia concentrada en su pecho de india perversa. Cuando me encontraba al paso "sin querer" o a tiro, no perdía ocasión de maltratarme y aún en presencia de los *míos,* me pisaba la cola, me salpicaba con líquidos o me hacía rodar entre los trastos.

Con estos antecedentes se comprenderá el gozo, el bárbaro gozo de la bellaca al encontrarme solo y desamparado en su propio cuarto. Al verme quedó sorprendida, como si dudara de lo que veía, luego al cerciorarse de la veracidad de tanta ventura, sonrió, con esa sonrisa que la historia atribuye a los tiranos, y se aprestó a tomar la más dulce de las venganzas. Descolgó de la pared un grueso rebenque, con el que interrumpía sus ocios deslomando a mi bulliciosa parentela, y comenzó a propinarme la más descomunal paliza que mencionan los siglos.

— Tomá por lo de anteayer, tomá por lo de ayer y tomá para mañana.

— Tomá por mí, por Juana, por Pancho y por Andrés.

— Tomá por los blancos, por los chinos y por los negros.

Tomá, tomá y tomá!... y los tomá se multiplicaron de tal manera, que imaginé que no tendrían fin; pero afortunadamente también conmigo se cumplió el refrán de que Dios aprieta, pero no ahorca, porque, como enviada por algún alma del purgatorio, la enorme sombra de los días anteriores se proyectó por la ventana y en mis oídos repercutió un maullido formidable que significó: aquí, por la ventana está la salvación.

Oirlo, estirar mis músculos, lanzarme en una contracción formidable, y encontrarme en la azotea, todo fué uno.

— Se confirma una vez más — dijo mi terrible mentor — que la desgracia es poderoso aguijón para las grandes empresas.

Como el sol daba de frente, yo había quedado completamente encandilado y permanecí inmóvil y silencioso a cierta distancia de la ventana. Mi amigo me observó un momento y al ver que no sangraba por ninguna parte, al ver que los desperfectos si los había eran de la piel para adentro, cambió de tono y dijo:

¿Dónde están? ¿qué hacen tus protectores? ¿Dónde está la niña Julia? ¿Qué hace en estos momentos la chiquilinada que se divierte acariciando tus espaldas? ¡Este es el destino reservado a los repugnantes aduladores, a esa caterva de inmundos abro-

cha-zapatos de los pudientes y de los ministros dispensa-favores! Aquí en esta azotea y en ese estado ¿quién sabe como te llamas? Si alguno de la vecindad te ve y te conoce, dirá: "allí está el gato de los Tamangos", exactamente igual a esos individuos cuyo único mérito consiste en ser hijo de Pérez, marido de Rudecinda, sobrino del cura o protegido de González. Esos infelices se asemejan a los seres más bajos de la escala zoológica, los cuales aunque por separado constituyen un individuo completo, siempre necesitan de otro o de otros para medrar con provecho. El día que les falta el puntal se convierten en miserables parásitos, pierden el centro de gravedad y caen como destartalados ranchos de adobe.... Pero no quiero ensañarme con los caídos, sobre todo cuando existe la esperanza de regeneración.

A esta altura de su filípica, volvió a cambiar de tono y continuó:

—Deploro profundamente lo que te ha sucedido, aunque bien mirado todo es necesario. Se aprende a ser hombre por el sufrimiento. Me es doloroso, eso sí, no poder ofrecerte en tan tristes instantes, medicamentos más eficientes que los consejos, fruto de mi trabajada existencia. Presumo, sin embargo, que a la larga han de serte más provechosos que los caramelos y cariñitos que te prodigaron la otra noche, después de nuestra primera entrevista.

Al decir lo que antecede se acercaba poco a poco y como vió que yo reculaba y le miraba con desconfianza, continuó:

—Si mi ánimo hubiera sido hacerte daño, nadie me hubiera impedido darte un par de zarpazos ahora y antes de ahora; pero quiero que te convenzas que aquí donde me ves, yo no soy uno de los tantos, uno de esos miserables que acechan la inferioridad de un prójimo para zurrarlo o exprimirlo. No soy de esa especie porque tampoco acostumbro inclinar la cabeza ante los más fuertes y poderosos que yo. Los que tienen fibra de macho, después de una caída, se levantan con más bríos. ¿Por qué no intentas seguirme? Todo lo que abarca tu mirada es nuestro. Eres joven y en un futuro no lejano puedes acometer empresas que hagan olvidar tu miserable infancia. Sígueme y noche tras noche, de azotea en azotea podrás contemplar lo que sólo a los de nuestra especie les es dado contemplar impunemente: el vasto escenario bonaerense con sus bambalinas, con sus títeres, con sus dramas, farsas y tragedias.

Cada día que desfila, es un renglón que las generaciones agregan a su reducida página de historia y de ahí, de esa reducida página, emerge la única enseñanza provechosa; esencialmente distinta de la *leguleyesca* sabiduría a tanto la hora que te infundirán los profesores venerados por el ilustre senador Tamango y compañía.

Pero esa página no se aprende como una bolilla de enseñanza universitaria: para saberla es necesario vivirla, hay que "sentirla".

Ven, arroja esa librea que degrada, abandona ese vivero de molicie, huye y emprendamos la gran vida, libre de trabas y de piruetas, en pleno aire, en pleno sol, bajo la bóveda estrellada, única techumbre de los hombres libres...

Desde que pisé la azotea, molido por la tunda de la mal oliente china, no me había atrevido a mover una pata y así acurrucado, encandilado porque el sol me daba en plena cara soporté la inacabable serie de reproches y exhortaciones.

El imponente Terrible estuvo verdaderamente fascinador. Su larga perorata, recorrió con la mayor naturalidad todos los matices que después la hueca retórica se encarga de clasificar y rotular. Irónico, agresivo, solemne y convincente, su voz de viejo borracho y calavera adquiría por momentos sonoridades metálicas y penetraba hasta los huesos.

¿Cómo podría reflejar aquí el efecto que me produjo la segunda arremetida de Terrible? Sus palabras a raiz de la formidable paliza, produjeron un verdadero pandemonium en mi cabeza. Hice un esfuerzo para moverme y al ver que estaba menos molido de lo que pensaba, lancé una mirada a mi alrededor, como si instintivamente desease contemplar ese ansiado espacio pregonado por Terrible. El sol declinaba y allá en el Occidente el cielo brumoso, comenzaba a ennegrecerse, mientras que una quebrada meseta de azoteas teñidas de oro y envueltas en una red de hilos, perdíanse hasta confundirse en el lejano horizonte.

Ante el imponente espectáculo del futuro campo de mis acciones, las quiméricas frases de Terrible invadieron mi mente y sin más ni más, como empujado por una fuerza misteriosa, olvidé prejuicios, dolores, caricias y caramelos y exclamé: ¡vamos, adelante!

Aun no había terminado la palabra, aun Terrible no se había movido de su puesto, cuando la china Sidonia, viendo que yo

no bajaba, queriendo de cualquier manera enmendar la plana, comenzó a llamarme con voz meliflua, al mismo tiempo que, como de costumbre, afilaba el cuchillo para cortar la carne.

¿Que pasó por mí, que sentí yo entonces?

¿Por qué desaparecieron como por encanto mis recientes propósitos de emancipación y libertad, y en menos de un segundo me encontré entre marrulleos de gratitud, comiendo a dos carrillos al lado de Sidonia que me miraba con desprecio?

En aquellos momentos ni siquiera intenté explicarme la causa de tan reprochable fenómeno. Lo he comprendido después. El cerebro piensa, pero el estómago nos empuja o nos arrastra. El cerebro navega por los espacios interplanetarios, se alimenta de éter: el estómago se extasía ante las substancias comestibles que aromatizan la cocina. El cerebro ordena siempre condicionalmente: *haría esto, haría lo otro, pero, pero...* El estómago ejecuta sin pedir permiso a nadie.

Bienaventurado de aquel que, emancipándose de su estómago, pueda ejecutar libremente lo que vaga por su cerebro!...

LUIS PASCARELLA.

(Continuará).

EL DIPUTADO ANTONIO DE TOMASO

La ascensión de Antonio de Tomaso ha sido tan singular, tan meritoria y tan vertiginosa, que bien merece unos renglones de comentario, como todo aquello que se aparta del curso ordinario de las cosas. No es caso corriente, en efecto, que un muchacho vaya emergiendo de la humilde situación de un hogar obrero y levantándose día tras día, sin una mano protectora, por la sola gravitación de su esfuerzo, hasta llegar, sin haber cumplido los veinticinco años, a una banca del Congreso Nacional, llevado por el sufragio de más de cuarenta mil ciudadanos.

El comentario se impone, asimismo, por razones de otro orden. Sirve para acentuar el contraste entre la juventud que quiere distinguirse por la acción y por el pensamiento y la juventud industriada en futilezas que busca la distinción en las sastrerías y en los clubs y que bosteza sus largas horas apegada a una vida sibarita, regalona, sensual y vegetativa.

Existe, además, otra rama de la juventud, — escéptica, descreída, pusilánime, — a la cual no está de más presentarle ejemplos como éste, tonificantes, documentos vivos probatorios de lo que puede en la vida el esfuerzo inteligente y tesonero.

Es claro que en un comentario como éste, lo que importa no es el socialista, sino el hombre, porque el valor de los hombres más está en su condiciones intrínsecas que en las ideas que sustentan. Las primeras son permanentes, las segundas son simples vestidos del espíritu que, en el devenir del tiempo, se renuevan, como nuestras células, constantemente. No se vive de acuerdo con las ideas, sino de acuerdo con el temperamento que es substancialmente inmutable. Si parece lo contrario, si parece que ajustamos nuestra conducta a las ideas, es porque las ideas que hemos ido seleccionando del patrimonio común son, precisamente, las familiares y las compatibles y armonizantes con las características innatas de nuestro espíritu.

Puestos en presencia del complejo engranaje psíquico de de Tomaso, la voluntad es lo que primero resalta, una voluntad diamantina que desconoce la mella de los reveses. Empeñado en una empresa, coloca la proa en una dirección y por ella se dirige resueltamente, ciegamente, sin hacer un solo zigzagueo en su camino. Para él no existe la duda que acobarda, la vacilación que detiene. Esta marcha a paso firme, gimnástico, seguro, la debe a la confianza que tiene en sus propias fuerzas y a su dogmatismo intelectual. ¡Pobre del luchador que no mantenga intacta una fe ciega en sí mismo! En cuanto al dogmatismo, sabemos que es una fuerza constructiva. Es necesario empezar por creer en la propia verdad, si es que se pretende imponerla a los demás. Los criticistas, los que analizan y desmenuzan dogmas y principios, esos derrumban, pero no edifican.

La voluntad en de Tomaso no es una energía ponderada y suavemente pareja. Voluntarioso, sí, pero voluntarioso impaciente, debido, tal vez, a su hervorosa sangre meridional. Su paso no ha sido nunca rítmico ni acompasado. Ha marchado a saltos, bruscamente, tratando siempre de anticiparse a la natural sazón de las cosas. A la labor sistemática, menuda, benedictina, prefiere el esfuerzo improvisado, violento, espasmódico. No se aviene su espíritu turbulento con las esperas largas, pasivas y de resultados casi siempre tardíos. En las ascensiones, nada para él más grato que el alpinismo.

Esta su impaciencia hormigueante ya despunta a través de toda su vida estudiantil: En la Escuela de Comercio, donde inició sus estudios secundarios, no empezó, como los demás, por el primer año, sino por el tercero. Era en esa época un chico de aspecto enfermizo, un gringuito, al parecer insignificante, pero que pronto comenzó a destacarse sobre la mediocridad de la mayoría de sus compañeros, por su comprensión repentista y su memoria facilísima y tenaz. Años más tarde, de un solo envión, aprobó con las más altas notas las asignaturas que debía en el Colegio Nacional. Y en la Facultad de Derecho, el mismo tren de afiebrado, de afanoso, de impaciente. Rindiendo los años por parejas, en tres recorrió el ciclo normal de seis.

Antonio de Tomaso

Conoció desde temprano esa sorda y menuda tragedia cotidiana que viven todos los que tienen la cabeza llena de ensueños y los bolsillos vacíos. Metido de rondón en la vida, ésta le trasmitió su seriedad y le fortaleció el carácter, a punto tal que no lo acoquinan los mayores obstáculos sino que los capea gallardamente.

La tiranía del centavo le hizo penosa la compañía de los libros. Terminados sus estudios mercantiles, ingresó en el comercio, donde sufrió el contacto de los hombres de negocio, contacto casi siempre arisco, hostil, inhospitalario, anticordial. Allí experimentó en vivo las jornadas brutales que agostan el organismo y apagan hasta la última chispa del espíritu.

Mas tarde, en un torneo bien competido, conquistó un puesto de taquígrafo en la Cámara de Diputados, puesto que perdió, exonerado por el doctor Cantón, a raíz de ciertas apreciaciones que hizo en mitín público sobre el régimen político-administrativo del doctor Figueroa Alcorta.

Quedó en los primeros días como invalidado por la zancadilla inesperada, *decisis pennis,* con las alas quebradas, lo mismo que el padre Horacio después de la derrota de Filipos. Pronto, sin embargo, reaccionó. Sacudió los miembros aturdidos. Se tonificó con el amargor de la caída, y picaneado por las dificultades crecientes, redobló su actividad sin descanso, multiplicándose en la tribuna pública y palideciendo en los fatigadores puestos nocturnos del periodismo. En esa época *La Vanguardia,* diario donde escribía y que llegó a dirigir, tenía que ser llenada por tres o cuatro "compañeros". Ese trabajo mental excesivo lo colocó en las fronteras del *surmenage.* Se le vió, entonces, con la cara chupada y macilenta, los grandes ojos verdes hundidos, más agudo el mentón y más pronunciada la nariz curvilínea. Con todo, sacando fuerzas de flaqueza, continuaba estudiando a doble máquina, y todavía le alcanzaba el tiempo para espaciar su cultura enciclopédica y entregarse a desahogos literarios, placer doloroso y barato de la muchachada romántica.

En su vida, atenaceada por la esclavitud económica, nunca hubo un espacio para la vacación restauradora. Por lo demás, su temperamento dinámico y militante, no hubiera podido adormecerse en el estatismo pensativo, ni gustar muellemente del *otium* helénico, — que para todo se necesita haber nacido, — lejos, como diría Enrique Larreta, de los afanes del siglo.

Podrían citarse muchos gestos que desde edad tempranera reve-

laban al combativo y al polemista: Era todavía un chiquilín cuando se presentó a la dirección de *El País* para demostrar, ante el asombro natural de ésta, libro en mano, la paternidad de ciertas ideas vertidas, al parecer como propias, por el doctor Antonio F. Piñero. En otra ocasión, ya secretario del Partido Socialista, pero todavía un muchacho, desafió al doctor Belisario Roldán a una controversia doctrinaria. Tiempo antes, se había atrevido hasta con el mismo Ferri, interpelándolo desde la platea de un teatro.

Tiene una audacia desconcertante y una cierta desfachatez de *gamin,* frutos, en parte, del roce frecuente con la calle pública. Mas como alterna este roce con el *lungo studio* de sus encierros, no es la suya la audacia de un advenedizo, sino la de un conquistador.

Podría tildársele de egocéntrico, de absorbente, de ambicioso, si éstas no fueran condiciones comunes de toda individualidad potente. "Reconcéntrate para irradiar", decía Unamuno, "ambición, ambición y no codicia".

Hijo de una costurera y de un albañil... Lo confesó en público con la misma altivez con que Mario recordaba en la vieja Roma, delante de los quirites, sus orígenes humildes. Hizo bien en decirlo, en proclamarse orgullosamente el primero de su estirpe, sobre todo aquí donde tantos insignificantes, a falta de títulos heráldicos, cultivan la vanidad del apellido heredado.

Se le ha denigrado, combatido, calumniado. ¡Bah!... No se sube impunemente. Es el gaje común de los que no han nacido para la penumbra. ¿Quién hace caso? Denigran los unos, los micifuces de la prensa arrabalera, no tanto por hacer mal, sino porque tal es su oficio. Hay que perdonarlos: con eso viven. Y otros porque no comprenden. Y no comprenden por razones de situación personal. Pues así como "muchas cosas no llegan a la inteligencia porque no han pasado antes por el corazón", hay dolores que no conmueven, porque nunca se han sentido en carne propia, y esfuerzos que no se valoran, porque jamás se han vivido.

CARMELO M. BONET.

POESIAS

De las Horas.

Llenos de vida y ebrios de amor,
libando alegres lírico mal,
nos olvidamos nuestro dolor
aquella noche de carnaval.

Al expresarnos honda pasión
con un anhelo consumidor,
tú subrayaste nuestra emoción
con las primicias de tu rubor.

¿Verdad, amiga, que, como yo,
también creístes en ese amor?
Y sin embargo, cómo pasó
fugaz, muriendo cual una flor!...

Con Colombina, con Arlequín,
con muchas copas y con Pierrot,
nos olvidamos todo el esplín,
como en la percha, del capingot...

¡Cómo es la vida! Te ví una vez
desde esa noche. Luego, no más...
Así se piensa para después
y el después, presto, queda detrás.

Mas, en el alma, sabiendo a miel
llevo sentires del madrigal
de esos tus labios... ¡el beso aquél
de aquella noche de carnaval!

GUILLERMO SÚLLIVAN.

Canto del Fuerte.

Ebrio de luz, de ideas y coraje
Quiero embestir la vida como un toro,
Y he de llegar al término del viaje
Puro, sin mancha, limpio como el oro.

Yo sé llevar altiva la cabeza,
Y más altivo aún el pensamiento,
Que hay, en mi voluntad, esa grandeza
Que tiene el cóndor triunfador del viento.

Esa rara sonrisa hay en mi boca
De aquel que triunfa siempre en todo empeño
Porque se tiene fe y no se destoca
Sino frente al espejo, al ver su dueño.

He de encarar y he de pasar triunfante;
Llevo la vista fija en mi deseo;
Mi ambición me convierte en un gigante
Y, a mi vera, el destino es un pigmeo.

Sólo a la Muerte cederé en mi empeño,
¡Y eso, ha de ser también cuando yo quiera!
Que de mi vida soy el solo dueño
Y es la de rebeldía mi bandera.

Yo iré adelante siempre, siempre altivo,
En mis luchas no habrá más que victoria;
Y hasta se hará mi estatua estando vivo,
Pues ¡no me he de morir sin ver mi gloria!

JUAN B. MORCILLO (hijo).

San Juan, 1913.

TEATRO NACIONAL

Las primeras obras de la temporada han desfilado silenciosa y rápidamente como sombras elíseas. Su tránsito por los teatros fué tan fugaz que apenas si perdura el recuerdo de su respectiva encarnación escénica. Aún es posible, sin embargo, evocar brevemente sus siluetas.

La de "Siripo" que aparece en primer término, tiene un ingenuo gesto trágico realzado por la majestad de su ropaje poético y por la noble sencillez de sus pasiones; la de "Kacuy" que le sigue, es bifronte: un rostro respira la cazurra jovialidad campesina y el otro refleja oscuramente la misteriosa poesía de los relatos legendarios.

En seguida, la quimérica protagonista de "La Comedia del Amor" anega en morfina sus defraudadas ansias conyugales y tras ella se derrumba el grotesco hogar de "El mayor prejuicio".

En el fondo, finalmente se ve gesticular a los fantoches de "El mundo de la farsa", inhábiles y deformes como esos dibujos obscenos que hacen de pinturas murales en los rincones obscuros...

Todo este enjambre ha tenido una existencia efímera; ninguna de las obras estrenadas ha llegado a representarse más de quince veces. Así nunca se ha podido apreciar en más corto intervalo en los teatros nacionales obras de tan distinta naturaleza y méritos tan diversos. Una de ellas, cosa que nadie ha echado de ver, es una tragedia clásica del siglo XVII, otra es una malograda tentativa de psicología sexual y hay además para completar el cuadro una leyenda selvática y una comedia y un sainete naturalistas. Tal diferenciación de géneros en teatros como los nuestros servilmente adictos a las fórmulas de éxito, es quizá indicio de un comienzo de independencia espiritual en los autores. El hecho es asimismo digno de tenerse en cuenta, porque de llegar a acentuarse contribuirá a formar y pulir el temperamento de los intérpretes.

A causa de esa diferenciación genérica no es posible apreciar este mes de actividad escénica con un criterio único e igualitario. Fuera improcedente, por ejemplo, aplicar al examen de "Siripo", poema trágico, los procedimientos críticos detallistas que se usaría con un drama burgués o la rigurosa confrontación que se impondría a una obra histórica, así como no se debe buscar en el fondo del "Kacuy" la clave de un fratricidio sino atender a la impresión de misterio y salvaje fatalidad contenida en la leyenda. Es lógico en cambio exigir a "La Comedia del Amor", obra psicológica, una verosimilitud del mismo orden y a "El mundo de la Farsa", obra realista, cierta realidad.

*

"Siripo" la primera en orden y en mérito de las obras estrenadas, tiene la factura de una tragedia francesa del siglo XVII. Todo en ella es convencional, así el lenguaje como la fábula y el lugar de la acción, menos los sentimientos que mueven a sus personajes y que se hallan expresados con fuerza, naturalidad y belleza.

"Siripo" tiene — bien guardadas las distancias — como cualquier tragedia de Racine, verdad y sinceridad emotivas que le prestan un realismo ideal, superior, no obstante todas sus impropiedades históricas, lexicográficas y topográficas, a la minuciosa fidelidad de los sainetes orilleros.

Al renovar la célebre pero desconocida obra de don Manuel José de Labardén, el señor Bayón Herrera tuvo el tino de no convertirla en un drama arqueológico, ni de tomarla como pretexto para una descripción pintoresca de la Conquista.

Forzado probablemente por las necesidades lógicas del asunto, respetó el espíritu original de la obra, dándose así el caso de que la reprodujera de acuerdo con los viejos moldes del clasicismo francés. Podría argüirse a este respecto de que el "Siripo" de Labardén pertenece a la literatura dramática castellana y que en consecuencia el del señor Bayón Herrera es eminentemente castizo. Obsérvese, sin embargo, que en ninguno de los dos se percibe el más leve elemento cómico mezclado o paralelo a la acción patética, rasgo distintivo del teatro español. Por otra parte, como lo demuestra don Enrique García Velloso, en el documentado estudio que le consagra en su Historia de la Literatura Argentina, Labardén estuvo sometido como casi todos sus contemporáneos a la influencia casi exclusiva de la literatura francesa.

No obstante su encumbrada jerarquía y rancia nobleza, esta obra tiene un aire de sencillez primitiva, que en razón de su origen podría calificarse de colonial. La psicología de sus personajes no puede ser más somera; cada uno de ellos está dominado de un extremo al otro de la obra por un sentimiento o una pasión de las más elementales del alma humana: el amor, los celos, la gratitud y el odio. A consecuencia de esta enajenación pasional todos siguen una marcha rectilínea, sin vacilaciones ni tropiezos,

Luis Bayón Herrera

hasta que de su choque fatal e ineludible surge naturalmente el desenlace trágico. En cada una de esas fuerzas emotivas antropomorficadas, hay, empero, leves matices diferenciales que sin llegar a constituir un carácter dan acertadamente la impresión de una individualidad. Sin embargo, un diseño más cuidado de algunas figuras, la de Siripo, por ejemplo, habrían acrecido el interés y la emoción dramática de los dos actos finales que, aunque intensos, tienen el defecto de concentrar exclusivamente la simpatía del espectador sobre Lucía Miranda. Fuera de este último, los personajes de la obra del señor Bayón Herrera son seres en exceso esquemáticos, pero están animados tan exuberantemente por el

soplo de pasión salvaje que circula al través de sus escenas, que se imponen como acabadas concepciones.

Su eficacia proviene de la forma poética empleada por el autor. Descriptos en prosa, los sentimientos encarnados en los héroes de "Siripo", parecerían vulgares y exagerados. Gracias al prestigio de la frase rítmica, las viejas hipérboles amatorias conmueven y agradan.

"Siripo" es, en resumen, un discreto ensayo de poema dramático concebido según el concepto clásico del teatro poético.

*

"La Comedia del Amor", drama de don Federico Mertens, estrenado en el Teatro Nuevo, es un esbozo de psicología femenina, que muestra los peligros a que puede llevarnos la educación sexual. Susana, la heroína de esta obra, ha realizado autodidácticamente extraordinarios progresos en el tema. No ignora la base fisiológica del amor y conoce al dedillo la psicología del instinto de reproducción. Además, en sus ratos de ocio ha leído atentamente — es profesora de lenguas vivas — el teatro de Dumas (hijo), convenciéndose de que el amor fuera del matrimonio legalmente organizado, es una monstruosidad. Sus lecturas políglotas, así como un instinto ancestral, le advierten que los hombres son fementidos, astutos y traicioneros. En sus noches impolutas, la casta doncella ha jurado ser fuerte y no doblegarse jamás al encanto de las seducciones viriles.

Y así, como es franca y honrada, a todo el que la requiere de amores contesta con una proposición matrimonial. Esta táctica femenina, que ha dado resultados desde que existe la institución familiar, es infructuosa en manos de Susana, porque la dirige siempre a hombres casados. A juzgar por este episodio, la obra del señor Mertens podría considerarse un alegato en favor de la poligamia; sin embargo, parece que el autor no ha tenido esa intención. Verosímilmente ha querido mostrar los fatales resultados de la intolerancia y la intransigencia mujeriles.

En efecto, Susana emplea en sus proposiciones conyugales un laconismo espartano: ¿Se casa usted conmigo? ¿Sí o no?...

Esta manera de presentar al matrimonio como un caso de cirugía de urgencia, intimida a los pretendientes. Las mujeres reales, las que no han surgido del cerebro del señor Mertens, suelen ser más sagaces; transan, negocian, hacen concesiones y se salen con la suya.

A causa de su falta de diplomacia, la heroína de "La Comedia del Amor", que se ve asediada por los hombres, no puede conseguir un esposo. Su situación espiritual recuerda en algunos instantes una figura de cotillón: la ronda de pretendientes gira en su torno sin que ella alcance a desprender su pareja del círculo.

Por fin, hastiada de su inútil caza del esposo da al traste con el recato, ofrenda gratuitamente sus gracias ignoradas a todo el que la solicita, se inyecta morfina y muere de un ataque cardíaco.

A la historia que acabamos de relatar le convenía más que la homonimia de Ibsen, un título que sintetizara su moraleja, así como "La Condenada por Desconfiada" o "La Revancha del Instinto".

En realidad, la heroína del señor Mertens es un espíritu misantrópico que lógicamente debía concluir tomando el velo o abandonándose a frenéticos desvaríos lesbianos.

Convengamos en que entregarse a los hombres para evidenciarles su desprecio, no es el insulto que más los hiere...

*

"La Leyenda del Kacuy", nueva obra del señor Schaefer Gallo, representada en el teatro Nacional de la calle Corrientes, da en conjunto la impresión de un cuento de brujas relatado en pleno mediodía.

A ratos el tono sincero e ingenuo del joven poeta, conmueve ligeramente al auditorio, pero éste al sentirse rodeado de paisanos tranquilos y decidores no se abandona a la sugestión de las historias misteriosas y las fatalidades inexplicables. El simpático autor de "La Novia de Zupay", con un desconocimiento absoluto de la psicología más elemental del público, ha mezclado en su última producción un capítulo de ornitología fantástica con una animada caricatura de las costumbres mediterráneas. Como es natural, la extraña poesía de la leyenda indígena se ha desvanecido ante el risueño realismo de los tipos que el señor Schaefer Gallo presenta como coetáneos de Kacuy y de Turay. La obra está situada así, en un ambiente que no tiene nada de legendario ni de anormal y en el que, sin embargo, ocurren sorprendentes apariciones, maravillosas metamorfosis regresivas y enriquecimientos de la fauna del lugar, con nuevas especies zoológicas. Es cierto que para hacer menos duro el contraste, el señor Schaefer Gallo moderniza la leyenda con el auxilio de una teoría energética, en

la que ciertas irresistibles fuerzas ocultas explican todos los desvaríos de los personajes e inverosimilitudes de la acción. Este procedimiento es peligroso, y a no estar "La Leyenda del Kacuy" construída tan ágilmente, habría causado un efecto de desgarbado infantilismo.

Y es que, hasta ahora, sólo se han encontrado dos medios de hacer vivir en la escena las creaciones fantásticas de la imaginación individual o colectiva: uno dándoles un alcance simbólico, representándolas como materializaciones de la voluntad humana

Carlos Schaefer Gallo

o divina, o como antropomorfizaciones de las fuerzas naturales y de los estados de espíritu individuales; otro, el menos usado pero quizá el más eficaz, arrojándose irreflexivamente en un mundo irreal, sin tener en cuenta más lógica que la del sentimiento y de la belleza. El autor de "La Leyenda del Kacuy" debió decidirse por cualquiera de estos dos temperamentos, sin procurar como lo hizo, mezclar partes iguales de fantasía y realidad.

Con todo, el señor Schaefer Gallo ha acreditado en esta obra condiciones de escritor dramático que le garantizan más de un sonoro triunfo para cuando se resuelva a abordar una forma definida de teatro.

*

Tras las obras analizadas precedentemente, el nivel artístico de la producción nacional descendió con brusquedad. A "La Leyenda del Kacuy" siguió en el mismo teatro una suerte de sainete con tendencias sociológicas, "El mayor prejuicio", que aunque animado y gracioso no aporta nada nuevo ni como pensamiento ni como observación.

Finalmente, a muchos grados bajo cero de nuestro termómetro estético se halla una especie rudimentaria de comedia satírica, "El Mundo de la Farsa", estrenada sin éxito en el teatro Nuevo y en la que el "triste amour du laid" de que hablaba Gautier está llevado al grado de un paroxismo genital.

ARTURO CANCELA.

NOTAS Y COMENTARIOS

Ediciones de "Nosotros".

Editada por la revista NOSOTROS ha aparecido la versión castellana, en prosa, la más completa publicada en español hasta nuestros días, de los *Rubáiyát* de Omar-Al-Khayyám, el gran poeta persa del siglo XI, hecho popular en pocos años entre las personas cultas, por la traducción inglesa de Edward Fitz-Gerald y ya vertido también al alemán, al francés, al italiano y al húngaro.

Es autor de esta versión, fiel a la idea original del poema y a todas las variadas bellezas de sus versos, hondos por el sentimiento y riquísimos por la imaginación, el señor Carlos Muzzio Sáenz Peña, quien ha realizado su trabajo con la colaboración de un caballero hindú, el señor Pershad Bala Mathur, sabio orientalista.

La edición se recomienda por el contenido y la presentación tipográfica. Nuestro crítico literario, el señor Alvaro Melián Lafinur, entusiasta cultor de la poesía americana, ha escrito para ella el hermoso prólogo que ya dimos a conocer en el número anterior; y el señor Muzzio Sáenz Peña ha precedido su versión de un largo estudio sobre el poema, el autor y las vicisitudes de su fama, y la ha acompañado de numerosas notas y de la necesaria bibliografía. La carátula, dibujada con ingenio y buen gusto, lleva el título del poema en caracteres persas y castellanos, y el libro contiene además varias ilustraciones en colores de Próspero López Buchardo.

Recomendamos especialmente, así a los amantes de la buena poesía como a los eruditos, esta edición castellana, hecha con toda seriedad, del poeta inmortal de Nishapur, cada una de cuyas estrofas, amargas y epicúreas, es una veta de áurea poesía.

Miecio Horszowski.

Después de un alejamiento de cinco años — durante los cuales circularon los rumores más extravagantes alrededor de su vida — ha vuelto Miecio Horszowski al antiguo escenario de sus inolvidables triunfos de niño prodigio. Así nos lo hacen saber los diarios

recién llegados de Italia, los que unánimemente entonan himnos en su alabanza. Creyendo satisfacer a los numerosos admiradores que aquí dejara Horszowski, nos complacemos en transcribir de uno de ellos, — *La Gaceta de Florencia* — los siguientes párrafos:

"Miecio Horszowski, el admirable niño pianista de hace unos años, se encuentra de nuevo entre nosotros. Era una cosa admirable entonces y el tiempo, en vez de frustrarla, ha madurado la gran promesa. El estudio constante del arte, de la literatura y de la armonía, ha perfeccionado su talento, a quien el nombre de genio puede, con toda justicia, serle aplicado hoy. No pocos creyeron que el retiro significaba en el caso de Miecio Horszowski, como para muchos niños prodigios, el eclipse de un talento prematuramente producido, forzado a manifestarse; pero ese no es el hecho. El joven Horszowski vuelve ahora a los conciertos en la plena madurez de su arte, seguro de soportar comparaciones, por la maestría sin tacha de su técnica, con su más ilustre compatriota, Paderewski. La crítica musical, tanto en Francia como en Alemania, donde Horszowski ha sido oído hace poco tiempo, no ha dudado en colocarlo, a pesar de su juventud, en primera fila entre los grandes pianistas de hoy."

Noticias de Piquillín.

Una de las circulares de nuestra administración, profusamente repartida por el país con el objeto de difundir el nombre de NOSOTROS, ha sido objeto de la siguiente contestación que nos llega de Córdoba:

Amo mucho a mi patria para prestigiar su revista NOSOTROS, *que dirige el ácrata Mario Bravo. Lejos de eso, haré lo que pueda para que nadie se suscriba. Busque cooperadores entre los socialistas y anarquistas que unidos han triunfado en las elecciones nacionales.*

ARGENTINO.

El que más se sorprenderá al leer esta esquela será sin duda nuestro colaborador Mario Bravo al saberse ácrata y director de NOSOTROS, oficios ambos escasamente productivos. Nosotros ya no nos sorprendemos de nada cuando abrimos la correspondencia de Piquillín, república tropicalísima que acaba de explorar nuestro director.

"NOSOTROS."